



# WALE WALE

FEDERICO NICOLÁS DE GREGORIO





Malevaje



FEDERICO NICOLÁS DE GREGORIO

# Malevaje



EDITORIAL AUTORES DE ARGENTINA

Gregorio, Federico Nicolás de

Malevaje / Federico Nicolás de Gregorio. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Autores de Argentina, 2022.

150 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-87-2551-2

1. Narrativa Argentina. 2. Novelas. I. Título.

CDD A863

EDITORIAL AUTORES DE ARGENTINA

[www.autoresdeargentina.com](http://www.autoresdeargentina.com)

Mail: [info@autoresdeargentina.com](mailto:info@autoresdeargentina.com)

Corrección: Nora Papeo

Diseño de imagen de portada: Andrés Rodríguez

Queda hecho el depósito que establece la LEY 11.723

Impreso en Argentina – *Printed in Argentina*

*“Las promesas, las que escuchamos siempre,  
quietas como nuestro destino,  
parados al borde de la esperanza,  
esa que siempre cae al vacío.”*  
(“PECHOS FLACOS”, DE LOS ANTIGUOS)

*“Y la sangre limpiará. Traerá la oscuridad.  
Y con ella también la luz.”*  
(“FARAQUI”. AUTOR ANÓNIMO, 1919)



## PRÓLOGO

Una vez que percibió la respiración acompasada de sus compañeros de habitación se levantó tratando de no hacer ruido. La última sesión los había dejado exhaustos, tanto que le había costado mantenerse despierto. Sin embargo, las imágenes de lo que había pasado en ella, de lo que había hecho como parte de su iniciación, no paraban de desfilarse por su cabeza y evitaron que se durmiera. Sentía el horror, la sangre, el olor de la muerte. Por momentos, todo le parecía parte de una pesadilla y los resabios de algunos excesos ayudaban a esa confusión. Pero sabía que había sido real. También, que ya no podía formar parte de aquello.

Agarró la muda de ropa que había escondido bajo su cama, el libro, y comenzó a caminar esquivando los cuerpos dormidos en colchones dispersos por el suelo de la habitación, tratando de mitigar, con movimientos calculados, el crujido del parqué. En los momentos en que la madera cedía, su miedo a ser descubierto exacerbaba el sonido y lo dejaba estacado por unos segundos a la espera de la voz de alarma, de una mirada inquisidora. Pero el cansancio grupal parecía estar de su lado.

Al llegar a la puerta de la casa se calzó las zapatillas, comprobó que no había nadie en los alrededores y comenzó a trotar a un ritmo tranquilo para disimular ante el que estuviera controlando las cámaras esa madrugada. Era consciente de que desde ese momento había dejado de ser invisible y que el tiempo era su principal enemigo, y esa noción lo empujó a acelerar cada vez más a medida que se iba alejando.

Unas semanas atrás, en una de sus rondas por la propiedad había encontrado un resquicio en el vallado y supo que era una señal. En los días siguientes recorrió ese camino varias veces hasta internalizarlo. Necesitaba conocer cada milímetro, cada detalle. Lo que no había calculado era que, ajeno a los posibles obstáculos físicos, lo que iba a entorpecer su marcha iba a estar en su interior. Los colores de la madrugada, el aire limpio, el silencio melodioso del campo eran contrarrestados por las imágenes que seguían atormentándolo y que se le aparecían como si formaran parte de aquel entorno. En algunas de esas oportunidades pretendió borrarlas cerrando los ojos o con un movimiento brusco de su cabeza, pero comprobó que lo único que desaparecía era el mundo real. Las imágenes continuaban ahí, para siempre. Sentía que alguien (o algo) lo seguía y se volvió varias veces pero no vio a nadie. En uno de esos movimientos perdió el equilibrio y cayó al piso, raspándose las rodillas y las manos. Mientras se levantaba, la sensación de que algo se acercaba, de la inminencia de ser atrapado, se acrecentó; pero cuando miró a su alrededor estaba completamente solo. Se tomó un segundo para tranquilizarse y observar el bosque y la casa a lo lejos con la luz tenue del sol que comenzaba a asomar y bañaba la arboleda. Era una mañana hermosa, apacible. En un punto, lamentó tener que irse; finalmente se paró y continuó su marcha.

Al franquear la valla advirtió cierta liberación y un peso que se quedaba detrás, dentro de la propiedad. A pesar de eso, no solo no aminoró el paso sino que aceleró, como si ese lastre invisible lo quisiese retener y la velocidad fuese la única manera de cortar aquella conexión.

Cuando llegó a la que había sido su casa encontró, en uno de los adornos del jardín, la llave que había dejado escondida para alguna emergencia. Hacía un tiempo que no iba por ahí y esperaba que su padre no la hubiese alquilado. Sin embargo, cuando fue a abrir, comprobó que la puerta estaba sin llave. Se quedó dubitativo en el porche sin saber qué hacer. Espió por la ventana del living que

había quedado con la persiana entreabierta y creyó reconocer la campera de su padre colgada de una silla. Le pareció extraño pero estaba seguro de que era de él, y no había nada en el resto de la habitación que no le resultara familiar, así que se animó a entrar. Entornó suavemente la puerta y se asomó atento a cualquier sonido. De a poco fue tomando confianza hasta que se encontró en el centro del living. Lo primero que hizo fue esconder el libro en la biblioteca. Lo había tomado por inercia, pero sabía que llevárselo era cargar una cruz que lo ataría a aquella historia, a aquella casa, a aquella gente. En ese momento, volvió a sentir una presencia a su alrededor. Cuando iba a girar, convencido de que lo habían encontrado, una voz conocida le habló:

—¿Tomy? ¿Qué hacés acá?

—Me tengo que ir, pa –contestó como saludo a pesar de que no se veían desde que había decidido vivir en la otra casa.

—¿Estás bien? ¿Te hicieron algo?

—No, está todo bien. Pero ya no puedo volver.

—Te dije que no te metieras con ellos –le reprochó y se arrepintió al instante ya que sabía que no tenía sentido, ni lo iba a acercarse a su hijo, así que quiso suavizar la situación–: ¿Te puedo ayudar en algo?

—¿A qué hora sale el primer micro?

—A las ocho.

Tomás comprobó que le quedaba una hora. Empezó a juntar su ropa en un bolso, algo de plata y algunos recuerdos. Después entró en el baño, se lavó la cara y los raspones de la caída. Le hubiese gustado darse una ducha pero decidió solo cambiarse y refrescarse un poco. Al salir, se quedó junto a la ventana controlando que no se acercara nadie.

—¿No me vas a contar qué pasó?

—No puedo, pa. No tengo mucho tiempo.

Una vez que se aseguró de que no lo habían seguido, salieron para la terminal. En el camino no hablaron. Había cierta tensión

que se percibía en sus silencios, en sus gestos. El padre quería saber, tratar de entender, pero Tomás se mostraba esquivo y no paró de caminar de una punta a la otra de la dársena observando el poco movimiento de la madrugada, dudando de cualquier ser o vehículo que apareciera. Cuando llegó el micro, el joven abrazó a su padre como si recién reparara en él y cayó en la cuenta de que, quizás, no lo volvería a ver.

—¿Seguro no querés venir conmigo, pa?

—No, tranquilo. Este es mi lugar. Pero me alegra que te vayas. Me hubiese gustado que todo fuera diferente.

—Cuidate –le dijo antes de abrazarlo una vez más y subió al micro, apurado.

Tomás estuvo observando por la ventanilla hasta último momento, seguro de que iban a aparecer y lo bajarían a rastras ante la mirada atónita de los pocos pasajeros. Recién cuando el micro se puso en marcha se sintió a salvo. Saludó a su padre con un gesto y, por primera vez en su vida, lo vio pequeño, frágil. Después, se quedó contemplando con nostalgia cómo desaparecía el pueblo a medida que se alejaba, hasta que el cansancio de la noche, junto al peso de los últimos meses, hizo que cayera en un sueño profundo.

## CAPÍTULO 1

Iba escuchando música, medio dormido, cuando el sonido neumático de la apertura de la puerta del micro, junto al grito *Paramos media hora para comer*, lo sacaron de su ensueño. La última hora, desde que se puso el sol, se había tornado melancólica, con el cielo rompiéndose en cientos de colores, y él la había musicalizado para ahondar esa sensación. Sabía de eso, y había aprendido a disfrutarlo. Cada momento llevaba una música específica. No era lo mismo la ruta de día que al anochecer, y las canciones se tenían que adaptar. No valía la pena forzarlas para intentar cambiar lo inevitable.

El paisaje había ido mutando, luego de cruzar la última gran ciudad, en un continuo de campos con algunas casas dispersas, solitarias, que parecían minúsculas ante la inmensidad de la llanura. Él las observaba e imaginaba cómo sería vivir ahí. Suponía una existencia mucho más tranquila. Unos mates al atardecer a la vera de la ruta mientras los coches, camiones, micros que pasaran a toda velocidad le resultarían extraños, pertenecientes a otro mundo completamente ajeno al suyo. *Quizás en la soledad no haya dolor*. Quizás.

De a poco, el exterior fue desapareciendo y las intermitencias de las luciérnagas se convirtieron en el único vínculo con la realidad, un minúsculo indicio de que el mundo seguía ahí. Hasta que aquel espectáculo hipnótico lo llevó a dormitarse, y el afuera, la música y sus pensamientos se le empezaron a mezclar formando una realidad aparte que, a pesar de ser onírica, le resultaba demasiado vívida y casi feliz. La idea de viajar sin destino, sin tiempo, acentuaba esa sensación.

Al escuchar el grito del chofer pensó en ignorarlo y continuar en aquel sopor pero, cuando abrió los ojos, el brillo de las luces encendidas cortó todo tipo de encanto. Su cuerpo extrañaba la vibración del motor que hasta hacía unos instantes lo mecía; la percepción de movimiento continuo que lo había ayudado a entrar en aquella especie de nirvana del viajero.

La garganta reseca lo obligó a beber un trago de jugo. Luego, sacó de su mochila unos sándwiches y pensó en resolver todo sin moverse de su asiento. Sin embargo, al mirar por la ventana el cartel luminoso de la terminal con el nombre del pueblo, algo llamó su atención. Varias de las luces no funcionaban lo que hacía que se formara una palabra: “Aquí”. Sin tilde en realidad, pero él lo leyó como lo necesitaba.

Si bien era bastante escéptico de ese tipo de señales, esa vez, quizás porque estaba en una etapa de búsqueda (o de escape), no pudo evitar sentirse atraído, tomarlo como un mensaje. Sin pensarlo demasiado, agarró su mochila de mano y se bajó.

Se sentó en uno de los bancos y esperó a que apareciera alguno de los choferes para pedirle el resto de su equipaje. Al rato, uno de ellos salió a fumar un pucho mientras bebía de un vaso de plástico un café que lo despabilara para su turno. Era su ceremonia antes de tomar el mando nocturno y odió al que se la cortaba. Procuró disuadirlo objetando que ese no era su destino anunciado y que por ley tenía que ir hasta ahí para recuperarlo. Sin embargo, dicho mandato se esfumó ante la aparición de un incentivo monetario. “Pero lo buscás vos”, sentenció, tratando con eso de equilibrar la supuesta ley quebrada y mientras contaba, con escaso disimulo, los billetes.

Por la época del año, el micro iba casi vacío y, por lo tanto, la bodega también, así que la tarea de recuperación no le supuso demasiado esfuerzo. Al bajar, el chofer revisó, de mala gana, que fuera su mochila, aunque por el aspecto sabía que lo era. Con tantos años de experiencia, se ufana de poseer el don de vincular el

equipaje con sus dueños y en ese caso se jugaba un brazo a que no iba a aparecer con una valija.

Una vez que logró hacerse de sus pertenencias, el muchacho volvió al banco a comer mientras observaba alejarse a su micro. El chofer le dedicó unos bocinazos a modo de saludo. O de insulto. No lo supo con exactitud y tampoco le importó.

Cuando el ómnibus desapareció de su vista notó que la estación había quedado casi vacía. Ninguno de los que viajaba con él se había bajado ahí y nadie esperaba la salida o la llegada de otro micro. Solo se veía un perro algo castigado por la vida dormitando en una de las plataformas, un barrendero que se perdió rápidamente detrás una puerta que prohibía el paso a toda persona ajena y una chica que cerraba el bar de la terminal. Las tres boleterías estaban cerradas, al igual que la oficina de informes, y en la parada de taxis –que no era más que un cordón pintado de amarillo– tampoco había nadie. Parecía un decorado sostenido por una única luz que, de apagarse, desaparecería y él, último testigo, quedaría –aún más– a la deriva. Se acercó a la chica en busca de evitar ese destino y de no romper más leyes metafísicas en tan poco tiempo.

—Disculpá, ¿sabés dónde puedo encontrar un lugar para quedarme?

La chica lo miró extrañada y le preguntó como si no hubiera escuchado lo anterior.

—¿Venís a visitar a alguien?

—No, estoy de paso –mintió, simulando que todo era parte de un itinerario planeado.

La mujer titubeó. Lo observó detenidamente y con un dejo de duda en la voz, en la mirada, le dijo:

—Si caminás tres cuadras por esta derecho, llegás a la plaza principal. Ahí está el hotel –lo dijo así, en singular.

Él le agradeció y le devolvió una sonrisa pretendiendo demostrar que no tenía ninguna mala intención. Se había alejado de la ciudad para quitarse del centro, para pasar desapercibido y, si bien sabía

que en un pueblo no podría evitar llamar la atención, esperaba que no fuera por una imagen negativa, sobre todo de entrada. Recién entonces reparó en la belleza de ella y solo eso –si es que la belleza resulta poca cosa– le confirmó que su intempestiva decisión había sido acertada. Quedó clavado ante la fuerza de esos ojos color miel y advirtió que su eje de gravedad cambiaba. Le sostuvo la mirada unos segundos más de lo corriente y luego, cuando pudo recuperar su voluntad, volvió hacia el banco con movimientos torpes.

Mientras tiraba los restos de su cena, ella terminó de cerrar y, al verlo todavía dubitativo, enternecida ante la inseguridad de sus movimientos tras el intercambio anterior, pareció apiadarse. Además, le gustó saberse dueña de aquel poder.

—Voy para ese lado, si querés te acompaño. Aunque, la verdad, no te podés perder.

—Dale –le contestó mientras se calzaba la mochila a toda velocidad.

El pueblo parecía vacío. Las calles, de tierra en su mayoría, completamente arboladas e iluminadas por unos pocos faroles, lo hacían hermoso y un poco tenebroso a la vez. Caminaron en silencio un buen tramo hasta que ella habló.

—¿Y...qué te trae por acá?

—Nada en especial –contestó, y no se atrevió a hablarle del cartel ni de su bajada repentina–. Medio que caí de casualidad.

—¿Y para dónde vas?

—Mmm...no tengo un itinerario muy pensado. Ni siquiera un destino certero. Mi única idea es ir subiendo en viajes cortos y decidir sobre la marcha hacia dónde seguir.

—Ah, si te interesa juntar unos mangos antes de continuar viaje podés ir a ver al Migue, el dueño del almacén. El último porteño que se hacía el viajero estuvo trabajando ahí un tiempo –le dijo sonriente, sin cuota de malicia a pesar del comentario despectivo.

—Gracias por el dato, aunque no tengo pensado quedarme mucho tiempo.

—Todos pensamos lo mismo. Este pueblo no tiene demasiado encanto pero tiene algo que te atrapa.

—Bueno, será cuestión de vivirlo unos días. Parece muy tranquilo.

—Sí, parece... —dijo y se quedó pensativa unos segundos. Después siguió como si nada— Ahí, cruzando, está el hotel. Pero háceme caso, si te vas a quedar un tiempo, hablá con el Migue, que además tiene una casita que, siempre que le labures, te la deja a precio de amigo.

—Dale, muchas gracias por todo —titubeó antes de cruzar, pero ella se le adelantó:

—Clara es mi nombre y, como viste, trabajo en el bar de la estación.

—Un gusto. Nicolás —mintió otra vez. “Vida nueva, identidad nueva”, pensó. Se miraron un segundo y después se saludaron con la torpeza de no saber si estaba bien darse un beso, la mano o hacer solo un gesto. Mezclaron un poco de todo y él cruzó.

Al entrar al hotel, despertó al sereno—recepcionista con el sonido de las campanas ubicadas a modo de aviso en la puerta. El hombre, un señor de unos sesenta años, tardó algunos minutos en salir de una oficina que estaba detrás del mostrador de recepción, y donde aprovechaba el poco movimiento de esas horas para descansar. Tenía restos de pan dispersos en un pulóver algo raído. El hotel parecía limpio pero el mobiliario databa de varias décadas atrás. La escasa iluminación que provenía de un candelabro que contaba con —al menos— la mitad de las lámparas apagadas o desaparecidas le daba un tono lúgubre. Cuando el empleado le pidió el documento para registrarlo, el muchacho simuló buscarlo pero, luego de un rato, le dijo que no lo tenía a mano y Antonio —así se llamaba el recepcionista— no insistió demasiado, quizás debido a la hora y el apuro por despacharlo para volver a dormir. O simplemente por asegurarse un cliente en una época en la que no abundaban. Tampoco pudo responder con certeza cuántos días pensaba quedarse.

Una vez terminado el papeleo requerido, lo acompañó hasta la habitación en el primer piso y se despidió balbuceando algo so-

bre horarios y el reglamento del hotel, que el otro apenas escuchó mientras dejaba su equipaje y recorría el lugar. El cuarto tenía lo justo y necesario, sin ningún tipo de lujo; pero al falso Nicolás – desde ahora Nicolás a secas– le pareció perfecto.

Una vez que se quedó solo cayó en la cuenta de lo que había hecho, de la decisión de bajarse en ese pueblo desconocido, de que el futuro por delante era completamente incierto. Eso era lo que necesitaba, lo que buscaba. Cerró los ojos unos segundos y se percató del silencio, de la tranquilidad que sobrevolaba en aquella noche pueblerina. Luego se asomó a la ventana y vio, enfrente, la plaza vacía, apenas iluminada. Sonrió y sintió algo parecido a la felicidad. También se le cruzó la cara de Clara. Era un buen comienzo de viaje por donde se lo mirara. Dejó su mochila sin deshacer y se fue a bañar.

En el preciso instante en el que Nicolás abrió la ducha, en una casa del pueblo sonó un teléfono. Un hombre, recostado en su sillón preferido, apuró su vaso de whisky aunque odiara tener que hacerlo. Para él, era una bebida para tomar en silencio, ya que todo lo que importaba estaba en su cabeza. Cada tanto se veía obligado a beberla junto a otros, pero en esos casos no lo disfrutaba tanto. El único sonido que le gustaba escuchar en su ritual era el de los cubos de hielo chocando con el fondo, que le marcaba el momento exacto en que debía servirse otro. Quiso ignorar aquel ruido inoportuno pero comenzó a notar un cambio en el sabor, en el clima, y se le hizo imposible. Finalmente, atendió, aunque sin decir nada. Desde el otro lado le llegó una voz, y la frase que estaba esperando:

—Lo encontré y es perfecto.

Ambos cortaron sin decirse nada más. El hombre sonrió y se encaminó de nuevo hacia el sillón. Antes de llegar, se sirvió una nueva medida y, al sentarse, volvió a perderse en su cabeza. Le dio un sorbo al whisky y comprobó que había recuperado el gusto. A lo lejos se escuchaba el ladrido de unos perros. El pueblo parecía descansar en paz.

## CAPÍTULO 2

Se despertó solo, sin alarma, con la sensación de haber descansado muy bien. No sabía la hora pero la claridad que se filtraba marcaba que era bastante temprano. Igual, no le importó.

Abrió la cortina y contempló la vista. El verde del pasto de la plaza mezclado con el amarillo y el marrón de las hojas de los pocos árboles que aún las tenían le pareció un marco perfecto, una imagen ideal para arrancar. También, esa combinación de colores le transmitió la sensación de un frío intenso. Para confirmarlo tocó el vidrio –una costumbre que tenía desde chico– y la temperatura del mismo le dio la razón.

En los minutos que estuvo observando, solo dos coches pasaron por lo que parecía la calle principal, un bulevar que terminaba en un bosque. En la plaza, un grupo de niños correteaba sin ningún mayor en los alrededores. A su izquierda podía ver una iglesia sin demasiado encanto ni ostentación. A la derecha, el cuartel de policía. Parecía un pueblo armado de frases hechas.

Pero lo que más le gustó fue la tranquilidad del inicio del día. Las calles estaban casi desiertas y los pocos transeúntes caminaban a otra velocidad. También se notaba en el silencio. Una noche de insomnio en la ciudad había tomado consciencia de que el ruido no se detenía nunca. En esos momentos cuando la mayoría descansa sigue habiendo un rumor, una especie de zumbido, como si fuesen los estertores del día. Pero ahí no estaba. Solo se escuchaba por momentos el silbido suave del viento y el canto de algún gallo que se despertaba.

Miró la hora y confirmó que llegaba tranquilo al horario del desayuno, así que se vistió y bajó. Estaba solo en el salón, no sabía si

porque no había más huéspedes o por el horario. Tampoco había nadie para servirlo; estaba todo dispuesto en una mesa. Desde la cocina le llegaba el murmullo de gente que lavaba, pero no se cruzó a nadie. Se sirvió un café con leche, un par de medialunas y se sentó a leer el diario local. El arreglo de una ruta, el crecimiento de la construcción en la zona y la cercanía del aniversario del pueblo eran las noticias más destacadas. Ahí también se enteró de que Farahui era el nombre del lugar. Y sonrió al comprobar el truco que le habían jugado aquellas luces.

Tras desayunar, le confirmó a Antonio –al que se lo veía un poco más prolijo y descansado que a la noche, o al menos se había sacudido las migas– que se quedaría unos días aunque todavía no sabía cuántos. Para no generar mayores sospechas, le pagó la noche pasada y la venidera y se fue a recorrer el pueblo.

Cruzó a la plaza en la que los niños seguían jugando, todavía sin mayores a la vista. Cuando pasó por su lado frenaron para observarlo, como si fuera una aparición, y entonces confirmó que sería imposible pasar desapercibido en un pueblo tan pequeño. Desde unas mesas dispuestas en la vereda del bar de enfrente, un grupo de personas que desayunaba y que parecía estar a cargo de aquellos niños, también cortó su charla para mirarlo. Hizo un gesto con la cabeza, como una especie de saludo, pero la fuerza de todas esas miradas en silencio lo hicieron, instintivamente, acelerar el paso.

Al llegar al final de la plaza se encontró con una estatua. La placa que tenía a sus pies decía: “Homenaje del pueblo a nuestros héroes”. En la escultura se podía ver un hombre con aspecto y vestimenta propios de los pueblos originarios, con la cara desencajada en un gesto de violencia, mientras sostenía en su mano el corazón de un soldado español que yacía en el suelo con el pecho abierto. Ese fue el primer indicio de que, a pesar de su impresión de la mañana y de la apariencia apacible, no estaba en un pueblo común y corriente. O, al menos, no tan tranquilo como había imaginado.

Miró nuevamente para el lado donde estaban los niños pero ya habían retomado su actividad. Sin embargo, se sintió observado. Dio media vuelta y siguió caminando por la avenida principal hacia el bosque. Corría una brisa fresca aunque aparecía en pequeñas ráfagas, y el calor del sol, que ya había tomado el control de un cielo completamente despejado, la aplacaba.

Las siguientes tres cuadras en lo que parecía la única calle asfaltada, ya que todas las que brotaban de ella eran de tierra, era un continuo de comercios, la mayoría de ellos todavía cerrados, con algunas pocas casas dispersas. El único ostentoso era un restaurante, con un hermoso jardín en el frente que, supuso, sería el más concurrido los fines de semana y los días festivos, y en el que se verían las diferencias entre los vecinos que les darían excusas para comentar por lo bajo. Mientras se alejaba, imaginó algunas historias teñidas con el prejuicio porteño sobre la vida de pueblo. Y en cada una de estas suponía una violencia latente, reprimida, que un día explotaba y el ignoto pueblo pasaba a las primeras planas con la palabra “Conmoción” acompañando cada nota.

Al final de aquella calle se encontró con el inicio del bosque, una especie de pared de sauces recortada por un sendero de tierra. Se aventuró por el camino siguiendo un cartel que señalaba hacia adelante y prometía una laguna escondida. Lo primero que se le ocurrió fue lo mismo que a cada forastero que se cruzaba con aquel cartel, el chiste que esos árboles, esa tierra, esas piedras si tuvieran el don de la escucha ya odiarían: “Tan escondida no está”. Y fue en la dirección indicada pensándose ingenioso.

El olor que emanaban los árboles, mezclado con el de la tierra y el del aire puro lo hicieron sentirse en paz y disfrutar cada paso, algo que hacía tiempo no le sucedía.

Cuando llevaba un tiempo andando, del lado izquierdo del camino apareció una cerca que no le permitía ver hacia el interior y que cada tanto anunciaba “Propiedad privada”. Lo acompañó un buen tramo hasta toparse con una puerta con dos carteles: “Bien-

venidos” y “Propiedad de Los Antiguos”. Luego de pasar la puerta principal, el vallado continuaba un largo trecho hasta llegar al cartel de bienvenida a la laguna, aunque desde ese lugar todavía no se la veía. Rodeó unos árboles y ahí se la encontró cara a cara. Era mucho más grande de lo que esperaba.

Se sacó las zapatillas y metió los pies en el agua. Estaba fría pero al rato se acostumbró y sus pies se lo agradecieron. El reflejo del sol en el agua le impedía ver la laguna completa. Sin embargo, pudo observar que un sector estaba dentro de la propiedad vallada. Incluso, que habían armado una especie de playa, aunque no se llegaba a apreciar demasiado. De su lado, también había unos pequeños claros que se notaba que funcionaban como playa improvisada, aunque menos cuidada que la de enfrente.

De repente notó que algo se movía en el agua pero el sol no le permitía distinguir qué era. Utilizó su mano como visera para poder observar con detenimiento y entonces reparó en que había una persona nadando. La siguió con la mirada hasta que emergió, en la orilla, la figura desnuda de una mujer. A pesar de la lejanía pudo contemplar la perfección de su cuerpo y después de unos segundos, obnubilado, sin poder dejar de completar con su imaginación lo que no alcanzaba a ver, creyó distinguir un rostro familiar. Ella se secaba indiferente a su presencia y con una naturalidad que lo llevó a pensar que quizás no le afectara ser vista. Dudó si acercarse, al menos un poco más, o quedarse mirando desde lejos. Temía que, como si fuese un hechizo, un sueño, al aproximarse desapareciera; pero quería ver si era ella. Y quería ver más también.

Se calzó, aún con los pies mojados, y se dirigió, sigilosamente, hacia la playa. A medida que se acercaba pudo comprobar que los detalles que había completado en su cabeza se habían quedado cortos.

Cuando estaba a unos pocos metros y su campo visual estaba limitado por el perfil del cuerpo desnudo, el sonido de una rama que pisó hizo que la mujer girara. Él levantó la mirada avergonzado y

comprobó que era ella, Clara. “¿Me estabas espiando?”, le preguntó sonriente y sin taparse. Él, que se había quedado paralizado, volvió a ponerse en marcha. Mientras llegaba, ella, sin ningún apuro ni reparo, se puso la bombacha y el pantalón y, sin esperar respuesta, le empezó a contar que era algo que hacía cada tanto, que nadar desnuda en agua fría era una terapia relajante y que había muchos en el pueblo que lo hacían. Nicolás la escuchaba como un murmullo porque tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano para no mirarle las tetas que la chica seguía sin tapar. Sentía la tensión de su cuello, la rigidez de su cabeza por el esfuerzo, la posición antinatural de sus ojos que parecían mirar los de ella pero que estaban en una pelea a muerte contra su instinto que solo quería enfocarse en su desnudez. Y estaba convencido de que ella notaba esa tensión. Es más, que cualquiera que observara la situación desde afuera, también.

—Deberías probarlo —le dijo Clara. Él se imaginó desnudándose en ese instante y quedando en evidencia de cuánto le había gustado encontrarla así.

—No, soy muy friolento —contestó avergonzado, por la imagen y por su respuesta, mientras en su interior se decía: “Y un pavote”. En cuanto pudo articular una frase más coherente, trató de buscar un tema que los sacara de esa situación y preguntó por la propiedad vallada.

—Ah sí, pertenece a un grupo que se fue a vivir ahí en comunidad. Yo participo aunque todavía no di ese paso —recogió su corpiño y empezó a cambiarse. Él no pudo evitar mirarle las tetas por última vez con una mezcla de tristeza y alivio. No podía creer su suerte. La noche anterior había fantaseado con ella pero como algo lejano, efímero. Pero ahora esa fantasía, esa cara hermosa que lo había ayudado y que le había confirmado que su bajada abrupta en aquel lugar tenía sentido era también un cuerpo hermoso, palpable. Clara continuó— Vuelvo para el pueblo. ¿Venís o vas a seguir paseando?

Nicolás supo que ya no quedaba nada mejor por ver. Y le gustaba la idea de caminar un rato con ella, por lo que aceptó y emprendieron el regreso juntos.

—Y, ¿qué hacías en esa vida de la que estás escapando? —preguntó Clara, sin preámbulos, en cuanto comenzaron a caminar. Lo tomó desprevenido a Nicolás, que todavía seguía atónito por la forma en que la había encontrado, y no podía dejar de repasar las imágenes, procurando retener los detalles, lo que lo hizo titubear antes de encontrar una salida.

—¿Por qué decís que me estoy escapando? —contestó, queriendo sonar relajado, como si la pregunta no lo hubiera afectado.

—Nadie se baja del cole a la noche en este pueblo en el que no hay nada ni conoce a nadie, si no es porque está escapando de algo. O de alguien —Él sonrió y se tomó unos segundos para contestar.

—Algo de eso hay pero sin demasiado misterio. Llevaba una vida aburrida y necesitaba un cambio. No es más que eso —dijo y le pareció convincente; además, sin haber entrado en detalles, era verdad.

—Mmm...frases genéricas, lugares comunes. Veo que no tenés muchas ganas de hablar del tema.

Se quedaron en silencio unos segundos. Nicolás pensó en seguir dando vueltas pero todo lo que se le ocurría eran “frases genéricas, lugares comunes”, así que prefirió no decir nada más al respecto.

Justo pasaron por la puerta de la propiedad vallada, lo que le dio la excusa perfecta para cambiar el tema.

—¿Y quiénes son Los Antiguos?

—Es un grupo que pelea por mantener vivo al pueblo pero sin perder su esencia, conservando las costumbres y, sobre todo, revalidando su identidad. Nació cuando varias empresas vinieron a intentar instalarse o a comprar terrenos y ellos se opusieron. Buscan llevar una vida más tranquila, despojada, conectada con la naturaleza.

—Ah, pero desde qué caserón se conectan. —Clara sonrió.

—Sí, es que el líder pertenece a una de las familias históricas de por acá. Tienen esa casa desde el inicio del pueblo. Pero ahora la abrió para todos los que necesitan un lugar.

—¿El líder? Suena a una secta... —Un cambio mínimo en el labio de la chica demostró que el término no le gustaba. Y por primera vez Clara habló como miembro.

—Mmm...nos gusta considerarnos un refugio, una especie de resistencia. Por la zona está lleno de pueblos que desaparecieron detrás de la promesa de un progreso que solo les trajo unos años de bonanza a los dueños de las tierras y más pobreza a los trabajadores, y que hoy son apenas una estación de tren olvidada. Y no queremos que eso pase acá. Preferimos mantenernos al margen pero vivos.

—¿Y tienen algo que ver con la estatua amigable que está en la plaza? —Clara soltó una risa auténtica y Nicolás se rindió ante aquel sonido.

—Sí, la hizo Juan, el “líder” —lo dijo haciendo una imposición de manos en forma irónica—. Se le da bien lo de la escultura, ¿no? No es la típica estatua que mirás y olvidás dos pasos más adelante. Tiene su mensaje.

—Bastante claro.

—La próxima reunión, si todavía estás por acá, te puedo llevar.

Nicolás, más por de quien había surgido la invitación que por un interés genuino, contestó que sí, sin pensarlo, y, durante aquella caminata, empezó a barajar la idea de quedarse un par de días más. Se quería convencer de que era porque no tenía apuro por seguir su viaje pero en el fondo sabía que no era por eso.

—Bueno, me tengo que ir que, si no, voy a llegar tarde al trabajo —dijo Clara al llegar a la plaza principal.

Se despidieron y cuando ella comenzaba a alejarse, Nicolás, que estaba dudando si preguntarle o no, se decidió:

—Una consulta, ¿Dónde queda el almacén ese que me comentaste?

La chica no pudo evitar sonreír comprendiendo el significado de la pregunta y contenta de las posibilidades que llevaba aparejada. Después le dio las indicaciones y se fue. Nicolás se quedó mirándola, aún con los retazos de aquel cuerpo desnudo, hasta que dobló en una esquina y desapareció.

### CAPÍTULO 3

Después de separarse de Clara, Nicolás se fue hacia el almacén. Quería tantear la situación, y, sobre todo, comprobar que era un trabajo tranquilo, aunque no suponía demasiado vértigo. Igual, confiaba en su primera impresión y, a pesar de todo (y “todo” en este caso no era más que una chica bonita), no quería encerrarse en una rutina similar a la que estaba escapando.

Al llegar se quedó dubitativo unos minutos afuera hasta que notó que, desde adentro, unos ojos lo miraban recelosos. Abrió la puerta y lo recibió el aroma de los fiambres, lo que hizo que su aparato digestivo se accionara para recordarle que no comía nada desde el desayuno. Las últimas estrofas de “Mano a mano” en la voz de Julio Sosa sonaban en una radio apoyada en el mostrador, y esa “O” final alargada en la tonalidad exacta para clavarse en el corazón de los más duros –aquellos que tenían prohibido llorar– cumplió con su propósito, aunque para él fue invisible, un cambio mínimo de ánimo que incluso se podía confundir con hambre.

Miguel, un hombre de unos cincuenta años, de pelo largo en los sectores donde aún le quedaba y una mirada firme rodeada de arrugas, seguía los pasos del extraño que había entrado, mientras acariciaba una pistola que tenía en un cajón para espantar forasteros con ganas de problemas. Había notado que, antes de entrar, el desconocido observaba para todos lados y creyó que estaba cerciorándose de que no se acercara nadie. La mano le temblaba, ya que nunca había usado un arma. Era una reliquia familiar que había tenido oculta durante años y de cuyo funcionamiento dudaba pero que su hijo, antes de mudarse a Capital, le había sugerido

desempolvar. Miguel, en los treinta años que tenía como almacenero nunca había sufrido ningún robo ni nada similar. Aún más, en ningún local del pueblo había pasado; pero se había dejado convencer por el temor de su hijo sumado a las noticias de cada día, la mayoría acaecidas a kilómetros de ahí.

En el tiempo en que el desconocido caminó los pasos hasta el mostrador, en la cabeza de Miguel bullía el debate de qué hacer si el otro sacaba un arma también. ¿Estaba preparado para una situación por el estilo? ¿Cuánta plata tenía en la caja que valiera la pena su vida o la del otro? Por suerte, el desconocido solo disparó una pregunta.

—¿Usted es Miguel?

—Sí, ¿en qué te puedo ayudar? —contestó y notó cómo todo el cuerpo se le relajaba, salvo la mano que todavía aferraba el arma por sus propios medios.

—¿Qué tal? Mi nombre es Nicolás, llegué hace poco al pueblo y me dijeron que usted me puede dar trabajo.

—Uff me hiciste asustar, pibe —soltó el arma y recién entonces reparó en que, de haber estado sin el seguro, por la presión de su dedo índice, hubiera disparado. Internamente insultó a su hijo y juró esconderla antes de que le trajera problemas—. Acá me estaba dando una mano un muchacho que andaba de viajero pero se tomó el raje sin avisar. El laburo no es difícil, te tendría que enseñar a usar la máquina de cortar fiambre nomás que, ya por como te parás, me imagino que no tenés ni idea.

Ambos sonrieron. Miguel tenía una forma de hablar que hacía que aunque el contenido fuera agresivo no sonara como tal.

—¿Pero vos cuánto tiempo pensás estar por acá?

—La verdad, no sé.

—Mmm...vamos a hacer algo. Probemos una semana. Ahí vemos si nos sirve a los dos y, sobre todo, si decidís quedarte o te vas. La vida en el pueblo tiene sus cosas, todos creen que es fácil pero no cualquiera la aguanta mucho tiempo. ¿Cuándo querés empezar?

A Nicolás le extrañó no hablar de plata pero tampoco tenía pensado comenzar a trabajar, al menos tan rápido, por lo tanto le restó importancia.

—Cuando guste, don.

—Venite mañana a las 10 y vemos.

—Dele, gracias.

—Ah y tuteame. Si no me hacés sentir más viejo de lo que soy.

El joven se despidió y salió del local con una mezcla de sensaciones. Había arrancado el viaje buscando alejarse, entre otras cosas, de la vida laboral formal y apenas unos días más tarde ya tenía un nuevo trabajo. Eso le dejaba cierto sabor amargo a pesar de que sabía que formaba parte de otro de sus objetivos que era vivir nuevas aventuras, por decirlo de alguna manera. Claro que trabajar en un almacén posiblemente ni se acercaba a alguna de las acepciones de aventura; pero la idea de estar un tiempo en un pueblo, de tratar de convertirse en uno de ellos, le parecía interesante. Y, por supuesto, estaban Clara y su sonrisa. No eran pocos argumentos. Por mucho menos que eso había vivido durante años en Capital. “Ya voy a tener tiempo de viajar”, se dijo. No tenía fecha de retorno, ni nadie que lo esperara. Y ni se le cruzaba por la cabeza quedarse eternamente ahí. Lo tomaría como unas vacaciones. O, mejor, una adaptación a su nueva vida en la que nada estaba digitado, en la que el futuro era incierto. Aún más que el de cualquiera.

Pensó en volver al hotel para almorzar pero cuando pasó por la puerta vio el comedor vacío, a oscuras, con algunas sillas dadas vueltas sobre las mesas; una imagen desoladora que lo invadió al imaginarse formando parte de ese decorado. Entonces, prefirió perderse por las calles hasta encontrar un lugar en el que no estuviera tan solo. A esa hora de la tarde no había nadie por ningún lado; parecía un pueblo fantasma. Le gustó pensar que se debía a que cumplían con el rito de la siesta a rajatabla, aunque eso complicaría sus chances de comer.

Tras dar unas vueltas, en una esquina algo escondida encontró un bar. No tenía ningún cartel con nombre. Imaginó que se debía a que no lo necesitaba, que cualquiera, con decir “Nos encontramos en el bar”, sabía dónde tenía que ir. La fachada, medio derruida, conservaba los ladrillos originales a la vista, que parecían haber llegado hasta ese punto por el paso del tiempo más que por una búsqueda estética, pero que le daban un encanto especial, un indicio de que la historia del pueblo y, sobre todo, de sus personajes había pasado por ahí.

Entró y esa percepción se hizo más fuerte al ver la decoración. En la pared detrás de la barra había un escudo del club de la zona con los colores desgastados, una foto en blanco y negro de un hombre detrás de la misma barra pero, por la calidad de la imagen, se podía deducir que muchos años atrás, otra del Diego levantando la Copa del Mundo y una pequeña del día de la inauguración con todo el pueblo de traje presenciando el momento.

Se sentó en uno de los taburetes de la barra a pesar de que todas las mesas estaban vacías excepto una, al lado de la ventana, en la que dos viejos jugaban al dominó. Lo hacían en silencio, con movimientos automáticos y casi sin ninguna mueca en sus rostros. Mientras uno pensaba la jugada el otro observaba la calle vacía. Aunque quizás “observaba” no fuera la palabra adecuada, ya que los dos parecían perder la mirada en sus recuerdos. Y después intercambiaban los roles. Se imaginó la cantidad de años que llevarían haciendo lo mismo, tantos que ya no les quedarían anécdotas por repetirse ni interés por contarlas. Solo se hacían compañía. Y esperaban.

—¿Puede ser algo de comer? —le preguntó al hombre detrás de la barra. Este se colgó del hombro el trapo con el que la estaba lustrando más por costumbre que por necesidad y después de escrutarlo unos segundos contestó:

—A esta hora le puedo ofrecer sándwiches nomás. Quizás me quede alguna milanesa.

—No, sí tenés de jamón y queso completo está bien. Y una cerveza.

—Marche –contestó, y sin preguntar marcas ni tamaños y, con unos movimientos mecanizados que demostraban los años de experiencia, le dejó dos posavasos –uno ocupado por la cerveza y el otro por un chopp recién sacado de la heladera– y desapareció por la puerta que daba a la cocina.

Nicolás no había reparado en la sed que tenía hasta que tuvo la bebida frente a él. Se sirvió hasta el tope y lo vació de un trago. El frío de la cerveza lo relajó tras su largo recorrido y festejó que supieran manejar la temperatura de esa manera. Una tele clavada en un canal de noticias mostraba que habían atrapado a un asesino serial en Capital y brindó en silencio por haberse alejado de ese mundo. Hacía menos de cuarenta y ocho horas que se había ido pero ya lo veía como un lugar lejano, como otra vida.

Minutos después el barman, que todavía no había dicho su nombre pero lo tenía –Carlos– volvió con la comida. Al dejarla junto a una pequeña servilleta preguntó:

—¿Está de paso, maestro?

—Estaba...pero me voy a quedar un tiempo –el barman pareció perder interés en la respuesta o quizás durante su misma pregunta, y retomó su rutina ordenando unas botellas. Nicolás comió con un apetito voraz y después se quedó disfrutando de la cerveza, absorbiendo los detalles de su entorno y con la calma de los viajeros que se saben ajenos a las responsabilidades de mantener en funcionamiento una parte del mundo, esa de la cual ya no quería saber nada. Cuando se sirvió el último vaso, Carlos, aún sin presentarse ya que en las pequeñas interacciones de la vida no se hace necesaria la identificación y basta con ser personas que manejan el mismo idioma (o sus derivados), se acercó para retirar el plato.

—¿Algo más?

—No, muchas gracias. –Y quizás movido por la calma mencionada, por la necesidad del que viaja de relacionarse con los lugares para conocer sus costumbres, su historia, y así acercarse a

un entendimiento parcial sobre el destino visitado, o simplemente por el efecto de la cerveza, comentó mientras señalaba la foto añeja del bar y sin saber que estaba abriendo una puerta—: ¡Muy buena esa foto! ¿De cuándo es?

—Y...como te imaginarás es del día de la inauguración. A decir verdad, de la reinauguración, ya que el bar está desde tiempos inmemoriales, pero ese año mi bisabuelo lo compró y lo remodeló. Ahí están todas las personalidades del pueblo de aquella época. Ese gordo con bigote era el intendente. El de la izquierda es mi bisabuelo, que no tendría más de veinte años. También está el jefe de policía, el director de la radio local, el del banco, hasta el cura, entre tantos otros.

—¿Y después venían o se pusieron para la foto? —preguntó medio en serio, medio en joda.

—No, eran habitués y el bar, desde ese día, se convirtió en unos de los puntos neurálgicos y mi familia —yo soy la cuarta generación manejándolo—, en testigos privilegiados de todo.

—Ah, debe tener miles de historias para contar.

—Sin dudas, y muchas más que no, sobre todo a personas ajenas a la sangre —contestó entre enigmático, cortante y sonriente. Justo entraron dos personas que se acodaron en la otra punta de la barra y Carlos se dirigió hacia ellos para atenderlos.

Nicolás terminó la cerveza en silencio mientras la última frase del barman se le repetía en bucle, transportándolo a una nebulosa en la que todo el entorno perdía sentido, forma, y solo podía concentrarse en las palabras; nada a su alrededor existía. Únicamente aquella frase dicha como al pasar y que en una primera escucha, en realidad en la única ya que lo otro no era más que un eco, una alucinación debida quizás al tono con que fue dicha, o a la conjunción de letras, palabras, espacios que le daban *a posteriori* otro valor, le había pasado casi desapercibida. Una risa de mujer en una mesa lejana lo devolvió al mundo que habitaba, cortando en seco el efecto místico que lo subsumía con aquel éter en que las palabras y los humanos eran

solo especies diferentes, y comprobó que empezaba a caer la noche, y junto con ella la gente al bar. El tiempo se le había esfumado. Por la ventana entraba la luz tenue del alumbrado callejero con ese tono ocre que le confirma al forastero –y sobre todo al recién llegado– que está lejos de casa, y lo transporta al estado de alegría y melancolía exacto, ese punto cúlmine del viaje en el que se mezclan las expectativas del porvenir con las dudas y los miedos a lo desconocido.

Miró hacia donde provenía la risa y vio a una mujer rubia que sostenía, con gesto impostado, un cigarrillo en la mano izquierda, y que su boca seguía emitiendo aquella carcajada que lo había espabilado. Delante de ella, un hombre con campera de cuero, remera blanca y una buena dosis de gel en un peinado milimétricamente producido, la miraba entendiendo que esa carcajada solo podía significar que ambos estaban en la misma búsqueda. Al tomar noción de donde estaba, de su regresión, el sonido ambiente junto a la mujer que seguía riendo se le tornó insopportable. Pagó como pudo lo que entendió que le dijeron y se dirigió a la salida.

En su camino torpe hacia afuera, uno de los viejos que todavía jugaba al dominó lo sujetó del brazo y le dijo al oído:

—Váyase en cuanto pueda, este lugar se volvió malo. —Nicolás atinó a preguntarle a qué se refería pero el viejo ya había vuelto a perder la mirada en ese limbo que lo consumía. Levantó la vista con la certeza de que iba a ser atacado y se extrañó al ver que el bar continuaba indiferente. Al notar que sus propios sentidos aún seguían aletargados, salió dando tumbos. Recién al respirar una buena bocanada de aire fresco, apoyado contra la pared, volvió a tomar el control de sus movimientos, a percibir el mundo con normalidad, pero a pesar de la tranquilidad que le transmitía el silencio del pueblo –o quizás debido a ella– volvió a sentirse observado y un escalofrío le recorrió la espalda.

No se cruzó con nadie hasta llegar al hotel donde lo recibió Antonio.

—¿Se siente bien? No tiene buen color —le dijo mientras le pasaba la llave de su cuarto.

—Sí, creo que necesito descansar.

Subió a su habitación y, sin quitarse la ropa, se tiró en la cama y se durmió apenas su cabeza tocó la almohada.

## CAPÍTULO 4

La claridad de la mañana lo despertó nuevamente sin necesidad de una alarma que igual había olvidado poner. Sabía que no había vuelto demasiado tarde ya que recordaba que al salir del bar recién caía la noche, pero en ningún momento se había detenido a ver el horario.

Buscó su teléfono en el bolsillo del pantalón, que al acostarse no había llegado a sacarse, y comprobó la hora: 7:36. En su vida pasada, la alarma del celular estaría sonando con una melodía de música clásica desconocida y él intentaría robarle unos minutos más; ese letargo que solo sirve para acrecentar la sensación de cansancio y odiar las mañanas junto a todo lo que conllevan. A esa altura, después de tantos meses –incluso años– despertándose con la misma melodía, pensó que, de escucharla nuevamente hubiera sentido, de inmediato, una mezcla de odio y frustración; por lo que se alegró de no haberla puesto. Y le dedicó el primer saludo del día al sádico que había sacrificado a su perro para legar aquel conocimiento.

Se levantó y fue hasta la ventana que estaba empañada por la diferencia de temperatura con el afuera y le mostraba una imagen borronada, como una versión alternativa del pueblo. La abrió de par en par para dejar entrar el fresco matinal que terminara de espabilarlo. A sus pies, la plaza estaba vacía con un colchón marrón y amarillo de hojas que ocupaban casi la totalidad del camino principal. Al fondo, en el bosque, los árboles se mecían al compás de un viento suave que le llevó el olor de los sauces, un aire limpio, sin smog, sin ruido. Esa tranquilidad le recordó, por oposición,

los últimos instantes en el bar: una secuencia de imágenes borrosas, la reverberación del ambiente haciendo todo más confuso, y el agarrón del viejo como única certeza junto a sus palabras. Por unos instantes lo percibió como si hubiera sido parte de un mal sueño. Le parecía imposible relacionar ese amanecer apacible con la sentencia de aquel hombre de mirada perdida. Pero su brazo le latía, como si se hubiese quemado, confirmándole que no lo había soñado.

Cerró los ojos e inspiró profundo dejando entrar el aire limpio en sus pulmones mientras trataba de convencerse de que quizás las palabras del viejo no fueran más que un desvarío, parte de esa nebulosa en la que vivía, a las que no hacía falta dar entidad. Exhaló contando los segundos, concentrándose en cómo salía el aire de su cuerpo, una técnica que le habían enseñado en el trabajo y que le hacían repetir varias veces en el día para pretender paliar las horas de sedentarismo y estrés. Nunca le había funcionado demasiado pero en ese momento, en ese lugar, con esa atmósfera, supuso que tendría más sentido que rodeado de computadoras, papeles y personas desanimadas.

Dedicó varios minutos a repetir el ejercicio ¿O habían sido segundos? No lo supo con certeza ya que, al cerrar los ojos experimentó una desconexión temporal, una fisura en el normal funcionamiento del mundo que, recién al abrirlos, pareció retomar –al menos desde su perspectiva– su normal trayectoria, aunque con un pequeño cambio en la escena que llamó su atención. En el centro de la plaza, donde convergían varios caminos, había una persona parada que miraba en su dirección. Estaba completamente vestida de negro. Llevaba puesto un sombrero de alas, del mismo color, que tapaba parte de su rostro. No se movía, no hacía nada, simplemente miraba hacia su ventana. Inquieto ante la aparición y con la seguridad de que lo estaba observando a él, hizo un paneo y confirmó que los alrededores seguían vacíos, que en ese momento, en esa instantánea, eran las únicas dos personas en el pueblo. Levantó la

mano en forma amistosa pero no recibió ninguna respuesta. El extraño permaneció impasible. Pensó en gritarle, en llamar su atención, obligarlo a reaccionar; sin embargo su quietud y la fuerza de su mirada oculta lo intranquilizaban. Al notar que no podía hacer nada más, decidió cerrar la ventana junto a las cortinas. Una vez que lo hizo, la plaza, el mundo, volvieron a desaparecer detrás del trozo de tela. Barajó la opción de abrir de repente pero temía que, a pesar de la altura, de la imposibilidad física, aquella aparición hubiera llegado hasta su ventana. Un silencio profundo, solitario, invadió el cuarto. Para tranquilizarse se fue a duchar, procurando dejar atrás la imagen, repitiéndose que debía ser algún personaje del pueblo y que nada tenía que ver con él. Igualmente, durante todo el baño tuvo la sensación de que alguien iba a abrir la cortina de repente. Y, claro, lo imaginaba con un cuchillo en la mano y la sangre escurriéndose por la rejilla.

Después de bañarse, sin abrir la ventana por las dudas, bajó a desayunar. Como la mañana anterior, encontró el salón vacío. A esa altura no dudó que era el único que se hospedaba en aquel hotel. Se sirvió un mate cocido, unas medialunas y, todavía con algo de temor, se ubicó en una de las mesas próximas a la ventana.

La aparición ya no estaba. Solo unos niños con el delantal del colegio que aprovechaban sus últimos minutos antes de entrar a clase para jugar. Siempre había admirado esa cualidad infantil de vivir para jugar, de permanecer ajenos al mundo y sus problemas. Y algo de eso era lo que buscaba recuperar en ese viaje. A pesar de que ese día arrancaba a trabajar, ya no sería como en su vida pasada. Pensaba tomárselo de una forma más relajada, sin demasiada responsabilidad, sin temer a la inestabilidad ya que no pensaba quedarse mucho tiempo. Sería como un juego, un cambio de rol, probarse en diferentes papeles y después seguir camino.

Terminó de desayunar y llevó los trastos hasta un aparador que separaba el salón de lo que parecía la cocina, con esa culpa clase-mediera de no poder sentirse servido. Quiso dar aviso pero na-

die respondió. Supuso que, debido a la época del año, Antonio se debía encargar de todo. Aunque tampoco estaba seguro de que el pueblo contara con una temporada alta más allá de los jóvenes expatriados que volvieran a saludar a la familia en las fiestas y vacaciones, o algunos que hicieran una escapada en los fines de semana largos.

Al dejar la llave en la recepción, donde finalmente estaba Antonio, le confirmó que se quedaría unos días más.

—¿Se siente mejor? Ayer a la noche llegó pálido —consultó el conserje. El joven revivió por un segundo su caminata inestable por las calles del pueblo. Y volvió a sentir en el brazo el calor de aquel contacto al salir del bar.

—Sí, gracias —contestó, y el sonido de su voz le sonó extraño. Entonces reparó en que había estado en silencio desde que se había despertado.

—Me alegro. ¿Le está gustando el lugar? —preguntó Antonio, y Nicolás no supo si le hablaba del hotel o del pueblo.

—Sí, muy lindo y tranquilo.

—Perfecto. Avíseme si necesita algo.

Nicolás le agradeció y salió a la calle. Su mirada, instintivamente, se dirigió al centro de la plaza buscando la aparición. Por un lado, quería que estuviera ahí y se confirmara que era un simple humano y que no tenía nada que ver con él, ni lo estaba acechando. Por el otro, temía que no fuera tan así. Pero no había nada. Ni nadie.

El fresco de la mañana, en contraste con el calor del sol, hizo que se le erizara la piel. O prefirió adjudicárselo a ello.

Se puso los auriculares y eligió, quizás debido al paisaje, al clima, a su nueva vida, un disco de reggae. *Y sentir mudar, de cara al sol, verdadera libertad, revolución.* Con escuchar la primera frase supo que había dado en la tecla. Le encantaba cuando eso pasaba, cuando la canción dejaba de ser ajena al entorno y se convertía en parte.

Esa mezcla perfecta entre el día soleado, la paz de la calle y la música hizo que se olvidara de la aparición, de la noche extraña, de sus miedos y que llegara sonriente a su primer día de trabajo, algo a lo que no estaba acostumbrado y que le parecía casi una herejía.

A pesar de la repentina motivación, se encontró con la persiana del almacén aún cerrada. Golpeó, por las dudas, y como nadie contestaba se tomó unos minutos para leer los grafitis que a esa altura formaban parte de la decoración del local; polaroids de historias que quizás ya no existieran, de personas que posiblemente ya no estuvieran en el pueblo ni en el mundo y, como Miguel no llegaba, se sentó en el umbral a esperar. El sol le daba directo, lo que lo obligó a cerrar los ojos. Así estuvo un rato en el que la música y el calor en la cara eran todo lo que sentía, lo único que existía. Se dormitó y una leve sacudida en su hombro izquierdo lo llevó de nuevo a la realidad.

Cuando abrió los ojos, debido al contraste con el sol de frente, al efecto fuera de foco del recién despertado y a la actitud invasiva de quien lo estaba sacudiendo, creyó ver en ese contorno a la aparición, y su reacción fue retroceder mientras se cubría con las manos. Al chocar con la persiana, uno de los auriculares se le salió, lo que le permitió escuchar el “Tranquilo, Nico, soy yo”. Y cuando sus sentidos volvieron a la normalidad y dejaron de ser dominados por los recuerdos pudo enfocar y reconocer en aquella figura a su nuevo jefe.

—¿Te quedaste dormido? —preguntó mientras intentaba tranquilizarlo.

—Uff...parece.

—¡Qué susto te pegaste! —le dijo cuando ya lo vio un poco recompuesto y acompañó el comentario con una carcajada— ¡Sos puntual, pibe, eh! Buen comienzo aunque también podría decirse que te quedaste dormido en tu lugar de trabajo el primer día —Miguel volvió a reírse con una conjunción sonora que hacía imposible que pasara desapercibida, y que hizo que Nicolás se rindiera

ante el poder de aquel sonido contagioso y se riera también—. ¿Te vas a parar o arrancás haciéndome un piquete?

Nicolás se levantó todavía somnoliento y obnubilado por el sol mientras Miguel entraba al local y levantaba la persiana. Esos segundos hasta que llegó al tope le sirvieron para normalizar las pulsaciones, y la mezcla de olores al entrar al almacén lo envolvió para darle una cálida bienvenida. Lo segundo que hizo Miguel con un movimiento instintivo, como si fuera parte de la ceremonia de empezar la jornada, fue prender la radio, un gesto que a Nicolás le gustó, lo sintió cercano. Esa vez sonó un tango desconocido para él que el almacenero silbó completo, frenando solo en algunos momentos para terminar de explicarle de dónde debía prender tal luz o algún truco para abrir cierta puerta.

—Hago unos mates y te explico cómo funciona esto —dijo señalando la máquina de cortar fiambres— que es lo que más te puede complicar. Ah, tomás mate, ¿no? Es una pregunta que debería hacer siempre antes de darle laburo a alguien, pero doy por sentado que sí.

Nicolás asintió. Luego se quedó solo unos minutos en los que aprovechó para ir detrás del mostrador y, como si fuera un aprendiz de Don Juan buscando su sitio, observó lo que sería su perspectiva diaria. Preponderaba una mezcla de amarillos y marrones. “¿Habré encontrado realmente mi sitio?”, se preguntó; el ventanal del local era coronado por un árbol que aún conservaba algunas hojas en la misma gama. Todo parecía en composé. Un rayo de luz entraba por una de las esquinas y le daba al cuadro —porque eso parecía la imagen que tenía delante— un corte y un aura celestial. De fondo, el tango le ponía la cuota de melancolía justa. Eso lo convenció de que estaba donde tenía que estar. Pocas veces en la vida se tiene tal certeza.

Miguel volvió de la cocina, se sentó en una banqueta, cebó un mate y lo sorbió con ganas.

—El día no arranca hasta el primer mate —sentenció como si hubiera dicho una de las grandes verdades de la humanidad, y se

quedó mirando el mismo cuadro que el otro pero sin la sorpresa, ajeno al efecto, más enfocado en disfrutar la infusión y un nuevo inicio. Al terminarlo, le pasó uno a Nicolás mientras le explicaba los usos y abusos de la máquina de fiambres. Una vez que terminó, lo invitó a que practicara.

—Cortate 150 de queso y 150 de jamón así acompañamos con algo.

Nicolás obedeció, y si bien al principio le costó, luego le tomó la mano al efecto inercial necesario para dejar el fiambre en una posición horizontal exacta.

—¡Bastante bien, pibe, eh! —le dijo mientras armaba unos sándwiches con galletitas de agua— Ya te recibiste de almacenero. Tomá, comete uno y contame un poco qué te trae por acá.

El joven se sentó y contestó cuidando sus palabras ya que, en realidad, no lo sabía con exactitud. Contarle lo del cartel le parecía demasiado místico. Y mencionar a Clara tampoco lo convenía, además de que eso había sido posterior a su decisión.

—Y...no hay mucho misterio, la verdad. Necesitaba un cambio de aire, y siempre tuve la idea de viajar sin destino; así que acá estoy.

—Pero ¿qué te hizo caer en este pueblo?

Justo cuando estaba inventando una excusa, las campanitas de la puerta anunciaron la llegada de un cliente y, como si el universo quisiera dar algún tipo de respuesta, meterse en la conversación, aportar su cuota de conocimiento, la que entró fue Clara. Sus ojos se posaron primero en Nicolás y una sonrisa se dibujó en su cara.

—Te quedaste... —se le escapó casi como un susurro y después procuró recomponerse, ocultar su fallido que ya había quedado marcado en el rojo de sus mejillas, en su mirada esquiva— Migue, te traigo el pedido del bar. ¿Me lo alcanzás después o necesitás que lo pase a buscar?

—Tranqui, nena. Te lo mando en un rato al pibe con todo.

—Dale, muchas gracias. Y, ¿cómo viene el nuevo empleado?

—Y ahí lo tenés, rompiéndose el lomo tomando mate...

—¡La pasan mal ustedes, eh! ¿Me convidan uno, al menos?

Miguel le pasó el mate y siguieron charlando los tres, ya sobre temas intrascendentes, hasta que se terminó el agua.

—El último es para el que ceba —les dijo Miguel, y mientras lo tomaba se fue hacia la cocina. Se generó un silencio incómodo que Clara cortó en seco con una frase auspiciosa:

—Bueno, me tengo que ir, nos veremos más tarde.

Nicolás la miró extrañado, olvidando por completo el comentario de su nuevo jefe.

—¿No sos vos el pibe al que se refería Miguel?

—Ah...supongo que sí.

—Entonces nos vemos después.

Le dio un beso y se fue dejando la estela de su perfume y su presencia como algo vivo en la cabeza del muchacho. De fondo, la música seguía... *No fue más que verte y perder la fe, el coraje, el ansia e guapear.*

Cuando volvió de la cocina, Miguel le pasó la lista que había llevado Clara para que la armara y se fuera familiarizando con el lugar. Se puso a trabajar percibiendo los restos del perfume, escuchando el “Te quedaste” tímido en loop, solo cortado por el “Nos vemos más tarde”. Seis palabras, dos gestos. A veces no se necesita mucho más.

El resto de la mañana pasó sin mayores sobresaltos y alguna que otra bienvenida que le daba la gente que iba a comprar, y que no se alteraba ante su tardanza. Incluso, la mayoría se quedaba charlando un rato con el viejo almacenero, lo que le daba tiempo y le quitaba todo tipo de presión. Todos parecían vivir sin demasiado apuro.

Después de la salida del colegio, el punto álgido de clientes que pasaban a comprar sus provisiones, Miguel bajó la persiana y le ofreció que se llevara algo para comer. “Yo me voy a tirar un rato el toro que si no, a la tarde no funciona. Volvé tipo cuatro”, le dijo.

Nicolás se armó unos sánquches, mientras dudaba si volver al hotel y dormir un rato o ir a la laguna.

Al salir, el almacenero se subió a su bici y desapareció al doblar en la siguiente esquina. No quedaba nadie a la vista. Parecía que, realmente, la hora de la siesta era sagrada.

A pesar de una brisa fresca, el sol posado en el cenit transmitía un calor agradable, mucho más que la perspectiva de comer en la cama de un hotel. Se puso los auriculares y se fue caminando hasta la laguna. Esa vez no había nadie, solo el recuerdo del cuerpo desnudo de Clara.

Bajo un árbol que, a pesar del esquileo otoñal todavía generaba sombra a sus pies y donde las piedras acompañaban sin tanta irregularidad, encontró un buen lugar para sentarse. Se descalzó y comió en silencio. Delante de él la laguna parecía inmóvil, como si el tiempo en ese lugar del mundo se hubiese detenido. Y esa sensación lo invadió. Su vida pasada había desaparecido. Ni siquiera conservaba el nombre, nada lo unía con ese ser del que venía escapando y, en adelante, podía ser lo que quisiera, sin presiones ni pretensiones de lo que esperaban de su versión anterior.

Se recostó y el sonido del agua, de la brisa jugando con las hojas, del trino de los pájaros, mezclado con su estado de relajación lo transportaron a un mundo onírico, y todo se le volvió confuso, sin terminar de perder la conexión con el afuera pero mezclándolo en imágenes sin sentido, hasta que se quedó dormido.

Al despertarse, tardó un rato en despabilarse del todo y en tomar contacto con su alrededor que tampoco había cambiado demasiado. El vaivén de la laguna reflejando el sol era uno de los pocos indicios de que el mundo seguía girando.

De repente, en la propiedad de Los Antiguos vio unos movimientos. Una F100 blanca, que denotaba varios años y kilómetros encima, se estacionó cerca de una especie de depósito. Dos hombres bajaron de la cabina. El conductor se acercó y golpeó la puerta mientras el otro iba hacia la parte de atrás de la camioneta. Un

tercer hombre salió del edificio, habló con el conductor y fueron a juntarse con el otro. Entre todos bajaron un bulto de la camioneta. Nicolás se quedó paralizado porque, a pesar de la distancia, en el extremo del bulto que bajaban creyó distinguir una zapatilla.

Mientras trataba de darle sentido a lo visto, los hombres cerraron la puerta del depósito y desaparecieron. Unos minutos más tarde, el conductor salió, subió a la camioneta y se fue. Nicolás volvió a quedarse solo con el trino de los pájaros y el baile sin fin del agua con las piedras de la orilla. Sin embargo, el mundo había perdido el aspecto apacible de unos minutos atrás.

## CAPÍTULO 5

Llegó al almacén y encontró a Miguel ordenando. Continuaba afectado por la secuencia que había presenciado, así que el saludo afectuoso, el mate compartido, el ambiente familiar le hicieron bien. Pensó en contarle sobre el episodio pero no sabía bien qué había visto. Por suerte, Miguel habló y, sin saberlo, desvió el tema:

—¿Descansaste un rato?

—Un poco. Me fui hasta la laguna a almorzar. No tenía ganas de meterme en el hotel.

—Y...me imagino. No tenés ni lugar para comer en la pieza ¿no? —Nicolás negó en silencio. Miguel, por su parte, dudó unos instantes como si no estuviera del todo seguro de lo que iba a decir pero al final continuó—: Mirá, yo tengo una casita que alquilo cuando puedo, pero ahora está vacía. Si te interesa y tenés pensado quedarte un tiempo, te la presto. Total, en invierno suele estar cerrada y tengo que ir cada tanto a hacerle un mantenimiento. Si vos te encargás de eso, nos cierra a ambos.

—Me parece buen trato.

—Perfecto. Después la vamos a ver. Ahora andá a llevar el pedido, que Clara te debe estar esperando —dijo, haciendo especial énfasis en el “te”—. Llevate la bici si querés. ¿Te acordás dónde es la terminal, no?

—Sí, sí, ¿Está atada la bici? —Miguel lanzó una carcajada y ni le contestó.

Nicolás cargó las bolsas en el canasto, se puso los auriculares y arrancó. En los primeros pedaleos los músculos le recordaron que era un ejercicio que hacía mucho que no realizaba pero rápida-

mente empezó a disfrutarlo. Sin embargo, mucho no le duró ya que antes de que terminara la canción había llegado a destino.

Mientras dejaba la bici, Clara salió a recibirlo.

—Eras vos el pibe nomás...

—Eso parece. Esperá que te ayudo –le dijo sin darle demasiadas opciones. Apoyó la bicicleta en el mismo banco donde unos días atrás había comido mientras sopesaba su repentina decisión. Instintivamente, observó el cartel que con la luz del día ya no lo convocaba. “¿Dónde estaría, si no hubiera llegado de noche?”, se preguntó, y trazó en su cabeza algunos destinos posibles en los que desaparecían –al menos en su conocimiento y por lo tanto dejaban de existir– aquel pueblo y sus personas.

Entró al bar que constaba de cuatro mesas ubicadas al lado de un gran ventanal que daba a la dársena, una barra larga con algunos taburetes metálicos, una fonola contra la pared que separaba el baño de hombres del de mujeres y una tele en silencio clavada en un canal de noticias. Para completar la imagen de bar de paso sonaba Creedence con su rock que lo transportó a otra época, a otra ruta.

Dejó las bolsas en una mesada desde donde pudo ver a dos jóvenes, que apenas repararon en él, alistando la cocina para empezar la jornada. Luego, Clara lo acompañó hasta afuera y se quedaron envueltos en un silencio del que les costaba salir pero que, a la vez, no querían cortar. Ambos observaban el recorrido de los coches por la ruta, mientras buscaban en sus cabezas un tema que les diera unos minutos más. Finalmente fue Nicolás el que habló:

—Parece que me voy a quedar en la casa de Miguel.

—¡Qué bueno! ¿Ya te la ofreció? Le debés haber caído muy bien.

—Sí, la vamos a ir a ver después del laburo y, si me gusta, me la presta un tiempo. A cambio, le tengo que hacer unos arreglos.

—Te va a gustar.

—Y... más que el hotel, seguro –Por la ventana, Nicolás vio cómo se asomaba uno de los cocineros. Clara miró para ese lado e,

inmediatamente, le dijo que se tenía que ir. Se despidió y se metió en el bar.

Por su lado, Nicolás se fue para el almacén sin ningún tipo de apuro, ralentando la llegada, observando todo a su paso. Recorrió las calles de tierras irregulares, sin ningún tipo de trazado específico, solo contextualizadas por la calle principal, la ruta y el bosque como límites. Salvo por algunos autos estacionados, el pueblo parecía habitado por perros callejeros que vagaban en búsqueda de comida o por niños que jugaban y peleaban sin supervisión alguna, sin temor ni al frío ni a la inseguridad, esos problemas de los mayores y -sobre todo- de las ciudades.

Cuando llegó, Miguel levantó la vista del diario que leía mientras silbaba un tango.

—Y ¿todo bien?

—Sí, ya entregué todo. ¡Qué tranquilidad se respira en el pueblo!

—Sí, una paz infernal —contestó el almacenero—. Para algunos es una bendición, a otros los vuelve locos. Hacete unos mates, a ver qué tan porteño sos.

Nicolás fue a la cocina y se esmeró en prepararlo aunque suponía que sería juzgado con esa especie de patria potestad que creen tener los del interior con algunas costumbres nacionales. Se tomó un par para que se asentara la yerba y después le pasó uno a Miguel.

—No está mal ¡eh! —le dijo, lo que generó un clima de camaradería. Después de eso se dedicaron a charlar de una de las pocas cosas que une a desconocidos: el fútbol.

Miguel se declaró hincha de Racing y Nicolás pensó, sin atreverse a decírselo, que siendo almacenero de más de cincuenta años, casi que no había chances de que fuera de otro equipo. Quizás de San Lorenzo. Era una ley implícita sin ninguna base científica pero que carecía de margen de error.

Por su parte, Nicolás le contó que era de Atlanta y se preparó para el interrogatorio clásico: si era de Villa Crespo (“No”), si recordaba la final del ‘85 (“No, era muy chico”) y el mazazo de

siempre: “¿Qué les pasó? Me acuerdo de cuando eran un equipo indiscutible de Primera”. Como si hubiera una respuesta simple, una explicación válida.

Después, el almacenero se explayó durante un buen rato sobre tango. Le habló de cantores, de orquestas, de la época de los bailes. El pueblo había tenido su propia Edad de Oro que se había estirado hasta los años 60 con una orquesta a todo trapo: tres bandoneonistas, un piano, un contrabajo. “Y un cantor de esos con un vozarrón que ya a capela te volaba la peluca”, le dijo con un orgullo desmedido, como si fuera él o un familiar suyo. Los bailes del pueblo se hicieron famosos en aquel enclave y llegaban de zonas aledañas. Él había alcanzado a ver solo los últimos estertores, cuando ya había perdido sus colores, su magia y, tanto el pueblo como los de alrededor, le habían dado la espalda. “Nací tarde”, sentenció con cierta nostalgia acorde.

A cada cliente que entró en ese rato, Miguel lo metía en la charla. Y todos tenían algo que aportar, más como continuadores de una leyenda oral que como testigos. Sin embargo, ninguno hablaba con tanta pasión como el almacenero. Nicolás incluso llegó a dudar de que fuera tan buena la orquesta.

De repente, Miguel miró la hora.

—Uh, haceme un favor, poné en la puerta el cartel que dice “Vuelvo en media hora” y acompañaame que te tengo que mostrar lo último que necesitás saber de acá.

El joven obedeció diligente. Por su parte, el almacenero agarró dos porrones de cerveza y se dirigió a la cocina. Una puerta en la que Nicolás no había reparado antes los llevó hasta un patio lleno de muebles abandonados que parecían estar esperando arreglo hacía años y, por una escalera ubicada detrás de una vieja góndola, subieron a la terraza. En esta había un chulengo adornado con algunas telarañas, una mesa de plástico blanca con sus sillas apiladas y una reposera abierta ubicada estratégicamente.

—Ahí tenés una silla, la reposera es mía, está claro —dijo el viejo almacenero mientras se acomodaba y abría con los dientes ambos

porrones— Vení, sentate por acá, mirá el paisaje, y ahora sí vamos a hablar en serio.

Nicolás llevó la silla a donde el otro le había marcado. Se sentó y recién entonces reparó en lo que tenía delante. Las construcciones bajas del pueblo permitían, desde esa altura, ver el cielo casi completo, limpio. También se veía la ruta (no pudo evitar buscar la terminal y el bar, y tratar de adivinar qué silueta o sombra pertenecía a ella) y se percibía más claro aún que era el fin (o el inicio) del pueblo, ya que limitaba con unos campos extensos con el trazado geométrico de algún tipo de cultivo que desconocía. Para poner el sello de postal, se veía el sol como una bola perfecta yendo hacia su inexorable destino y bañando, con su degradé de amarillos y anaranjados, todo a su paso. Todavía faltaban unos minutos para el ocaso. Desde la perspectiva de Nicolás eran unos cinco centímetros lo que separaba al sol del horizonte, una medida más que demostraba lo intrascendente del ser humano —incluso de la tierra— en el universo.

—Todos los días intento venir a verlo. Es un espectáculo único aunque se dé a diario —dijo Miguel mientras le alcanzaba la cerveza. Nicolás le dio un trago largo sin poder (ni querer) dejar de mirar la puesta— Además, tiene un efecto en las personas que las hace sinceras. Y la cerveza hace lo suyo también. Así que decime la verdad, ¿Qué te trajo hasta acá?

Nicolás sopesó todas sus alternativas y decidió contar una verdad a medias, que era más de lo que tenía pensado en un principio. Empezó con algo bien genérico.

—Necesitaba un cambio...—iba a seguir pero Miguel lo cortó en seco:

—Eso me lo puedo imaginar, pibe, si no, no terminás en este lugar perdido. Pero quiero saber qué hacías y cuál fue el punto de quiebre. A todos se les cruza esto de irse y largar todo a la mierda pero no lo hacen hasta que algo los hace explotar.

Nicolás tomó otro trago mientras medía bien sus siguientes palabras:

—Trabajaba en una oficina, en algo que no me gustaba mucho. Y sí, como bien decís, llegó un día que no lo aguanté más y decidí irme.

—Pero, ¿qué pasó ese día?

—Mmm...para ser te sincero, no fue algo que pasó un día específico. Sino que era algo que se repetía tanto que sentí que me estaba volviendo loco. La verdad, de pensarlo, me parece una boludez pero, estando ahí, no lo podía soportar más. En realidad, me debo haber agarrado de eso aunque, en el fondo, habrá otras cosas —Siguí dando vueltas.

—Dale, largá de una vez.

—Bueno, yo laburaba en una oficina, como te dije. Y tenía una compañera que se sentaba al lado, que era una mujer de unos cuarenta años, casada con otro oficinista tipo y madre de dos hijos. De esas que pone el retrato de la familia en el escritorio y que tiene una taza con alguna frase que la identifica como una progenitora excelsa y adorada. El tema es que todos los lunes a media mañana venía otra y se contaban el fin de semana de cada una. Y no sé si no se daban cuenta, pero todos los lunes contaban lo mismo. La mina esta, con su familia feliz, tenían como plan de cada domingo ir a merendar a una panadería que tenía bar y donde el marido podía ver el partido (era hinchada de Boca, para hacer todo más típico). Los neños tenían un sector de juegos y ella leía revistas de chimentos o novelas de esas románticas con altas dosis de erotismo. A veces las llevaba al trabajo y costaba diferenciar si había cambiado de libro. Pero lo que más me sacaba era que le decía “confitería”. Cada vez que escuchaba “confitería” se me deshacía el corazón un poco más. “Ayer fuimos a la confitería esa que te conté. Hacen unas tortas bárbaras. A mí me gusta una que es así” (y hacía el gesto con los dedos de que era alta, mientras describía los ingredientes). Un lunes anoté todo su discurso y al siguiente, mientras hablaban, releí las anotaciones y era exactamente lo mismo. Parecía que ella estaba leyendo. En ese momento me imaginé todos los lunes de mi vida igual y no lo pude soportar...

—Ves, eso es una explicación...

—...Pero lo que peor me hizo –siguió sin prestar atención a la intromisión–, lo que me definió fue pensar en que podía convertirme en eso. Quizás no con una “confitería”. Bah, casi seguro que no pero con algo similar. Hay como un comportamiento en los trabajos –o en la vida se podría decir– por el que todos, inconscientemente, terminamos haciendo lo mismo: viendo las mismas series, escuchando al mismo artista (a veces por culpa de la serie vista), yendo a la misma actividad física, comprando los mismos auriculares, jugando al mismo juego; no sé si me explico, pero como que uno se va mimetizando con el entorno para pertenecer y termina perdiendo identidad. Y encima, a medida que pasan los años todo es más acotado. Ese mediodía, después de escuchar la conversación, me fui a almorzar solo, lo necesitaba, y justo enfrente estaba el correo. Sentí que ese era el momento, que no era casual. Crucé y mandé el telegrama. A la oficina ni volví. A la mañana siguiente armé el bolso, saqué un pasaje y acá estoy.

En ese momento el sol ya se había escondido hasta la mitad. Ambos se quedaron en silencio hasta que se puso del todo. Nicolás se sentía liberado y el atardecer le pareció perfecto. Miguel sonreía satisfecho.

—Ahora sí, necesitaba saber un poco más de vos, si te iba a prestar mi casa. Volvamos un rato al local y después la vamos a ver.

## CAPÍTULO 6

Una hora más tarde Miguel decidió cerrar. “Ya no va a venir nadie más y así aprovechamos para ir hasta la casa y no terminar tan tarde”, le explicó a Nicolás que fue haciendo todos los pasos que le marcó como guía de cerrado (y que no eran más que los de apertura pero al revés). Al salir, Miguel agarró la bici y encaró para el lado del bosque. Una vez que llegaron a la calle que lindaba con el mismo, doblaron a la derecha e hicieron unas cuadras más bordeándolo. A medida que se iban alejando, las construcciones aparecían cada vez más dispersas, con amplios jardines e incluso varios terrenos baldíos o estructuras abandonadas. La geografía perdía de a poco su identidad de pueblo para convertirse en campos o quintas de las que solo se veía una entrada, un camino largo rodeado de árboles y en el fondo, la casa. El alumbrado callejero también se hacía cada vez más espaciado con lo que pasaban por largos sectores de oscuridad plena.

Luego de sortear un amplio sector a oscuras en el que Nicolás empezó a dudar de lo conveniente del acuerdo, Miguel frenó y anunció que habían llegado. Abrió una verja de madera que funcionaba más como un límite imaginario que como un resguardo y entraron a un camino de grava de unos veinte metros. A los costados, el pasto estaba descuidado, adornado con algunas figuras de cerámica dispersas que parecían haber sido encontradas como desecho más que buscadas para decorar. Una era una especie de querubín sostenido por una columna griega, al que se le había roto parte del rostro y que daba la sensación de estar juzgando al recién llegado.

El camino terminaba en una pequeña escalera de madera que subía a un descanso con una mecedora, una mesa ratona y un sillón. Sobre uno de los lados estaba la puerta de ingreso con su mosquitero reglamentario y una doble cerradura como medida de seguridad máxima.

Miguel abrió y entraron al living. Lo primero que llamó la atención del posible inquilino –y lo enamoró al instante– fue un modular de los viejos con tocadiscos incluido. Estaba un poco venido a menos y cubierto de polvo pero se lo veía bastante entero. Al lado había una pila de discos, un pequeño indicio de que quizás funcionara. Cuando estaba por ir a revisarlos, notó que en la pared de enfrente había una biblioteca repleta de libros, que ya a la distancia se notaban también polvorientos y con una larga historia. “Si la casa constara de esto solo, ya me convenció”, pensó. Una mesa redonda de madera maciza con sus sillas pesadas, un sillón no muy moderno ni cómodo a primera vista, y un espejo algo tenebroso completaban el mobiliario. Desde el living salían dos pasillos: el más cercano iba hacia la cocina; el otro, a las dos habitaciones –una con dos camas individuales y la otra con una matrimonial– separadas por el baño. Tanto la pieza matrimonial como la cocina se comunicaban con el patio trasero que estaba en condiciones similares al del frente, delimitado por una arboleda al fondo. Casi al límite había un depósito con herramientas, la cortadora de pasto, una bici sucia pero que parecía en condiciones y, al igual que en el patio del local, muebles a la espera de un arreglo que tardaba en llegar. Desde el patio se podía subir a la terraza, un sector que parecía olvidado y en la que solo había un pequeño cuarto cerrado con candado.

—¿Y? ¿Qué te parece?

—Es perfecta –contestó Nicolás sin pensarlo.

Miguel le dio la llave.

—Es tuya. Por un tiempo, claro –rió– A cambio, necesitaría que le pongas un poco de amor. Como verás, está medio abandonada pero con una cortada de pasto y algunos arreglos queda perfecta.

—Contá con eso.

—Ah, también, si querés, podés usar la bici que está en el depósito. Debe estar desinflada nomás.

—Muchas gracias, Miguel.

—Bueno, me tengo que ir. ¿Vos ya te quedás?

Nicolás sopesó sus posibilidades pero prefería levantarse temprano, arreglar todo en el hotel y ya traerse sus pocas pertenencias. También tenía que comer algo y no parecía haber ningún lugar cercano.

—Creo que voy a dormir en el hotel hoy, así a la mañana ya traigo todo; pero andá tranquilo que me quedo un rato y después cierro.

Acompañó al almacenero hasta la calle y lo observó alejarse en su bici. Después giró para ver la casa desde el camino. Desde ese punto y en medio de aquella oscuridad solo se distinguía el descanso apenas iluminado por una tenue luz, algunos árboles del fondo, y el cielo estrellado rematado por una luna amarilla. Le pareció hermosa, una imagen casi de postal.

Volvió para la casa apurando el paso ante la mirada inquisidora del querubín y se fue directo a enchufar el tocadiscos. Cuando vio que las luces se encendían sintió una dosis de adrenalina. Revisó la pila de vinilos y, como era de esperarse, la mayoría era de tango. Eligió uno al azar y cuando la púa rozó el disco y emitió esos primeros sonidos latosos hasta acomodarse, una ráfaga de melancolía lo inundó. Se le vino la casa de sus viejos, el amplio living lleno de libros y adornos, los olores. Subió el volumen y se sentó en la mecedora del porche a disfrutar de esa sensación; la conexión con una canción desconocida, en un lugar desconocido; el dulce sabor de la incertidumbre.

Desde su lugar podía ver la calle de tierra por la que había llegado iluminada por unos pocos faroles. Un viento suave mecía las copas de los árboles que sonaban como si se avecinara una tormenta. Un perro que buscaba comida y meaba algunos troncos a su paso fue el único ser vivo que apareció en su rango de visión, y le recordó que

si quería comer debía irse pronto. Todavía no conocía los horarios del pueblo. Por lo tanto, sus opciones eran pocas: aventurarse a encontrar un restaurante o ir al mismo lugar de la noche anterior. En ese momento se le ocurrió una alternativa más atractiva y, después de cerrar la casa, peleando contra todos sus fantasmas, sus prejuicios y acomodándose a ese nuevo ser, se fue para el bar de la terminal.

Al llegar, desde la barra recibió una sonrisa de sorpresa pero —sobre todo— de aceptación. Las mesas del bar conservaban los restos de una cena a las apuradas, mientras que los comensales se apresuraban para pagar y subirse al micro sin que su presencia en el pueblo significara mucho más en la vida que una cena de paso, olvidable. Solo los choferes permanecían tranquilos en la barra tomando un café. Uno, el mayor, ojeaba el diario mientras le daba un último trago. Al terminarlo, salió del bar para fumar un pucho y Nicolás lo reconoció en esa ceremonia. El otro se quedó pagando y aprovechó ese instante a solas, quizás arreglado con su compañero, para coquetear con Clara, aunque sin ansias de conquista, más como parte de la rutina de viaje que con un interés genuino.

Al igual que el día que Nicolás llegó, ningún pasajero se quedó en el pueblo; por lo que, una vez que el micro se marchó, todo volvió al mismo punto de antes que llegara. El perro se acomodó sabiéndose dueño de la terminal por el resto de la noche. El barrendero desapareció por la puerta después de su última repasada a un suelo que nunca dejaba de tener polvo. En el bar, los cocineros aparecieron vestidos de civil en una clara señal de que ya habían cerrado la cocina. Uno le dijo algo al oído a Clara y se fue tras un gesto carente de simpatía para el recién llegado.

—Me parece que llegué tarde para cenar —dijo Nicolás cuando la chica se acercó.

—Sí, es la hora de cierre pero, si querés, puedo calentar uno de los platos del día. Yo tampoco comí todavía. Me tendrías que esperar que ordene un poco nomás.

—Por supuesto, ¿te ayudo?

—No, es un toque. Sentate que ahí vengo.

Clara desapareció por la puerta vaivén que daba a la cocina y volvió con un trapo. Él la observó mientras hacía su tarea sin poder evitar el recuerdo de su cuerpo desnudo.

—¿Qué pasó que saliste tan tarde a comer y que viniste para este lado?

—Y...todavía no conozco muchos lugares. Ayer fui a un bar en una esquina, era mi otra opción. O el hotel, pero no me daban muchas ganas. Además, recién vuelvo de conocer la casa de Miguel y me quedaba cerca.

—Ah, ¡qué bien! ¿Y te gustó?

—Sí, es perfecta. Mañana a primera hora me llevo las cosas para allá. Tengo que arreglar en el hotel nomás.

—¿Y cómo te trató el primer día de trabajo?

—Bien, Miguel es un genio. ¿Sabías que corta un rato para ver el atardecer? —Clara sonrió.

—Me lo imagino. Miguel es un ser especial.

Terminó de acomodar las cosas y se fue para la cocina. Al rato volvió con dos platos de albóndigas con arroz y los apoyó en una de las mesas.

—Vení acá, no vamos a comer en la barra. ¿Qué querés tomar?

—La vida por una cerveza. Decime que te queda.

—Sí, claro.

Sacó de la heladera una de litro junto a dos vasos fríos y se sentaron a comer. Ella le contó que le gustaría viajar, conocer un poco el mundo pero que a la vez le encantaba la vida en su pueblo y nunca había tomado la decisión de irse.

—¿Y vos? ¿Cuál es tu historia? Tratemos de evitar las frases genéricas —lo chicaneó Clara con una sonrisa. Nicolás recordó su charla de la tarde con Miguel y pensó que iba a tener que repetir lo mismo, así que decidió hacerla corta:

—La verdad, yo estaba como vos hasta que, después de mucho debate interno, me decidí a viajar. Renuncié, me armé un bolso

con lo indispensable y arranqué. –Al terminar la frase, probó las albóndigas y, ante el calor de la comida caliente, se felicitó por su decisión.

—¿De qué laborabas?

—En una oficina. Un trabajo rutinario en algo que no me interesaba y del que estaba todo el tiempo queriendo salir.

—¿Y qué te gustaría hacer?

—Mmm... todavía no sé, por ahora lo que quiero es viajar un tiempo.

—¿Y por qué este pueblo? –Nicolás pensó si seguir dando vuelta o si decirle la verdad. Quizás movido por la cerveza o por haber conseguido comer y estar a solas con ella, lo soltó.

—Para ser sincero, había sacado un pasaje a otro lugar. Más por dar el primer paso, por dejar de dudar, que porque fuera un destino al que quisiera ir. Cuando el micro paró acá, yo venía completamente dormido, pero el ruido al frenar me despertó y vi las letras del cartel que decía “Aquí”, y sentí que me tenía que bajar.

En ese momento, Clara se tentó y casi escupe la cerveza. Nicolás la miró un poco molesto ante su risa.

—¿Qué es tan gracioso? –preguntó queriendo sonar lo menos agresivo posible aunque la inflexión de su voz denotaba lo contrario.

—No lo puedo creer –contestó Clara cuando pudo tranquilizarse—. Justo el otro día discutíamos si servía esa estrategia y yo le dije que para mí nadie caía. Pero parece que tenía razón –dijo y volvió a reírse sin poder controlarse.

—¿Cómo? ¿Con quién discutías eso? –preguntó sintiéndose un gil.

—Con Octavio. Hace un tiempo lo viene probando –cada vez que paraba de hablar, Clara recordaba la frase y se reía más– ¡Qué grande! No lo puedo creer. Bueno, entonces, medio que estás en una crisis, ¿no?

—Y...algo así –contestó seco. Clara lo notó y quiso cambiar de tema.

—¿Querés algo más?

—No, estoy bien.

La chica empezó a juntar las cosas de la cena y cada tanto se reía. Nicolás la observó y, a pesar de todo, le gustó hacerla reír. Tomó el último sorbo de cerveza y se paró para ayudarla.

—Dejá, yo lavo, que me salvaste y ya no estás en tu horario de laburo.

En un principio, Clara se resistió pero después aceptó y se puso a limpiar las mesas y a ordenar el salón mientras tarareaba una canción que sonaba en la radio. Nicolás se fue a la cocina. Lo sorprendió lo moderno del mobiliario que contrastaba con el resto del bar, incluso del pueblo. Del otro lado de una mesada larga de metal estaba la bacha, debajo de una ventana por la que entraba una tenue luz azulada que iluminaba levemente la cocina. Como no encontró el interruptor, semi a oscuras, empezó a lavar. De a poco se le iba pasando la bronca de haber caído en el truco publicitario de un pueblo. Pero cuando empezaba a relajarse, concentrado más en el tarareo dulce de Clara que en la acción de lavar, levantó la vista y se quedó helado. En el estacionamiento interno del bar, al que suponía que entraban los proveedores o donde dejaban el coche los empleados, estaba la misma camioneta que había visto a la tarde en la propiedad de Los Antiguos. En ese momento el no haber prendido la luz le resultó una pésima idea. Desde la cocina, una puerta daba al estacionamiento. Atinó a acercarse pero justo entró Clara.

—¿Vamos yendo?

Nicolás titubeó. Le costaba armar una frase. Sin embargo, casi como si fuera otro el que hablara, se le escapó la pregunta que quería hacer:

—¿De quién es esa camioneta?

—De Marcos, el dueño del bar. ¿Por?

—No, por nada –mintió pero Clara lo notó cambiado.

—¿Estás enojado porque me reí?

—No –contestó, tratando de sonreír– Dale, vamos.

Clara cerró el bar mientras Nicolás seguía sumido en el silencio. Se le notaba en el gesto adusto que algo lo había cambiado. Una sensación similar a la de la noche en el bar lo había invadido: los sonidos le llegaban exacerbados, la respiración se le volvió demasiado presente, y temía desmayarse. Cada paso que daba era como hacerlo en un piso inflable. A pesar de ir contestando automáticamente y con monosílabos las preguntas de Clara, en su interior se llenó de interrogantes: ¿Realmente había visto un cuerpo? ¿Decía la verdad el viejo del bar? Por momentos, el pueblo le parecía un lugar ideal pero, en otros, todo lo contrario. Y lo peor es que una frase que le había dicho Clara le empezó a dar vueltas: “Nos gusta considerarnos una especie de resistencia”. ¿Clara sabría algo de lo ocurrido, era parte de lo que pasaba en el pueblo o él estaba sufriendo la paranoia del forastero?

Cuando llegaron a la puerta del hotel, se despidieron con frialdad. Antes de irse, Clara le preguntó una vez más:

—¿Seguro no te pasa nada?

—No, estoy cansado. Fue un día largo –atinó a contestar Nicolás– ¿Nos vemos mañana?

—Dale, descansa. Y avisame si necesitas ayuda con la mudanza o con algo. No te di mi celular, ¿no?

—No.

—Bueno, acá te lo dejo. –Sacó birrome y papel de la cartera y le entregó un pequeño trozo con el número. El gesto le cayó simpático a Nicolás y lo llevó a su infancia, a su primera novia, al teléfono de línea sonando, al vértigo del primer llamado, de escuchar el “Hola” del padre y tener que preguntar por ella, de recibir una respuesta seca de un padre que entendía que su hija estaba creciendo y desconfiaba de antemano de aquel desconocido que la buscaba. El recuerdo hizo que el mundo se estabilizara un poco; hasta pudo sonreírle a Clara al despedirse. Sin embargo, un dolor inamovible le quedó en la garganta y lo llevó a que su última noche de hotel fuera aún más triste y que durmiera a cuentagotas.

## CAPÍTULO 7

A pesar de la intranquilidad, de la sensación extraña, al llegar a la habitación solo tuvo tiempo para sacarse las zapatillas y después cayó rendido –otra vez– con la ropa puesta. Sin embargo, la noche fue una seguidilla de despertadas entre sueños en los que tenía noción de que estaba durmiendo y a la vez sentía que una presencia estaba por atacarlo. Su única herramienta para defenderse era intentar abrir los ojos; notaba la fuerza que hacía procurando levantar sus párpados que no se movían y que convertían todo en una imagen negra, en la que no terminaba de quedar en claro si era parte del sueño o no, si la presencia existía o no. En cuanto lograba abrirlos, todo parecía lejano, como si realmente hubiera sido solo una pesadilla; pero algo de esa presencia seguía habitando en el espectro que estuviera, dando la impresión de que ella también se movía entre el universo onírico y el real. Cuando, en una de esas peleas volvió al mundo real y vislumbró el primer atisbo de luz, a pesar del agotamiento que sentía pero -sobre todo- convencido de que ya no iba a poder descansar, decidió levantarse y armar el bolso. Antes se acercó a la ventana con el temor de correr la cortina y encontrarse con la mirada del día anterior. Pero no. El color del cielo aún contenía rastros de la noche y unos tímidos rayos de sol se colaban entre los árboles lejanos. El silencio de la madrugada era interrumpido brevemente por el canto de algunos gallos que, imperturbables a lo que pasara a su alrededor, daban inicio a la jornada.

No tenía demasiadas cosas para guardar. En un rato tuvo todo preparado. Miró la hora y comprobó que todavía faltaba para que

servieran el desayuno, por lo que decidió darse una ducha. Bajo el calor del agua se le hizo más presente la sensación ambigua que le generaba el pueblo, esa “paz infernal”, como la había llamado Miguel.

Al salir del baño, se ató la toalla a la cintura mientras terminaba de guardar las últimas cosas. Siempre le había gustado sentir el cambio de temperatura y tenía la manía de dejarse secar por el ambiente, sin apuro. Hizo un último chequeo para asegurarse de que no se olvidaba nada debajo de la cama o en algunos recovecos de la habitación y, casi sin querer, en uno de sus cruces frente a la ventana, por el rabillo del ojo reconoció, sin duda alguna, la figura del día anterior que, plantada en el centro de la plaza, miraba hacia su habitación. Advirtió la tensión en todos los músculos y cómo el tiempo de su respiración se iba espaciando cada vez más, al punto que parecía no lograr satisfacer la necesidad de su cuerpo. Percibió la conexión entre sus miradas como si fuese lo único que existía en ese momento.

De repente la toalla se le deslizó y lo dejó completamente desnudo, lo que hizo que se sintiera aún más vulnerable. A pesar de la lejanía, creyó notar un cambio en el rictus de aquella figura que lo observaba, como si sonriera, aunque el ángulo imposibilitara que hubiese visto lo ocurrido. Pensó en abrir la ventana y preguntarle qué quería. Incluso, en salir corriendo para encararla. Pero la pasividad del otro, la perseverancia en una simple mirada, lo habían dejado atascado, sin capacidad de reacción. El ring del teléfono de la habitación lo sacó del trance aunque a la vez acrecentó su temor. Se dirigió a la mesa de luz, aturdido por aquel sonido absurdo y contestó con un hilo de voz. Del otro lado no hubo respuesta y después de varios segundos de silencio cortaron. Nicolás se quedó observando el tubo como pidiéndole una explicación y solo un frío repentino lo hizo volver en sí. Se puso la ropa que había dejado separada y, con terror, se acercó a la ventana. Nada. Nadie. Ningún rastro de la figura. El sol ya había superado la línea de los

árboles y regaba al pueblo de una luz amable. La plaza vacía se veía en paz. Y Nicolás, como todo escéptico que se encuentra con algo inexplicable, solo atinó a preguntarse: “¿Qué me está pasando?”.

Luego de unos minutos de tensa calma, sin nuevas apariciones ni llamados silenciosos y de un fuerte debate interior de si realmente algo extraño estaba ocurriendo o si se estaba volviendo loco, tomó su equipaje y bajó a desayunar. Otra vez estaba solo en el salón. Se sentó a la misma mesa y desayunó en silencio. Todavía no lograba recuperar del todo la tranquilidad. Se sentía observado, perseguido. Sin embargo, ver que el pueblo iba cobrando vida de a poco lo fue relajando, una sensación similar al chorro de agua caliente de unos minutos atrás. Las tostadas con manteca y dulce de leche acompañadas por un mate cocido ayudaron a profundizar ese estado. Sin embargo, una parte de su cuerpo seguía alerta. Esa vez no leyó el diario, quería estar atento. Confiaba, con la valentía que da la incertidumbre, en que si volvía La Aparición (había decidido llamarla así hasta saber de qué o quién se trataba) no dudaría e iría a confrontarla. Pero, como era esperable, no hubo nueva oportunidad, por lo que al terminar el desayuno se fue para la recepción y le anunció a Antonio que dejaría el hotel.

—¿Sigue viaje? —le preguntó el hombre mientras terminaba de llenar las fichas y le cobraba.

—No, empecé a trabajar en el almacén de Miguel y me ofreció si le quería cuidar la casa, así que me voy a quedar un tiempo por estos pagos.

—Ah, qué bueno —contestó aunque no denotaba ningún tipo de alegría—. Entonces quizás nos veamos por ahí. Cuídese.

Esa última palabra le llamó la atención a Nicolás pero sobre todo le hizo acordar a La Aparición.

—Le hago una consulta, las últimas dos mañanas, bien temprano, vi a una persona vestida completamente de negro parada en la plaza mirando para el hotel —le iba a decir “mi habitación” pero le sonaba demasiado paranoico— ¿Usted no vio a nadie? ¿No sabe quién es?

—La verdad, la descripción no me dice mucho...

—Mmm...un sombrero de ala le cubría el rostro por lo que yo tampoco tengo mucho más para agregar. Pero estoy seguro de que miraba para acá.

—No, no tengo idea –contestó y cerró la conversación–: Disfrute el pueblo.

Nicolás lo saludó mientras se acomodaba las mochilas, la más grande a la espalda y la otra delante. Dudó entre ir al almacén directamente o pasar primero a dejarlas en su nueva casa. Al final, decidió ir más tarde. Metió la mano en el bolsillo para buscar el celular y los auriculares y se encontró con el papelito de Clara. A pesar de las dudas con que había terminado su encuentro del día anterior, ese papel, su letra, lo alegraron.

Se puso los auriculares y caminó hasta el almacén. Esa vez ya estaba abierto y eso lo alivió. Para mejor, Miguel lo recibió con un mate y un tango de fondo, y tras todo lo ocurrido halló en aquel entorno un refugio.

—Veo que no te mudaste. No me venís a renunciar ya, ¿no?

—No, al mediodía llevo las cosas. Por lo pronto, ya saqué todo del hotel, pero si me iba hasta allá hubiera llegado medio tarde.

—Ja...hubieras ido. Pero bueno, es un avance. Igual, se te ve cansado.

El joven dudó en contarle. Temía quedar como un loco.

—Sí, dormí un poco mal.

—Uh, bueno, tomate unos mates, escuchate unos tanguitos que todo mejora. Yo voy a salir un rato. ¿Te sentís preparado para quedarte solo?

—Sí, no hay problema –le contestó sonando seguro aunque en su interior no lo estaba del todo.

—Perfecto. En una horita o dos estoy por acá.

Miguel tomó unos papeles y se fue. Cuando se quedó solo, Nicolás experimentó el vacío, como si la presencia del dueño fuera mucho más fuerte que la de una simple persona. Pensó en cambiar

la radio, en buscar otra música, pero la letra lo persuadió. Subió el volumen y se quedó escuchando con la mirada perdida. *Estás desorientado y no sabés qué "trole" hay que tomar para seguir. Y en este desencuentro con la fe, querés cruzar el mar y no podés.*

No sabía quién cantaba dejando arrastrar algunas sílabas y recitando por momentos; sin embargo lo conmovió y se quedó escuchando, en silencio, una canción tras otra, mientras se terminaba un termo.

Por un largo rato no entró nadie, así que sus únicas tareas fueron cebar y escuchar. Cada tanto le brotaban recuerdos de los sueños de la noche anterior, de la lucha contra sus ojos, de aquella presencia rondando los diferentes universos y creía sentirla a su alrededor. Giró varias veces con temor de encontrar algo a sus espaldas pero nunca halló nada.

A media mañana llegó Clara. Lo primero que recordó Nicolás fue la última sensación de la noche: la incertidumbre, la desconfianza. Pero, por otro lado, le gustó verla. Tenía el pelo mojado que emanaba un olor frutal.

—Vengo a traer el pedido del día.

—Dale, dejámelo.

—¿Migue no está?

—No, salió.

—Ah, ¿y vos te sentís mejor? Ayer te fuiste raro.

—Sí, sí, ya estoy mejor. Creo que era cansancio nomás...

—¿Eso funciona? —preguntó señalando el mate.

—No, ya lo había abandonado pero, si querés, hago.

—Dale, tengo un rato.

Nicolás la invitó a sentarse detrás del mostrador y, mientras ella se acomodaba, se fue a preparar el mate. Los minutos que tardó calentando el agua tuvo en su cabeza miles de charlas posibles, preguntas que quería hacerle, escenarios ficticios, incluso discusiones. Sin embargo, cuando volvió, compartieron unos mates con una charla trivial, como si fueran viejos conocidos que conversaban una mañana como tantas.

Así estuvieron un largo rato hasta que Clara cayó en la cuenta de la hora y se fue a las apuradas. Al verla irse, volvió a sentirse solo.

Al mediodía se fue para su nueva casa a dejar las mochilas y algunos víveres que le había dado Miguel. Iluminada por la luz del día la encontró más atractiva, y comprobó que estaba bastante aislada. No se escuchaba a ningún vecino, no había taladros en la mañana, ni bebés llorones, la banda sonora de su vida anterior. Solo el viento jugando con las hojas y la fauna invisible que lo acompañaba.

Aprovechó el rato para ventilar las habitaciones que mantenían olor a encierro y a humedad. Pensó en escarbar entre los discos pero el silencio le ganó. Hizo unos sándwiches mientras se prometía empezar a cocinar en las próximas comidas, tomó un libro al azar y se sentó en el sillón del porche. Al terminar de comer, leyó un par de páginas; la historia no le interesó demasiado y los ojos le empezaron a pesar. Entonces cerró el libro y se dejó llevar. Se fue quedando dormido con el vaivén de las copas de los árboles y unos pájaros que parecían estar hablando entre ellos. Aunque fueron solo unos minutos, se levantó renovado.

Una vez que se despabiló, lavó los trastos del almuerzo y fue hasta el depósito para comprobar el estado de la bici que le había ofrecido Miguel. Parecía no tener ningún problema que no pudiera solucionar con sus mínimos conocimientos sobre mecánica avanzada así que la limpió y le infló las ruedas (que era más o menos hasta donde llegaban sus conocimientos). Después terminó de poner un poco de orden en la casa y se fue a probar la bici por el pueblo.

Pasó por el almacén a buscar el pedido y lo llevó hasta el bar de la terminal. Nuevamente Clara salió a recibirlo.

—¿Nuevo vehículo?

—Sí, ¿te gusta? Te puedo llevar a dar una vuelta —Clara sonrió. De la cocina se asomó uno de los muchachos del día anterior y la llamó de mala manera.

—Me tengo que ir.

—Dale, andá tranqui. Me gustaría invitarte a comer uno de estos días. Por la ayuda que me diste... —le dijo casi sin pensar.

—Me encantaría. Hoy creo que no puedo pero después arreglamos —contestó ella y se metió apurada en el bar. Nicolás vio cómo el otro le reprochaba algo y ella bajaba la vista. Cuando el cocinero desapareció por la misma puerta por la que había salido, ella lo miró con una sonrisa triste. Nicolás le devolvió el gesto y comenzó a pedalear. Nunca habían hablado de parejas. Él daba por supuesto que ella no tenía, en parte por sus ganas de que así fuera. Pero esa duda lo tuvo inquieto el resto del día.

## CAPÍTULO 8

A la hora del atardecer subieron a la terraza con dos birras. Se acomodó cada uno en el mismo lugar que el día anterior y observaron en silencio. Esa vez fue Nicolás el que habló primero:

—Miguel, ¿te puedo hacer una consulta sin que te enojés?

—Lo que quieras, pibe.

—Es algo que no puedo dejar de preguntarme desde la charla que tuvimos ayer. ¿Encontrás algún tipo de placer, de disfrute, en lo que hacés?

—¿En qué sentido?

—En esto, en tu trabajo. Veo que estás un montón de horas acá, que la rutina se podría resumir en abrir y cerrar un negocio y, en el medio, hacer algunas ventas. ¿Te llena eso? ¿Te motiva a hacer lo mismo al día siguiente?

—Mmm...¡Cómo te preocupa el tema del laburo! ¿Ya estás por abandonar?

—No, no es eso. Me llama la atención nomás. Y no lo digo por el almacén, hablo en general. Lo pienso cada vez que veo a los que pusieron un local. De ropa, kiosco, lo que sea. —Ambos se quedaron callados. Nicolás tomó un trago y siguió, mientras sus ojos parecían imantados por el sol y sus últimos rastros de esa tarde— Donde vivía, todas las mañanas me cruzaba, en la otra cuadra de mi casa, a un ferretero abriendo su negocio. Y cuando volvía, exacto como una aguja de reloj, lo estaba cerrando. A veces, si pasaba a un horario inusual, una tarde libre, lo veía solo, mirando para afuera, esperando que alguien lo sacara de su tedio. Bah, eso pensaba yo. Como si fuera poco, era un local

chico, con esa oscuridad y desorden ordenado que caracteriza a las ferreterías. Y no podía dejar de pensar en que había estado todo el día ahí, encerrado, esperando que le pidieran un tornillo, una arandela, o que el más osado le comprara un taladro, no sé, tampoco sé tanto del rubro, pero siempre que lo veía me preguntaba eso.

—¿Y vos de dónde volvías?

—De trabajar.

—¿Y entonces?

—Ya sé, ya sé, pero yo sí me lo preguntaba, y sabía que no quería estar toda la vida así; por eso me fui y acá me ves. Y tampoco es que tengo una respuesta para la cuestión. A lo que voy es que cuando decidís poner un local, ya está, te vas a dedicar a eso, al menos por el tiempo que funcione. Y siempre me pregunté cómo decidís eso. Por ejemplo, una botonería, ¿Quién dice: “Esto es lo que quiero hacer el resto de mi vida”?

—Me parece que les das demasiadas vueltas a las cosas. Muchos llegan porque es el negocio familiar, como es mi caso. Y el resto, aunque en el fondo para todos la meta sea la misma, se trata de ganar la guita necesaria para poder vivir. A mí este local me mantuvo toda la vida. Manejo mis horarios, vivo tranquilo, habrá meses que gane más, meses que gane menos, pero siempre equilibrado, sin demasiados sobresaltos. Si una mañana no quiero abrir, no abro. Con eso soy más libre que muchos.

Otra vez, se quedaron en silencio mientras bebían unos tragos de su cerveza. De a poco las cigarras empezaron a adueñarse del lugar marcando el paso del tiempo con su sonido acompasado. El sol era un pequeño semicírculo en el horizonte, a punto de desaparecer, rodeado por un cielo despejado en el que comenzaban a verse unas pocas estrellas dispersas. Cuando se fue el último rayo de sol, ambos –quizás influidos por la desaparición del mismo– advirtieron el frío de la noche en sus cuerpos. Sin embargo, ninguno atinó a moverse. El que habló fue Miguel:

—Por ejemplo, pensá en esto, en este momento. ¿En qué trabajo podés parar para mirar el atardecer, para charlar tranquilo con un compañero sin apuro, ni jefes mirando de reojo?

—En eso tenés razón.

—Yo lo veo en mi pibe, ¡eh! No es que te hablo desde el desconocimiento total. Allá se labura a otra velocidad, se vive a otra velocidad. Y quizás sea por eso que necesiten que los llene o encontrarle sentido a cada cosa que hacen.

—Sí, puede ser —contestó Nicolás no del todo convencido—. Igual creo que me volvería loco toda la vida en un local.

—Ojo, yo te veo jubilándote en una ferretería. Dale, vamos para abajo que nos queda un rato.

Al cerrar el local, Nicolás se fue para su nueva casa. Del almacén se llevó un par de víveres y artículos de limpieza que le faltaban. “Anotá lo que te vas llevando y después hacemos números”, le dijo Miguel. Un arreglo que le pareció perfecto ya que, sumado al préstamo de la casa, hacía que casi no necesitara usar plata. Y además se podía mover en bici por todo el pueblo en cuestión de minutos, con lo que también le había ganado en eso a su vida anterior.

Lo primero que hizo al llegar fue poner un disco al azar. Como era de esperarse, un bandoneón marcó los primeros acordes de un tango desconocido. Se pegó una ducha y, una vez vestido, se sirvió una copa de vino que vació mientras cortaba los ingredientes para una salsa. Abundante, por las dudas, aunque sabía que esa noche iba a estar solo.

Una vez que puso todo en el fuego, se sirvió la segunda copa, cambió el disco y se fue a sentar al sillón del porche. Por primera vez desde que había arrancado el viaje se tomó el tiempo para revisar el celular. No había ni un mensaje que le interesara. Aprovechó y salió de algunos grupos que tenía con gente que no pensaba volver a ver y que seguían hablando de una rutina que ya no era la suya. Agendó el teléfono de Clara y se quedó observando unos minutos la pantalla con su nombre sin animarse a escribirle pero

como si con ese gesto pudiera sentir su cercanía. Por la hora imaginó que ya estaría por terminar de trabajar, y eso lo llevó a decidir que ese era un buen momento para mandarle un mensaje, todavía en territorio conocido. Escribió y borró varias veces hasta que se limitó a saludarla y pasarle su número. El vértigo infantil al apretar el “Enviar” se materializó en la exacerbación de sus pulsaciones y lo llevó a alejar el celular, sacarlo de su rango de visión, para procurar desentenderse, volver a su rutina habitual sin Claras ni esperas. Tomó otro trago de vino y, mientras este hacía su efecto de mejorar el mundo -al menos por un rato- inspiró el aire de campo y dejó que su cuerpo se relajara, una sensación que se le hacía más notoria en los hombros donde, cuando tomaba conciencia, percibía claramente el nivel de estrés en el que vivía. Al rato, el celular se iluminó. Los segundos hasta que lo desbloqueó transcurrieron a otra velocidad mientras sus pulsaciones volvían a descontrolarse.

—Hola, Nico. ¿Cenamos mañana? -leyó y respiró aliviado.

—Me encantaría. Yo cocino -contestó ya con otra confianza.

—Perfecto. Hasta mañana entonces. Besos.

—Besos.

Nicolás sonrió y recién entonces pudo tranquilizarse. Se fue a servir la cena y, a pesar del frío, decidió comer fuera. Sabía que el vino y la pasta lo mantendrían con calor.

Mientras comía y planeaba la noche siguiente, el cielo en el horizonte se empezó a encapotar. Incluso se veían los destellos de unos rayos que llevaban un sonido retardado y el aire se empezó a cargar de agua. Lo tentó la idea de presenciar una tormenta desde su lugar. Lo imaginó como un pequeño barco en alta mar, el último refugio de esperanza. Y a pesar de estar en un momento de búsqueda, de prestar atención a las señales como un cambio de tonalidad en la luz de un almacén o cierto cartel de un pueblo perdido, ni se le cruzó que aquello podría ser un presagio de lo que estaba por llegar.

Cuando se fue a la cama, la lluvia todavía parecía lejana y el pueblo estaba sumido en un silencio profundo. Entre el cansancio

por la mala noche anterior y el efecto del vino se quedó dormido apenas apoyó la cabeza en la almohada. Sin embargo, un fuerte estruendo en medio de la noche lo despertó. Intentó cerrar los ojos y seguir durmiendo pero le fue imposible. El viento que movía las copas de los árboles producía un sonido similar al de las olas rompiendo o, quizás, así lo sentía por la imagen del barco que le había quedado grabada. Los relámpagos iluminaban el cielo casi en continuado, a tal punto que, por momentos, parecía de día. Como la cama estaba casi pegada a la ventana, cuando se resignó a que no iba a poder dormirse fácilmente, corrió la cortina para contemplar la lluvia. El agua caía con una fuerza y en una cantidad que no recordaba haber visto en su vida. En un movimiento instintivo, al comprobar la hostilidad afuera, se tapó con la frazada hasta el cuello, acomodó la almohada contra el respaldo y se dedicó a mirar la tormenta. Tenía algo hipnótico. Los árboles del fondo se movían con tal fuerza que temió que alguno se cayera. De repente, en el lapso que duró uno de los relámpagos, creyó ver algo fuera de lugar. Los segundos hasta el siguiente relámpago fueron eternos y, cuando llegó, el corazón se le paralizó y se le escapó un grito ahogado. Entre los árboles, y detrás de la cortina de agua, creyó distinguir la figura de La Aparición mirando hacia su ventana. Fue durante unos pocos segundos, lo que duró el resplandor, pero estaba seguro. Después llegó la oscuridad por un rato en el que se le pasaron miles de cosas por la cabeza, aunque lo que predominó fue el temor. Temor por su vida y, a la vez, temor por su cordura; porque cuando la noche se volvió a iluminar no había nadie.

Dormir, desde entonces, resultó imposible. En un principio, se quedó mirando por la ventana pero no volvió a haber indicios de La Aparición. Se mantuvo quieto, no quería hacer ningún ruido, como si su silencio sostuviera la quietud en el mundo, el orden de las cosas. Estaba atento a cualquier cambio en el ambiente o algún sonido fuera de lo común, aunque, como buen recién llegado, todo ruido le resultaba extraño. Para colmo, la

tormenta no amainaba, lo que hacía más difícil reconocer algún cambio sutil.

Convencido de que ya no lograría volver a dormirse, se levantó y, con cierto temor, recorrió la casa para asegurarse de que las puertas estuvieran cerradas y, sobre todo, de que no había entrado nadie. Una vez que lo confirmó, se sirvió un vaso de agua y, mientras lo bebía, se quedó revisando la biblioteca del living, más como una excusa que lo mantuviera alejado de la ventana que por otra cosa. Los libros tenían una película de polvo que les daba un aura de abandono aunque a la vez de posibilidad. Una primera repasada le confirmó que era un rejunte sin ningún orden específico ni amor en la elección. “Una biblioteca de saldos”, pensó. Sin embargo, cuando observó con detenimiento notó que uno se destacaba entre el resto. En realidad, no se distinguía por sí sino porque contenía el nombre del pueblo. Como era lo único que aparecía tanto en el lomo como en la tapa, no quedaba claro si se trataba del título del libro o del nombre del autor. Lo eligió sin dudar, a pesar de que releer aquella palabra le recordó la risa de Clara y volvió a sentir la mezcla de vergüenza y dolor que lo había invadido en el bar.

Se fue a acostar pero, como todavía seguía intranquilo, dejó la luz del living prendida, un placebo inexplicable, ya que desde su cama no se veía para ese lado.

Afuera la oscuridad era total, cada tanto recortada por algunos rayos cada vez más espaciados. Con el último relámpago constató que el patio estaba vacío y decidió darlo como un hecho, desconfiar de su psiquis o de su sueño antes que creer que había alguien acechándolo bajo esa lluvia, un panorama nada alentador. Cerró la cortina y la habitación quedó bañada solo por la luz amarillenta de su velador, lo que le confería a todo un aire aún más tétrico y hacía que se debatiera entre si era mejor tenerla cerrada o no; la posibilidad de ver lo que pasara contra la capacidad de imaginar. Para ponerles un freno a sus cavilaciones abrió el libro y lo primero

que recibió fue el olor a humedad de sus páginas desgastadas. Eso, por alguna asociación no del todo consciente, lo tranquilizó. Le gustó creer que tenía en sus manos el último ejemplar, o mejor aún, el único; y eso lo llevó a pasar las hojas con sumo cuidado, ya que parecía que cualquier movimiento brusco las podría desintegrar, convertirlas en otro de los fragmentos del polvo que cubría la biblioteca, llevándose parte de aquella historia. El libro no estaba firmado y su fecha de impresión le confirmó que era histórico: 1919. Eso y el título eran los únicos datos que aparecían en la primera página. Ni autor, ni edición, ni nada. Y después arrancaba sin preámbulos.

*Este libro surge desde una necesidad. ¿Hay alguno que no? En un tiempo, quizás quede como anécdota de una época tempestuosa. La historia de Faraqui no es la misma historia que la de cualquier pueblo, aunque todos deben pensar lo mismo. Nosotros hicimos lo que muchos sueñan. Arrancamos de nuevo, en un momento en que todos creían que era imposible, que el destino estaba marcado y que lo que nos quedaba era responder ante El Soberano, someternos a sus designios. No fue fácil. Primero porque tuvimos que encontrarnos, aliarnos detrás de un interés común utópico; después hubo que convencer a los inseguros y a los miedosos. Y, por último, una vez que el orden fue restablecido, tuvimos que olvidarnos del pasado, reescribir la historia, volver a nacer o, mejor dicho, reencarnar. El viejo nombre quedó sepultado y de sus raíces surgimos nosotros, los dueños de las tierras por derecho de sangre; los que la trabajamos, habitamos y respetamos. Nosotros: Los Antiguos.*

Lo que seguía era una historia que superaba cualquier ficción y que Nicolás no terminaba de comprender si no lo era. Un grupo de trabajadores se había unido contra el patrón, un extranjero que había adquirido las tierras de forma espuria y que, al tener la tota-

lidad de los campos, manejaba el empleo y los salarios a su gusto. En un principio, pelearon por las condiciones laborales; pero al ver que la respuesta era violenta, amparada por la policía (uno de los líderes de la revuelta apareció muerto una madrugada después de unos días de huelga) decidieron tomar las armas y recuperar lo suyo. Luego de meses de organización en la clandestinidad, una noche dieron el golpe que constaba de tres ataques simultáneos. El primero en la hacienda del patrón, donde vivían él y su esposa, y en la que contaban con el apoyo de toda la servidumbre. El segundo, al jefe de policía y, el último, a un subalterno que no habían logrado reclutar. Ellos eran los señalados como autores del asesinato de su compañero. A los cuatro los fusilaron, simulando diferentes ataques. Como el resto de la policía estaba metida en la organización, los papeles fueron fraguados, los testigos inventados, y ambos cayeron “en cumplimiento del deber”. Medalla en la pared de la comisaría, unas palabras en la iglesia y una historia fantástica para los medios externos. Incluso, la historia la escribieron antes de realizar los ataques y, desde entonces, no se contó otra. Porque lo importante era que todos estuviesen convencidos. Si todos la creían, era real.

Con el subalterno no hubo problema ya que vivía solo y no tenía familia en el pueblo. Por su parte, los hijos del jefe de policía volvieron para cumplir las formalidades, despedir a su padre, enterrarlo al lado de su mujer –aunque dudaban de que ella quisiera volver a tenerlo cerca– y se fueron del lugar sin hacer demasiadas preguntas ni derramar una lágrima. Desde hacía mucho tiempo que querían cortar toda relación con ese lugar y aquella era la excusa perfecta. Volvió el mayor una vez más para terminar los papeles de la venta de la casa, que fue adquirida –obviamente– en forma oculta, por Los Antiguos.

El tema más complejo era el del patrón y su mujer. En el pueblo se sabía que habían estado buscando descendencia durante años y no lo habían logrado, lo que les facilitaba las cosas. Inventaron

un escenario de asalto que se les fue de las manos. Regaron la casa de sangre y de pruebas confusas de modo que se convirtieran en un camino sin salida para algún curioso ajeno. Y luego repitieron el esquema de historia inventada y verificada por los mismos policías, periodistas y políticos encargados de investigarla. Lograron hacerse de los papeles de la casa y de la empresa, y, para guardar las apariencias de dolor e incredulidad, crearon una cooperativa en homenaje al líder. El secretario del ex patrón –uno de los que tenía mayor jerarquía en Los Antiguos, que había facilitado toda la información de su jefe y había planeado el golpe– mantuvo su puesto aunque empezó a encargarse de las ventas y el contacto con los compradores.

La noche siguiente a los asesinatos se celebró una gran fiesta de la que participó todo el pueblo y, desde ese día, a pesar de que en los registros figuraba otro, esa fecha fue considerada el cumpleaños de Faraqui.

Así terminaba la primera parte del libro. El muchacho decidió tomarse un respiro ya que no había podido soltarlo desde que empezó con la lectura. Abrió la cortina y vio que ya era de día. La lluvia había amainado aunque el cielo permanecía nublado y amenazador. Miró la hora y se sorprendió. Le quedaba un rato nomás antes de tener que ir a trabajar. Ya no tendría tiempo de volver a dormir. Dejó el libro en la mesa de luz con la urgencia de retomarlo lo más rápido posible y fue a ducharse. Necesitaba despabilarse y desconectar de todo aquello, incluso de lo vivido en la noche que ya le parecía demasiado lejano y, que a esa altura, no le cabía duda de que había sido una mala pasada de su cabeza.

Al salir, la historia de Faraqui era lo único que ocupaba sus pensamientos. Quería saber cuánto había de cierto, aunque en su interior deseaba que fuera todo, ya que le parecía fantástica. Fue hasta la cocina para hacerse un mate y, mientras el agua se calentaba, reparó en que sobre la heladera había un viejo ejemplar del diario local. Lo hojeó y notó que tenía el mismo diseño que el que había

leído días atrás mientras desayunaba en el hotel. Recordó que una de las pocas noticias destacadas aquel día era la de la cercanía del aniversario del pueblo. Por las dudas, buscó el libro y chequeó: la noche de los ataques fue el 28 de agosto de 1919. Miró en su celular la fecha. 20 de agosto. Si bien no recordaba qué día anunciaba el diario, al menos la cercanía era una primera coincidencia. La otra era la existencia de Los Antiguos. Tomó unos mates apurado, cargó el libro en su mochila y, con una mezcla de sensaciones, se fue a trabajar.

La lluvia había convertido la calle en un barrizal y las nubes mostraban intenciones de continuar con su descarga, por lo que decidió ir caminando. En su recorrido hasta el almacén no se cruzó ni con una sola persona, solo algunos perros que bebían el agua almacenada en los charcos marrones. Pudo comprobar que el viento también había dejado sus secuelas desparramando ramas por doquier. La falta de sol acrecentaba la sensación de soledad y, sobre todo, el frío, una mezcla que, por primera vez, le hizo ver al pueblo sin el romanticismo del recién llegado y replantearse cuánto tiempo podría aguantar ahí. Cada vez que visitaba un lugar, en vacaciones o por algún tipo de viaje, le gustaba pensarse viviendo en él, analizar sus pros y sus contras, y eso, casi siempre, lo llevaba a valorar lo que tenía. Pero esa vez ya no tenía nada. Había dejado el trabajo, el departamento que alquilaba, su vida pasada. Volver era empezar de cero. Sin embargo, en ese momento, confirmó que su estadía en aquel lugar tenía fecha de caducidad. No se podía imaginar el resto de sus días ahí y, aunque no supiera cuánto más permanecería, esa certeza le transmitió la tranquilidad que necesitaba después de la noche complicada. Al entrar al almacén lo recibió el calor de la estufa prendida, un tango que sonaba de fondo y el ofrecimiento de un mate caliente, con lo que el malestar nocturno se terminó de disipar.

—¿Cómo anduvo la primera noche en la casa? —preguntó Miguel casi como un saludo, mientras el otro terminaba de acomodarse en su silla.

—Bien —contestó sin mucho convencimiento y una voz que denotaba los últimos acontecimientos. Sorbió el mate mientras observaba hacia afuera. La falta de sol le daba otro color al almacén, mucho menos atractivo y, sobre todo, sin aquel tono que había aparecido cuando creyó haber hallado su lugar.

—Upa ¡qué vocecita! ¿Todo bien?

—Sí, lo único que la tormenta me despabiló y no me pude volver a dormir. Entonces, al ver cómo venía la mano, me puse a revisar los libros que tenés ahí y me enganché con uno; sin que me diera cuenta había amanecido y yo no había dormido nada —contestó evitando mencionar a La Aparición.

—Ah sí, linda tormenta la de ayer. La verdad, no tengo idea de los libros que hay ahí. Fueron quedando. Puede haber cualquier cosa.

—Es uno con el nombre del pueblo. Lo que no termino de entender es si lo que cuenta es una ficción o es real.

Al decir esto, Nicolás no lo notó por estar mirando hacia afuera, moviéndose milimétricamente para tratar de encontrar su color, pero el rostro amigable de Miguel se transformó por unas milésimas de segundo y mostró cierta preocupación que se le filtró en la voz.

—Mmm... la verdad no sé. Imagino que debe ser una novela. Que yo sepa nadie escribió la historia del pueblo. Y lo entiendo, ya que no hay demasiado que contar.

—Entonces debe ser ficción porque está muy bueno el libro.

Miguel desvió la conversación y al rato anunció que tenía que irse. Una vez fuera caminó sin rumbo, pensando en qué debía hacer, aunque sabía que lo que necesitaba era hacerse de aquel libro. Se fue hasta la casa y la revisó completa, cuidando no dejar indicios de su visita intrusa. Sin embargo, después de una búsqueda minuciosa, concluyó que el joven debía tenerlo encima. Chequeó por última vez que todo estuviera en su lugar y se fue. Apenas salió, y al no encontrar otra alternativa, mandó un mensaje: “Nicolás tiene El libro.”

En ese preciso instante en el que el texto escrito transmutaba y viajaba por el aire hasta hallar a su receptor para volver a convertirse en texto y desencadenar ciertos hechos, Clara ingresaba en el almacén a entregar el pedido diario, procurando que no se le notase el nerviosismo juvenil que la invadía por el reencuentro posterior al mensaje tardío. Nicolás, ajeno a todo eso, aunque siendo el protagonista de ambas situaciones, luego de ordenar un poco el local y habiendo atendido a solo tres personas, también en ese momento –como esas casualidades que se dan cada tanto y que hacen creer que el universo tiene una especie de guión– se disponía a seguir con la lectura. Quizás si el mensaje hubiese llegado antes, todo hubiera sido distinto. Quizás no. Lo cierto es que ellos dos, ajenos a destinos fatalistas, a los hilos que se tejían por detrás, hallaron en la mirada tímida del otro los bosquejos de una esperanza, y en la sonrisa solitaria tras la despedida para volver a sus tareas, la confirmación de que las horas que los separaban de su encuentro eran puro relleno.

## CAPÍTULO 9

Esa tarde, el clima no les permitió cumplir con su ritual del atardecer. Nicolás adjudicó a esto el silencio de Miguel, que apenas había hablado durante el resto de la jornada y al que notaba preocupado. Sin embargo no quiso indagar, ya que prefería enfocarse en la noche.

Cuando oscureció, se encendieron las lámparas de los faroles de la calle de un tono amarillento. El vidrio empañado por la humedad reflejaba las luces con un color más ocre y le daba un aire de nostalgia al anochecer. De la radio llegaba el murmullo de un tango dominado por un bandoneón. Esa mezcla le trajo un llanto repentino, silencioso. El bandoneón o los silbidos en una canción solían generarle una sensación especial pero nunca había llegado a tanto. Por su parte, Miguel seguía sumido en sus pensamientos y no lo notó. Mientras simulaba ordenar, movió la mochila de Nicolás y confirmó que había llevado el libro. Sin embargo no se lo podía sacar. Sería el único sospechoso. Por otra parte, la respuesta a su mensaje había sido un “Yo me encargo” que no terminaba de tranquilizarlo y que se traducía en un aceleramiento y una hiperactividad que el otro no pudo dejar de notar.

—¿Estás bien? —preguntó después de verlo caminar de un lado para otro y olvidarse el mate dos veces.

—Sí —contestó, poco convincente—. Un tema de papeles nomás.

—Decime si te puedo ayudar —dijo y, como no recibió ningún tipo de respuesta, se fue a recolectar las cosas que le faltaban para el menú de la noche. Agregó un par de vinos por las dudas. Lo

anotó todo en su cuenta mientras Miguel, por primera vez, parecía prestarle atención. El viejo almacenero sonrió.

—Andá tranquilo que yo me voy a quedar un rato haciendo algunas cosas.

Nicolás le reiteró si no quería que lo ayudara en algo, pero ante la insistencia terminó cediendo. Recordó que estaba sin la bicicleta, por lo que tardaría un rato más en llegar.

En el camino notó que el aire seguía cargado de agua, una cortina casi invisible pero certera que lo iba mojando de a poco. Se arrebujó en la campera y apuró el paso. A medida que se alejaba del centro, las cuadras se transformaron en grandes tramos de oscuridad recortados por pequeñas islas de luz amarillenta. El silencio que dominaba el pueblo a esa hora era solo interrumpido por el viento y un televisor a un volumen elevado del que se escuchaban unas risas grabadas mezcladas con las carcajadas del espectador que las lanzaba exactamente después, cumpliendo a rajatabla la relación entre estímulo y respuesta. Divisó la ventana de la que salía aquel sonido y pudo ver la habitación a oscuras, iluminada apenas por los resplandores cambiantes de la televisión. Cuando viajaba de noche por la ciudad le gustaba armar historias, entretejer escenas, completar lo sugerido en cada ventana en las que veía algún indicio de vida. La calidez de la iluminación, los colores o la poca decoración que pudiera vislumbrar eran un buen punto de partida para imaginar la vida de aquella casa. En esa oportunidad, no tenía dudas de que se trataba de un hombre solo, un sillón de un cuerpo, restos de comida esparcidas por la remera y sus alrededores; lo veía quedándose dormido en esa posición, escuchando a los pastores o a los otros estafadores —los de los juegos telefónicos— hasta que se despertara babeado en algún momento y decidiera irse a la cama con los dolores que le habría dejado la mala posición.

Iba tan ensimismado en sus pensamientos que no vio que otra persona caminaba en dirección contraria. Solo cuando se estaban por encontrar debajo de un farol percibió una figura que, en la

forma y en los movimientos, transmitía enojo y apuro. Entraron ambos bajo el haz de luz casi en el mismo momento, y la figura extraña se convirtió en un hombre en cueros que, al verlo, abrió los ojos al límite y le sostuvo la mirada hasta que Nicolás la desvió y apuró el paso. Sin embargo, a medida que se alejaba, la sentía como un rayo en la espalda. Aguzó el oído por si el extraño se acercaba. A lo lejos, con ese humor extraño que maneja el universo, sonó una nueva risa desde la televisión. Nicolás aguantó unos pocos pasos hasta que no pudo más y giró atemorizado para comprobar si aquel hombre lo seguía mirando. Ya no había nadie.

Llegó a su casa todavía agitado y paranoico. Sentía que su corazón latía como nunca. El temblor en sus manos le hizo pifiar varias veces antes de embocar las llaves. “Si me querían matar, con lo que tardé en abrir, ya lo hubieran hecho”, pensó para tranquilizarse. Sin embargo, cerró lo más rápido que pudo. Acto seguido, prendió todas las luces de la casa y revisó cada habitación, cada recoveco. Al terminar, examinó por la ventana el patio y el lado de la entrada. No vio nada fuera de lo común. Recién entonces su corazón volvió a un ritmo normal. Se fue a dar una ducha de agua caliente que lo tranquilizara. Al salir puso música, esa vez desde su celular. Después de las largas sesiones de tango, necesitaba escuchar algo de lo suyo. Optó por “Catch a fire” y su inicio perfecto en el que Marley le cantaba que debía haber algún lugar para él que no era esa jungla de cemento.

Abrió un vino, se sirvió una copa y brindó con las estrellas. En realidad, con las nubes, porque cuando miró por la ventana comprobó que no se veía ninguna. De repente, la canción se le entrecortó detrás del sonido de un mensaje. Y mientras pensaba que los que habían diseñado la aplicación desde la que ponía la música no debían usarla, fue a revisar quién era. Aunque ya sabía. Por un momento temió que se hubiese arrepentido pero era para avisarle que a las diez cerraría el local e iría para allá. Tenía poco más de una hora. Terminó de ordenar y se puso a cortar las verduras para una

salsa. Una vez que mezcló todo, lo puso a fuego lento y preparó una pequeña picada. Ya mucho más tranquilo que al llegar, apagó las luces innecesarias. En el living solo dejó una lámpara de pie que daba una luz tenue perfecta para la situación; ni tan oscura que pareciera un reservado ni tan clara que eliminara cualquier tipo de intimidad. Igual, la idea era comer en su rincón.

Cuando llegó Clara, Nicolás revolvía la salsa. Tomó un trago de vino y luego caminó tranquilo hacia la puerta. En esos segundos ambos aprovecharon para retocarse por última vez y sintieron el mismo escozor de la incertidumbre, mezcla de nervios y euforia, de la primera cita.

—Bienvenida —le dijo al abrir, pretendiendo que no se notara la agitación en su voz. Sin embargo, Clara lo sorprendió.

—Ay, ¿te puedo pedir un favor? —Nicolás se quedó expectante— No llegué a pasar por casa. ¿Me podría bañar y arrancamos de cero cuando salgo?

—Claro, no hay problema. Ahí está el baño. Una sola consulta, ¿Te gustaría comer acá? —le preguntó señalando el porche.

—Me encanta. Ya vengo.

Clara se metió en el baño mientras Nicolás ponía la mesa fuera y acercaba uno de los parlantes a la puerta. Al escuchar la ducha, se le vino una vez más la imagen de ella desnuda en la laguna y tuvo que hacer un esfuerzo para pensar en otra cosa. Se sirvió otra copa de vino y se quedó contemplando la nada mientras sentía el calor de la bebida en la garganta. Una fina llovizna empezó a caer y Marley se mezclaba con los sonidos de la naturaleza. Parecía un momento perfecto, un lugar ideal, pero sentía un dejo de intranquilidad a causa de los diferentes sucesos. No terminaba de comprender qué pero sabía que había algo raro en ese pueblo. De repente, escuchó el grifo que se cerraba y trató de olvidarse de todo. Disfrutaría esa noche. Después, vería cómo seguir.

Por su lado, Clara, antes de vestirse, barajó dos opciones. Sabía a qué había ido. Podía salir desnuda y decirle “Nos sacamos esto de encima y después seguimos la noche” o se prestaba al

juego, al coqueteo. Le gustaban ambas y sabía que con la primera opción sorprendería a Nicolás, pero la idea de una cita le parecía demasiado atractiva. Era difícil en el pueblo encontrar una novedad, una historia diferente, por lo que se decidió por la segunda alternativa.

Se terminó de vestir, se maquilló sutilmente y salió. Por la ventana vio a Nicolás mirando hacia el bosque con una copa en la mano.

—Ahora sí, ¡perdón!, pero si pasaba por casa no llegaba más —le dijo mientras se acercaba. Se dieron un beso torpe.

—No te preocupes, me diste tiempo para terminar de armar acá. ¿Vino?

—Dale, yo traje otro.

Mientras la chica fue a buscar la botella, Nicolás le sirvió una copa y llevó la picada. Clara se sentó en el sillón y él se acomodó en la mecedora.

—¿Por qué brindamos? —preguntó ella, más por costumbre que por otra cosa. Sin embargo el anfitrión dudó. Casi todos los motivos le sonaban cursis. Pero no tenía demasiadas opciones.

—Por...esta noche... ¿Muy cursi? —ella se rió.

—Y...un poco, pero no te dejé mucha opción. Igual, siempre es un buen motivo.

Chocaron las copas mirándose a los ojos. No era momento para andar provocando a la mala suerte. Ahí notó que la chica se había arreglado más que de costumbre y eso le gustó. Ambos bebieron más vino y comieron la picada en silencio. Cuando Nicolás llevó los platos, Clara pidió otro brindis. Luego pasaron varias copas más, entre risas y cuestionarios que hicieron que el tiempo se esfumara.

En un momento de la noche, cuando ya la hora, el mundo, los miedos, todo había perdido sentido, Clara se fue al baño. Se notaba en su andar el efecto del alcohol. Nicolás aprovechó para entrar los trastos de la cena, guardó el parlante y cerró la puerta. Al escuchar que cerraba la canilla se quedó inmobilizado en el centro del living. Los segundos hasta que la chica abrió la puer-

ta se le hicieron eternos mientras buscaba la frase indicada. Sin embargo, una vez que salió, no hizo falta. Ella tampoco pareció sorprendida de verlo ahí, esperándola. Se miraron y, sin palabras de por medio, se besaron con una dulzura desafortada. Después, se movieron torpemente, sin separarse en ningún instante, hasta caer en la cama.

Se desnudaron a las apuradas, como si el tiempo los corriese, como si hiciera años que estuvieran esperando ese momento. Después todo fue confuso debido a la torpeza de la urgencia, la voracidad del descubrimiento exacerbada por el manto nebuloso del alcohol. Al terminar, exhaustos, se quedaron dormidos al instante, todavía abrazados, bajo la luz azulada de la noche que se filtraba por la ventana.

Unas horas más tarde, Clara se despertó aún mareada pero inquieta. En un primer momento le costó reconocer donde estaba y por qué. Al ver a Nicolás a su lado se puso en alerta. Temía que el vino le hubiera jugado una mala pasada y haber perdido una chance casi única, pero al comprobar que todavía era de noche y que el otro seguía profundamente dormido se tranquilizó. Fue hasta el living y revisó el bolso hasta dar con el libro. Lo sacó y, cuando lo estaba por meter en su mochila, una voz le heló la sangre.

—¿En qué andás? —lo escuchó demasiado cercano. Giró mientras dejaba caer el libro entre sus pertenencias y hacía un breve inventario de lo que tenía. Un destello de lucidez le brindó la respuesta:

—Estaba buscando el celular para poner el despertador; si no me parece que seguíamos de largo.

—Uf, menos mal —dijo el joven todavía restregándose los ojos y se metió en el baño. La chica suspiró y con el corazón desbordado volvió a la cama. Tenía varios mensajes sin leer que ignoró. Solo mandó uno: “Lo tengo”. Después esperó a Nicolás para cerciorarse de que le había creído. Para su tranquilidad, él solo atinó a besarla y, al minuto, parecía estar profundamente dormido. Ella se acercó para sentir su calor, sonrió y, de a poco, también se volvió a dormir.



## CAPÍTULO 10

Nicolás se despertó antes de que sonara la alarma. Podía ver por las rendijas de la persiana que todavía no había amanecido. Por las dudas, miró la hora en su celular y comprobó que le quedaba un rato. El silencio era casi total, salvo por la respiración suave de Clara. Pensó en dormirse pero, al sentir la cercanía del cuerpo desnudo a su lado, cambió de idea. La buscó con cierta timidez, con la incertidumbre del reencuentro tras una noche de alcohol, ese vacío en el que se teme que todo el encanto se haya desmoronado, pero ella respondió con ganas, como si hubiera estado esperándolo con la misma duda. No se dijeron ni una palabra, se limitaron al encuentro casi a ciegas, háptico, y terminaron en el momento exacto en que el primer rayo de sol se colaba en la habitación. Clara se quedó dormida casi instantáneamente y Nicolás aprovechó para darse una ducha. Después preparó el mate, unas tostadas y dispuso todo, nuevamente, en el porche.

Poco después, escuchó que ella entraba a bañarse y se sentó a esperarla en el sillón mientras tomaba el primer mate observando el bosque, el sol reticente que asomaba entre las últimas nubes que se negaban a ir. La calle seguía convertida en un lodazal con grandes charcos que, supuso, iba a llevar un tiempo que se evaporaran. En contraposición, el sol reverdecía el parque descuidado que había crecido debido a los días de lluvia. Una chicharra se desgañitaba, entrecortada, como marcando el pulso de la tierra, y tres pájaros jugaban hasta posarse en el único cable que cruzaba el paisaje. Le llamó la atención que, teniendo un bosque delante y varios árboles alrededor, eligieran justo ese lugar artificial. Sin embargo, esos tres pájaros, indiferentes a su prota-

gonismo y absortos en su búsqueda incansable de comida, le evocaron cierta imagen que el cerebro decodificó en una canción y que comenzó a sonar en su cabeza. Ese sonido, inexistente si se quiere hilar fino, transmutó en un disco, o en la abstracción digital de la idea de aquello llamado disco, y Nicolás, interprete necesario de los estímulos, se vio en la necesidad ineludible, casi física, de escucharlo.

Sabiéndose con tiempo y alejado de los designios que cercenan el placer de la escucha a la inmediatez, a la canción como obra individual separada del artista y acompañada por otras similares en listas matemáticas, sin alma, sin amor, puso el disco completo y dilató el disfrute de la llegada de la que lo había motivado.

Ese pequeño gesto, revolucionario a esas alturas, tuvo su recompensa porque la canción que abría el disco se adaptaba mejor aún al momento, sin la literalidad mencionada, y cuando iba tomando fuerza, con ese *in crescendo* que aparece en varios de los temas de Marley, que parten de la mínima expresión y van sumando elementos hasta convertirse en una bola devoradora a la que, en su punto cúlmine, él agrega su voz y lleva el estilo, la música y el mundo a un estado de perfección, Clara salió del baño cubierta solo por la toalla.

Nicolás, aún ajeno a su presencia, giró con los ojos cerrados, adaptando su cuerpo al ritmo con movimientos económicos, sutiles, compenetrado con la canción, el clima y, en especial, el momento. Su momento. Al abrirlos se sorprendió de encontrar a la chica observándolo pero, por cómo le sonreía, no se avergonzó de su danza solitaria, y esa euforia instantánea, acentuada no solo por los minutos previos sino por las horas, por la noche, lo llevó a decirle que era hermosa e invitarla a desayunar en el porche. Luego, sin esperar respuesta, salió y se acomodó en el sillón. Clara se quedó paralizada por la frase. Su rostro tomó un leve color que se confundió con el del calor de la ducha y unas lágrimas le nublaron la mirada. Después se fue a cambiar y salió una vez que se recompuso. El olor a tostadas le abrió el apetito y le destrabó el pequeño nudo en la garganta.

—¡Buena manera de empezar el día! –dijo no bien se acomodó.  
 —Sírvese, nomás –contestó Nicolás mientras le señalaba las tostadas ya untadas, y seguía preparando el resto– ¿Dormiste bien?

—Sí, muy bien, ¿Qué hora es?

—Ocho y media, ¿A qué hora entrás?

—A las 10, más o menos, tengo tiempo. ¿Vos?

—A las 9, en un rato ya tendría que salir. Y, por cómo está la calle, no voy a poder ir en bici.

—Vamos juntos que yo vivo ahí a la vuelta. –En ese momento, Nicolás reparó en que, a pesar de lo pequeño del pueblo, todavía no sabía cuál era la casa de ella.

—Dale, ¿Te puedo acompañar y hacerme el caballero?

—Sí, claro –contestó, y Nicolás, concentrado en su tarea de untado, no percibió que había un atisbo de duda en aquella respuesta.

Terminaron de desayunar y juntaron los restos. Clara se ofreció a lavar y, a pesar de que al principio él se negó, luego aceptó y aprovechó para ordenar la casa y prepararse la mochila con algunas cosas que pudiera necesitar, ya que si el día mejoraba pensaba ir a almorzar a la laguna. En ese momento recordó el libro, pero al no encontrarlo por ningún lado supuso que se lo había olvidado en el almacén.

Al salir de la casa, fue Clara la que habló:

—Me encantó venir...

—Y a mí que vinieras...

Se besaron una vez más y comenzaron a caminar. Sus manos se rozaban con ganas de tomarse pero sin atreverse. Sin embargo, disfrutaban esa cercanía.

Cuando llegaron a la ventana de la que salía el sonido del televisor la noche anterior, Nicolás recordó el extraño cruce.

—Ayer, cuando caminaba por acá, me crucé un tipo en cueros caminando bajo la llovizna. Tenía la mirada desquiciada, parecía desorientado pero transmitía violencia.

—Mmm...raro, ¿Y para dónde se fue?

—Ni idea. Me miró todo el tramo que nos cruzamos y a mí no me salió más que apurar el paso.

—¿Y cómo era?

—Lo vi muy a las apuradas. Parecía joven, pelado, muy flaco y se lo veía bastante demacrado.

—Lo único que se me ocurre es que a unos kilómetros hay una granja de recuperación. Quizás se escapó de ahí y cayó desorientado por estos pagos. Bueno, acá me quedo.

—Así que esta es tu casa.

—Sí, señor. Te haría pasar pero se te va a hacer tarde. No faltará oportunidad —se quedaron callados un instante, sin saber cómo despedirse— ¿Nos vemos después?

—Dale —Nicolás se acercó para darle un beso pero Clara respondió con una frialdad repentina y se metió rápidamente en la casa. Con cierta tristeza, él la observó caminar por el pequeño jardín delantero y desaparecer detrás de la puerta.

En las pocas cuadras que lo separaban del almacén trató de enfocarse en los buenos momentos de la noche pasada, pero el frío que aún sentía en los labios le quedó impregnado por un rato largo, como un recordatorio.

Cuando entró al local notó que el humor de Miguel había cambiado con respecto al de la tarde anterior y eso, en parte, lo alegró. Tomaron unos mates intercalados con breves intervenciones en las que el viejo almacenero no podía evitar remarcar alguna frase que salía desde la radio.

Al rato, el celular de Nicolás vibró. Él sabía quién era y, a pesar de que necesitaba saber qué decía aquel mensaje, decidió dejar pasar el tiempo y aprovechó para intentar, en vano, hallar el libro. Le preguntó a Miguel pero este le aseguró no haberlo visto. Si no fuera porque su atención estaba puesta completamente en atrasar lo más que pudiera la lectura del mensaje —y eso hiciera que todos sus sentidos estuviesen abocados a la tarea de la evasión, sin lograr dedicarse a otra cosa más que a tirar frases inconexas— hubiera notado un titubeo en la voz del otro.

A pesar de que aquel teléfono era el eje que delimitaba su radio de acción, logró ignorarlo por el período de tiempo suficiente para que aquella presencia se fuera debilitando hasta fusionarse con su alrededor y dejara de afectarlo. Si era quien pensaba, sabía que era cuestión de minutos que apareciera por ahí. Y, si no era, solo ahondaría su repentina angustia.

Miguel, al verlo perdido, quiso desviar su atención, creyendo que la cabeza de Nicolás solo estaba ocupada por la búsqueda infructuosa del libro; pero al notar que le contestaba casi sin escucharlo, decidió dejarlo seguir en lo suyo.

Cuando Clara llegó con el pedido del día, el viejo almacenero aprovechó y se fue a “resolver unas cositas”. Ambos se quedaron en silencio hasta que Miguel desapareció.

—Te mandé un mensaje —dijo Clara con un dejo de reproche. Sin embargo, los músculos de su cara, como si en ellos hubiese una conexión más real con lo que quería decir, un grado de independencia libre de restricciones sociales, transmitían un pedido de disculpas. Y, quizás, desde esa mirada inquisitiva —No lo sabemos con certeza ya que, si bien tenemos una visión omnipresente tampoco es que podemos llegar a ver la sinapsis o la comunicación entre el cerebro y los músculos— se haya generado la orden de ser sincera, al menos hasta donde le fuera posible— Perdón por la despedida fría —continuó sin esperar respuesta—, pero enfrente de mi casa vive Facundo, mi ex, y es todo tan cercano y el pueblo tan chico que prefiero evitar las habladurías. Vos no entenderías pero, en un lugar como este, es un tema bastante delicado. Cada separación divide a la gente que cree necesario tomar partido y, especialmente, les da tema de conversación por meses. Más cuando es la mujer la que tomó la decisión. Y si encima la ven con el primer extraño que llega por estos lados...Te cuento todo esto porque no quiero que creas cualquier cosa. Ayer la pasé muy bien.

—No pasa nada —contestó Nicolás y aprovechó el momento de sinceridad para sacarse la duda que tenía desde que la había

visto en una charla no muy amable— Es el pibe que labura con vos, ¿no?

—Sí, es él.

—¿Y hace mucho que se separaron?

—Unos meses pero todavía no lo aceptó. Y nos vemos todos los días. Aunque no sea en el trabajo nos cruzamos igual. Además, éramos esa parejita que todos querían que existiera y que funcionara; los amigos de la infancia que un día se ponen de novios más por inercia, por ser lo que tenía que pasar o lo que otros decían que tenía que pasar que por ganas. Al menos desde mi lado. Parece que del suyo no es tan así.

—Y...es complicado viéndose tanto. Está todo bien —dijo queriendo creerlo aunque, si hiciéramos el mismo análisis de músculos de la cara de un rato atrás notaríamos que no era así.

Charlaron un rato más en el que Nicolás evitó, de todas las maneras posibles, la mirada de Clara para que no percibiera la mezcla de bronca y vergüenza que tenía por sentirse así por alguien que conocía desde hacía tan poco. Con el paso del tiempo lograron volver la energía, la complicidad, a un nivel más llevadero, menos hostil, aunque sobrevolaba en los gestos, en la búsqueda culposa de la risa del otro, un trasfondo triste y el tango —que estaba ahí como una tercera presencia— profundizaba aquel sentimiento. El joven tuvo un pequeño déjà vu al viaje en micro del que se había bajado, a la sensación de desamparo de aquel atardecer y, al ver que Clara permaneció ajena a la importancia de los sonidos de fondo, como si no comprendiera que cada cosa formaba parte del todo, que esa mosca, testigo preferencial, que merodeaba los salames interrumpiendo con el sonido sordo de sus vuelos intermitentes, veloces, se había posado en la radio en el momento exacto en el que el motor de la heladera había frenado para sumarse al silencio necesario para que se escuchara con claridad —justo con claridad— que *“la vida es una herida absurda y es todo tan fugaz”*, y que ni siquiera esperó que terminara la canción para dejar su lista con el

pedido del día e irse después de, esa vez sí, darle un beso, quedó más triste por saber que se estaba haciendo problemas por algo sin futuro.

Al mediodía pasó a dejarle el pedido y se saludaron como si la noche anterior no hubiese existido. Al mirar hacia el bar notó cómo los espiaban pero, decidido a no tener (y tratar de no hacerse) mayores problemas, no le dio importancia y aprovechó para dejar las cosas rápido y seguir su camino. Clara, en parte, le agradeció la actitud aunque no pudo evitar sentir cierto dolor. Antes de entrar, se quedó observándolo mientras se alejaba. Cuando dobló y desapareció de su vista se quedó completando la escena en su cabeza, agregándole algunos futuros irrealizables que incluían sus ganas de huir o, aunque sea, de una tarde libre.

Una voz cortó sus fantasías en seco.

—Sabés que le queda poco a tu amiguito ¿no?

Notó el disfrute en el tono de Facundo. No contestó y entró al bar a dejar las bolsas. Después se puso a limpiar para tratar de mantener su cabeza ocupada y que no se le notaran los ojos húmedos. Pero, en su interior, sabía que era verdad.

## CAPÍTULO 11

Nicolás aprovechó que el día había mejorado para ir a almorzar a la laguna. Como la casa quedaba de camino, primero pasó a buscar la bici. Cuando llegó se tentó con tirarse a dormir una siesta reparadora, de esas que hacen olvidar –al menos un rato– todos los problemas; pero supuso que un poco de actividad física le iba a hacer mejor. Se puso los auriculares y empezó a pedalear.

La calle que lo llevaba hasta el inicio del sendero conservaba algunos grandes charcos y ramas caídas, aunque el sol ya había logrado volverla transitable.

Al llegar se sentó en el mismo lugar donde había encontrado a Clara aquel día. Lo asaltó la imagen de su cuerpo desnudo mezclado con escenas de la noche anterior y, a pesar de su tristeza, sonrió.

Cuando terminó de comer se recostó y disfrutó del sol en la cara, el trino de los pájaros, el agua que golpeaba suavemente contra las pequeñas piedras. El sonido del mundo sin la interferencia humana.

De a poco empezó a sentir calor; se sacó el buzo y las zapatillas. Se quedó sentado observando el reflejo del sol que viboreaba en el agua. Entonces, la imagen de Clara le volvió, no por su desnudez sino como un llamado, una señal. Se paró y metió los pies en la laguna. La primera impresión fue que estaba helada, aunque sabía que su percepción –como le había mencionado en aquella conversación de forma un poco más vegonzante– siempre estaba unos grados por debajo. Escrudiñó los alrededores para asegurarse de que no hubiera nadie y, sin pensarlo más, se sacó lo que le quedaba de ropa. Verse desnudo al aire libre lo excitó brevemente, sin em-

bargo el frío –que ya le había eliminado todo tipo de relación con sus pies– cortó también cualquier aspiración erótica. Sabía que no debía dejar que la duda lo invadiera, así que contó hasta tres y se largó a correr.

A medida que se metía en el agua sentía cómo su cuerpo se iba desmaterializando y parecía unirse a los átomos que conformaban la laguna, el pueblo, el universo. Le costaba distinguir dónde empezaban sus extremidades y, centímetro a centímetro, fue perdiendo noción de las partes que estaban dentro del agua. Por último, hundió la cabeza y se abandonó a la inercia, se dejó llevar, hasta que la necesidad de oxígeno lo obligó a sacarla. Respiró profundamente, giró y siguió flotando de espaldas mientras disfrutaba del pedazo de cielo que lo acompañaba, de la notoria diferencia de temperatura entre su parte al sol (o que había vuelto a materializarse) y el resto.

Como si la porción que aún permanecía en el agua hubiera tomado conciencia propia y decidiera -a pesar de la falta de corriente que caracteriza a las lagunas- dirigirse hacia el lado opuesto, sintió que su cuerpo era atraído hacia allá. Nunca supo si realmente había tomado la decisión, no obstante se encontró nadando, tratando de pasar desapercibido, hacia la playa privada en la que, en esos momentos, no se veía a nadie.

Sus movimientos eran lentos, pausados, procurando que la disolución se convirtiera en su camuflaje y evitara cualquier tipo de sonido que lo fuera a delatar.

Pocos metros antes de llegar, notó que sus pies volvían a tocar el suelo, con lo que tuvo que avanzar agachado para que su cabeza fuera lo único que sobresaliese. Desde ahí podía ver la casa con mayor claridad. Tenía cerca el galpón donde había visto entrar la camioneta días atrás. La misma (o una similar) estaba estacionada a unos metros, en una calle que conectaba con la casa principal, un edificio de dos plantas de estilo colonial. En los alrededores no había nadie, lo que lo llevó a barajar la idea de colarse en el galpón

a ver si averiguaba algo relacionado con lo que había visto aquella tarde. A pesar de que parte de su cerebro le decía que no, el cuerpo, ya fuera del agua, seguía sin responderle y se dirigía hacia la orilla. Cuando se disponía a abandonar el agua definitivamente, una voz lo frenó en seco:

—¿A dónde vas, gringuito? —de atrás de uno de los arbustos salió un hombre vestido completamente de blanco. La sorpresa hizo que Nicolás tardara en contestar.

—Perdón, empecé a nadar y de repente sentí un calambre, y como esta orilla estaba más cerca me vine hasta acá —A pesar del primer instante de duda, sonó convincente. O eso creyó. Cuando pudo enfocar en la persona que tenía delante, notó que miraba sus partes y recién entonces recordó que estaba completamente desnudo. Se sentó e intentó taparse mientras simulaba elongar.

—Y sí, me imagino que no pensabas robarnos en bolas, ¿no? ¿Qué hacés así?

—Me contaron que es una práctica usual acá.

—Sí, por algunos locales —contestó el otro en seco— ¿Vas a poder volver o necesitás ayuda?

Nicolás se quedó pensando. Sabía que era una buena oportunidad para ver un poco más de la propiedad, pero por otro lado se imaginaba subiendo desnudo a la camioneta desde la que había visto —o al menos eso creía— cómo bajaban un cuerpo. También se acordó de su bicicleta, por lo que no tenía demasiadas alternativas. De a poco empezó a caer en la cuenta de la locura de haberse metido, en semejantes condiciones, en una propiedad privada. Se mordió el labio mientras se preguntaba en qué había estado pensando. Pero no dijo nada al respecto.

—No, ya me siento mejor. Se me pasa el dolor en la pierna y me voy —contestó mientras se masajeaba el gemelo derecho.

—Dale, mejor. Vos sos el que está trabajando en el almacén del Migue, ¿no?

—Sí, el mismo. ¿Cómo sabés?

—Somos pocos en el pueblo. Cualquier novedad se sabe. ¿Y qué te trae por acá?

—Nada en especial, estoy de paso –contestó y supuso lo poco que le importaría a su interlocutor la explicación del trabajo, de la porción de torta, del viaje sin rumbo, del cambio de vida. Necesitaba irse y, sobre todo, vestirse. La falta de ropa lo hacía sentir aún más intimidado que el tono de las preguntas—. Paré acá por unos días nomás y después seguiré viaje para el Norte.

—Bueno, bienvenido –dijo el hombre de blanco con un tono firme que parecía más una orden que un saludo. Después permaneció en silencio a su lado.

El eco de algunas voces que se acercaban le marcó a Nicolás el final de su aventura. Ya le parecía demasiado tener que enfrentarse así a más personas. Se paró, simuló probar la pierna y le aseguró a su guardia personal que ya estaba bien. Recibió solo un gesto de asentimiento que lo invitaba a retirarse, sin demasiada ceremonia.

Apenas tocó el agua, el devenido invasor se insultó y ya no percibió ningún tipo de conexión con aquel todo que había experimentado minutos atrás. Solo sentía la mirada de su guarda clavada en la nuca, algunos restos de humillación y unas ganas desesperadas de desaparecer.

Llegó a la playa y se puso el bóxer sin esperar a secarse. Después se sentó al sol a recobrar el aliento y vio cómo el hombre de blanco hablaba con otros tres vestidos igual y señalaba hacia donde estaba él. Los cuatro lo observaron y la fuerza de todas esas miradas, a pesar de la lejanía y de la laguna de por medio, le provocó una pequeña dosis de terror. Después de mirarlo unos segundos y sin hacer ningún gesto, los hombres se fueron hacia el depósito.

Nicolás se volvió a quedar solo, lo que lo ayudó a tranquilizarse. Sin embargo, no paraba de insultarse por la expedición inútil que había emprendido. La frase “Cualquier novedad se sabe” le hizo preguntarse cuánto tardaría en llegarle aquella historia a Clara y se enojó aún más consigo mismo.

Terminó de cambiarse y, antes de calzarse, volvió a meter los pies en el agua. Le pareció más fría que antes. Cerró los ojos y quiso reconectarse, lograr aquella comunión de minutos atrás pero fue en vano. La había perdido y, con ella, todo sentimiento de plenitud. Miró la hora. Ya tenía que volver a trabajar. Se subió a la bici y aceleró lo más que pudo para dejar todo aquello atrás.

## CAPÍTULO 12

—¿Es cierto que andás nadando desnudo por ahí? –El mensaje le llegó a mitad de la tarde. Sabía que sería cuestión de tiempo que pasara, por lo que no lo sorprendió pero le llamó la atención la velocidad, la cercanía de Clara con el muchacho de blanco, con la casa. Y comprendió que los seis grados de separación en aquel pueblo eran una exageración.

—Es que alguien me dijo que es una práctica común acá –contestó restándole importancia.

—¿Viste que hace bien? –recién en ese momento Nicolás reparó en el cansancio que sentía. Los músculos parecían adormecidos; el cuerpo, completamente relajado. Pero no sabía si achacárselo al ejercicio, a los nervios por haber sido descubierto o a la tensión del escape.

—La verdad que sí. Estoy para una siesta.

Clara le devolvió una risa fría de chat y la charla quedó ahí, con esa sensación de conversación constante que da la tecnología. En algún momento los dos comenzaron a escribir algo más y al ver que el otro hacía lo mismo se quedaron expectantes, mirando la pantalla hasta que, al final, ninguno mandó nada y se perdieron en las tareas del día.

Ese atardecer lo vieron en silencio. No porque no tuvieran de qué hablar. Miguel tenía facilidad para sacar temas, contar historias. Pero el cielo se robó la atención formando un crisol de anaranjados, amarillos, violetas y rosas con unas pocas nubes en las que el reflejo permaneció un rato más, como si ellas quisieran conservar los últimos indicios de luz, retrasar la llegada de la noche.

No había otra manera de reaccionar más que la contemplación silenciosa ante la violencia de la belleza suprahumana poniendo en perspectiva la delicadeza de la existencia.

Con esa capacidad diferencial que tiene el humano para trasladar a palabras las sensaciones, reduciendo la magnificencia de lo que vivencia –aunque sea extraordinario– a lo limitado de su lenguaje y, en la mayoría de los casos, a la porción que conoce del mismo, Miguel cortó el silencio, luego de que el último resquicio de sol desapareciera y el pueblo empezara a perder su contorno, con un: “Pff...hermoso”.

Al bajar, le pidió a Nicolás si podía encargarse de cerrar el local porque necesitaba irse, y este aceptó de buena gana. Todavía conservaba cierto malestar por lo ocurrido y el atardecer, como si la inexpugnable oscuridad se hubiera metido también en él, no había hecho más que profundizarlo.

Quiso el universo, o quizás solo la casualidad, acompañar su estado de ánimo haciendo que nadie más fuera por el local en lo que quedaba de la jornada. Aprovechó para dejar todo ordenado de forma tal que a último momento solo tuviera que apagar las luces y bajar las persianas. Sin embargo, antes de irse se abrió un porrón más, que pagó de su bolsillo y consignó como la única venta de su momento a cargo, subió la radio y se sentó en el umbral a tomarlo.

La noche había llevado con ella una disminución notoria en la temperatura que se hacía presente en su mano derecha cada vez que agarraba la botellita que había apoyado a su lado. Eso le acercó recuerdos de su adolescencia, de las cervezas en ronda con sus amigos en la plaza entre contorsiones y manos temblorosas que buscaban hacer frente al frío ignorándolo, en noches sin más preocupaciones que quién iba a comprar la siguiente al único kiosco que abría las veinticuatro horas y que no pedía documentos.

En ese instante, la música, como si no quisiera quedarse afuera o perder una chance inmejorable de clavar un puñal, se puso a tono y, desde la radio, Goyeneche empezó a recitar que las calles de

Buenos Aires tienen ese qué sé yo, y Piazzolla apareció con su bandoneón dulce y doloroso, esa mezcla que conjuga el tango cuando llega a su mejor versión. Y aquella combinación de música, recuerdos, sensaciones, completada por la imagen de un pueblo que se le presentaba por momentos amable y por otros hostil, lo llevó a extrañar su barrio, a sus amigos, aquello de lo que había decidido alejarse. Sabía que no podía volver. Todavía no. Y tampoco era que lo quisiese. Un mal día –pensó– mientras se ponía en movimiento para desarmar el nudo en la garganta.

Cerró el local entre dudas. No quería llamarla, ni tampoco estar solo. Entonces, comprendió que le quedaba una única opción. Como la noche y su estado de ánimo se prestaban para caminar, decidió dejar la bici en el almacén.

En el momento justo en que abrió la puerta, la canción que estaba sonando terminó para que se escuchara el ruido de la madera trabándose en el suelo y que todos los presentes giraran para ver quién era aquel intruso –esa vez vestido– que había interrumpido el normal desarrollo de la noche, de la vida allí. “Quizás no fue una gran idea”, se dijo mientras caminaba hacia la barra y se sentaba en el mismo lugar que aquella primera vez. Recién cuando se acomodó, la música volvió a sonar y todos los presentes retomaron sus charlas como si nada hubiera pasado.

Nuevamente fue Carlos el que se acercó para atenderlo, todavía sin presentarse.

—¿Qué le sirvo?

—¿Qué tiene para comer?

—Guiso de lentejas.

—Uh, perfecto –dijo con la ilusión de que todo lo malo del día pudiera diluirse, desaparecer, con un buen plato de comida caliente–. Y una copa de vino.

—Marche –dijo mientras le servía la bebida con la misma diligencia que la cerveza de la primera vez y, al igual que en aquella oportunidad, sin opciones de marcas ni de variedades.

Nicolás tomó un trago y, ya más tranquilo, miró a su alrededor. Había solo un par de mesas ocupadas por caras desconocidas, salvo los dos viejos que seguían en el mismo lugar comiendo en silencio su guiso. El que le había hablado aquella noche ni lo miró y conservaba ese dejo en la mirada de no estar del todo ahí. Pensó en ir a preguntarle por su frase pero supuso que no se acordaría de nada. En ese momento le llegó su plato y con el primer bocado todos sus problemas y el entorno desaparecieron. El único contacto con la realidad era el picante de aquel guiso que lo obligaba a desviar su atención unilateral con la comida para beber unos tragos. Terminó el plato casi sin respirar y pidió otra copa de vino. Entonces se acomodó y observó el resto del bar. No sabía cuánto tiempo había pasado pero algunas caras habían cambiado. En la barra había otros dos forasteros. Uno de ellos visitaba bastante seguido el baño. El otro miraba con desconfianza a su alrededor. Llegó a escuchar que le preguntaba a Carlos por algún mecánico de confianza. De alguna manera que no logró comprender, la charla entre el barman y los otros dos fue subiendo de tono hasta que Carlos los invitó a irse. En un principio, los forasteros se negaron y comenzaron a ponerse violentos. Automáticamente, de todas las mesas se fueron parando los presentes para apoyar al dueño del bar y rodear a los extraños que, luego de unas amenazas cruzadas, se retiraron a las apuradas mientras los lugareños los acompañaban amablemente.

El bar había quedado casi vacío. Nicolás miraba la escena desde su lugar sin notar que alguien se acercaba. Cuando todo terminó, vio que a su lado estaba el viejo de la mirada perdida. Esa vez no le dijo nada sino que le mantuvo fija su mirada triste mientras lo sostenía del brazo suavemente, casi como si se apoyara. Los labios tenían un leve temblor. Parecía querer hablar pero no podía articular palabra. En cambio, en su cabeza las imágenes no paraban. Le hubiese gustado poder transmitírselas a aquel inocente, contarle toda la historia, prevenirlo, salvarlo.

Sin embargo, mientras Nicolás, desconociendo aquel proceso interno, atinaba a preguntarle si estaba bien, Carlos se acercó y, después de decirle que ya podía quedarse tranquilo, que ya había terminado todo, lo llevó de nuevo hasta su silla.

El joven los acompañó con la mirada, inquieto por los sucesos. El bar había vuelto a la normalidad, como si nada hubiera pasado. Desde una mesa, notó que alguien mantenía sus ojos clavados en él y parecía que les comentaba a sus compañeros algo al respecto. Se miraron fijamente unos segundos hasta que el otro se paró y empezó a caminar hacia él, junto con los otros dos. La travesía de aquel extraño pareció ralentizar el movimiento del tiempo o –al menos– su percepción, lo que le permitió a Nicolás buscar la conjunción de aquel rostro, que cada vez estaba más cerca, con alguno que le contara una historia en común, una explicación comprensible a la charla por venir. Sin embargo, la tercera palabra fue la que detonó la coincidencia, la descarga química que lo identificó y lo puso en contexto.

—¿Qué hacés, nadador? Acá lo tenés, él es Octavio, el dueño de la casa a la que te quisiste meter hoy.

No necesitó más que oír esa palabra para que el dolor ficticio de unas horas atrás le volviese de golpe y lo llevase a tomarse del punto exacto donde lo creó, logrando que fuera imposible determinar la naturaleza de la concepción del mismo.

—Perdón, no me quise meter, me agarró un calambre y era lo que tenía más cerca.

—No hay problema –contestó Octavio tratando de mostrarse apaciguador aunque su tono sonaba forzado. Le extendió la mano y, cuando Nicolás devolvió el gesto, se la apretó con firmeza—. Como bien te dijo mi hermano, mi nombre es Octavio.

Nicolás se presentó y se quedó observando a su interlocutor. Era un hombre de su edad, rubicundo, de pelo corto enrulado y una barba de varias semanas sin recortar. Llevaba puestos unos anteojos de carey que acomodaba con su dedo índice izquierdo

al terminar cada frase, en un gesto del que parecía no ser consciente. Los dos que lo acompañaban se habían posicionado unos pocos centímetros por detrás de él dando a entender cierto rango diferencial. Recién entonces notó que el que no había hablado era Facundo. Bastó un sutil cruce de miradas para comprobar la violencia con la que estaba cargada la del otro. Sin embargo, se mantuvo al margen.

—¿Te puedo acompañar? —preguntó Octavio y, sin esperar respuesta, se sentó en la banqueta de al lado— Te invito un trago. Carlos, ¿me servís dos de lo que esté tomando él?

El barman llenó las copas mientras los acompañantes de Octavio se acodaron en la barra, ajenos a la charla.

—¿Y...te trata bien el pueblo?

—La verdad que sí. No me puedo quejar —contestó Nicolás aunque se le cruzaron algunas de las imágenes confusas de los últimos días— No puedo decir lo mismo sobre otros —agregó en broma señalando para afuera.

—Esos dos vinieron con ganas de problema y le faltaron el respeto a Carlos. Y acá nadie puede venir a faltarnos el respeto. Pero trabajamos mucho para que los que vengan se sientan cómodos ¿Así que estás trabajando en lo del Migue?

—Sí, se sabe todo acá, ¿no?

—Y... sí. A mi favor, estás en el almacén. Imposible que no se sepa.

—Claro.

—Bueno, un gusto conocerte —dijo mientras bebía de un trago lo que le quedaba de vino y se paraba—. Espero que disfrutes tu estadía en Faraqui. Y si realmente te interesa conocer la casa o pasar una noche de tragos gratis, mañana hacemos un festejo previo al cumpleaños del pueblo y, ya que ahora formás parte de la comunidad, me gustaría que estuvieras.

Nicolás se tomó unos segundos antes de contestar para tratar de descifrar si había algún tipo de amenaza velada en los gestos pero

temió que aquella percepción proviniera de sus experiencias previas, de la sensación de sentirse observado que lo acompañaba desde la primera vez que pisó la plaza principal, de aquella aparición a la que todavía no lograba encontrarle explicación. Sin embargo, había algo en el tono de la charla que no le terminaba de gustar.

—Ahí estaré –contestó no del todo convencido y sabiendo que no tenía demasiadas opciones.

Octavio volvió a darle la mano y se encaminó hacia la salida. Sus acompañantes lo saludaron con un gesto hosco. Facundo le mantuvo la mirada unos segundos, acompañada de una media sonrisa. Después los tres desaparecieron detrás de la puerta.

Nicolás bebió lo que le quedaba en la copa mientras repasaba la charla en su cabeza. Al pedir la cuenta, Carlos le dijo que Octavio ya la había pagado. Le extrañó ya que la salida había sido bastante intempestiva pero no se iba a negar a una comida gratis. Dejó una propina más generosa en agradecimiento y se fue.

Al salir, lo golpeó el frío nocturno en contraste con el calor del bar, del guiso, del vino. Sin embargo, la noche estaba hermosa. El cielo ya había perdido todo rastro de la lluvia de los días pasados y se mostraba en su esplendor, repleto de estrellas y con la luna creciente que dejaba entrever su contorno faltante. Pensó en volver al local para buscar la bicicleta pero prefirió caminar un rato, disfrutar de esa noche, consciente de la cantidad de casualidades que se tuvieron que dar para llegar a ese instante, a esa calle iluminada con la tonalidad justa, con los colores exactos, con esa mezcla de olor a tierra y a hierba que lo transportaran a aquello que él declamaba como la perfección, la felicidad.

Caminó sin rumbo hasta que un resplandor lo atrajo. Se dirigió hacia él y encontró en la plaza principal a un grupo de gente adornando las calles y armando un escenario. En una escalera estaba Miguel que colgaba una guirnalda a la que justo le faltaban las últimas cuatro letras del nombre del pueblo. Desde la altura, Miguel, sorprendido por la aparición del joven y ajeno a dicha coin-

cidencia, le pidió que le diera una mano. Nicolás accedió mientras buscaba a Clara entre los presentes. Al no encontrarla, supuso que todavía estaría trabajando. Varias de las caras le resultaban familiares. Incluso, a algunas podía relacionarlas con qué habían comprado o en qué horario solían ir al negocio. Todos lo saludaron con afecto, agradeciéndole haberse acercado para ayudar.

—Llegaste para lo mejor —le dijo el almacenero al bajar de la escalera, y se dirigieron hacia un tablón que habían improvisado en el centro de la plaza donde había algunas botellas y los restos de una picada. Detrás, una mujer empezaba a servir de una olla humeante unas pequeñas porciones de guiso en unos potes de telgopor. Miguel le alcanzó uno junto a un vaso de vino. Nicolás pensó en rechazarlo pero el aroma lo persuadió y se sentaron en el pasto junto a varios que ya tenían su ración. Una vez que todos fueron servidos, alguien propuso un brindis por el fin de los preparativos y por el pueblo, y todos levantaron sus vasos.

En ese momento, a paso apurado, por una de las calles del costado de la plaza llegó Clara. Hubiera querido estar desde antes para ayudar pero se le había hecho tarde. Se dirigió hacia el tumulto y, recién cuando estaba por alcanzarlo, reconoció la silueta de Nicolás. Se quedó paralizada entre unos árboles que la ocultaban. No esperaba encontrarlo ahí. Lo miró desde la lejanía, mezclado entre las risas y el clima de alegría, y no pudo evitar que se le escapara una lágrima. Nicolás, como si la fuerza de aquella mirada pudiera rozarlo, giró y la vio ahí parada aunque no percibió el llanto contenido. Sonrió y alzó su vaso en forma de saludo. Clara, con un movimiento suave, disimulado, borró aquella lágrima y cruzó para unirse al festejo. Con la excusa de la recién llegada, todos volvieron a llenar sus vasos y a brindar una vez más. El que estaba a cargo del sonido anunció que iba a hacer una última prueba y aprovechó la euforia generalizada para poner una cumbia. Automáticamente, todos se pararon y empezaron a bailar. Clara y la mujer que había estado sirviendo el guiso arrastraron a Miguel —que quería

huir ante esos sonidos extraños- a la pista improvisada. El resto ya había caído rendido ante la canción, hechizados por la voz de Gilda, uniéndose a su canto melancólico, algunos con los ojos cerrados, otros levantando el vaso en honor al pueblo y a la cantante de igual manera.

Nicolás tomó con su mano libre a Clara y comenzaron a bailar. La música y sus movimientos los fueron acercando hasta que quedaron cara a cara. La mano de Nicolás se posó sutilmente en la cintura de la chica y ella apoyó su cabeza sobre su hombro izquierdo. Esa vez no pudo permanecer ajena a los sonidos, sobre todo a la frase que en aquel preciso instante le llegaba desde los parlantes, desde el canto unido de ese puñado de personas felices. *Me llevo tu sonrisa tibia, tu mirada errante. Desde ahora en adelante, vivirás dentro de mí.*

El joven atinó a separarla para continuar con la coreografía. Sin embargo, Clara lo sostuvo unos segundos en un abrazo que cortó el swing pero que le permitió sentir su calor y ocultar su mirada. Nicolás la abrazó y, por un momento, todo a su alrededor desapareció. Después, como si nada hubiera pasado, retomaron la danza donde había quedado hasta el final.

Cuando la canción terminó, todos aplaudieron dando por finalizada la prueba de sonido y, con ello, la noche. Después se pusieron a ordenar y juntar los restos hasta que solo el escenario y los decorados quedaron modificando la geografía. Algunos emprendieron la retirada; otros se sirvieron lo que quedaba de vino y brindaron por última vez.

Mientras se despedían, Miguel -al ver que la mujer del guiso se iba demasiado cargada con la olla y otros trastos- se ofreció a acompañarla. Nicolás, con un movimiento de cabeza, le consultó a Clara si ahí había algo y ella se lo confirmó. Ellos se fueron hacia el otro lado y Nicolás quiso imitar el ofrecimiento del almacenero.

—No —contestó Clara y lo tomó por sorpresa, tanto que por un segundo se sintió herido—, mejor te acompaño yo.

Esperaron alejarse unas cuerdas para detenerse amparados bajo la oscuridad de un árbol y besarse con la desesperación de haber deseado ese momento durante todo el día, hasta que el ruido de un auto los ubicó en tiempo y espacio e hizo que se separaran. Se miraron voraces y se rieron de su acceso juvenil. Luego, ajenos al momento de euforia, caminaron sin ningún apuro, tomados de la mano, demorando la llegada para que esa noche no terminara nunca. El pueblo ya dormía y ellos parecían los últimos humanos con vida. Conscientes de eso o solo por saberse especiales, caminaron por el medio de las calles tomando el control de la parte del universo que les tocaba.

Al llegar al porche, Clara lo empujó sobre el sillón y se le sentó encima. “Así que este es tu lugar preferido”, le dijo mientras Nicolás le sacaba con movimientos torpes la remera y se tomaba un segundo para volver a mirarle las tetas, como si fuese la primera vez, como si todavía estuvieran en aquella laguna, antes de hundirse en ellas. Clara le desabrochó el pantalón, se levantó la pollera y comenzó a montarlo. Cada tanto, sin dejar de moverse, se alejaban para mirarse y volvían a sonreír. Nicolás atrajo la cabeza de la chica hasta que la dejó a la altura perfecta para oír su gemido. Le dio un beso en el cuello y estuvo por decirle unas palabras exageradas por la situación, la noche y el vino, pero justo en ese momento abrió los ojos. De un movimiento corrió a Clara y se paró exaltado.

—¿Qué pasa? —preguntó ella entre asustada y sorprendida.

—Había alguien mirándonos —contestó Nicolás buscando entre las sombras. Clara, por su parte, atinó a taparse con la remera mientras miraba hacia el mismo lugar que él.

—¿Dónde?

—Allá, al lado de aquel árbol.

—No veo a nadie pero vamos para adentro. Quizás fue una sombra nomás.

—No, te juro que había alguien —dijo aunque, luego de un rato de no hallar ningún indicio, no tuvo más remedio que ceder.

Abrió la puerta y entraron—. Perdón por cortar todo así pero... —pensó en contarle de La Aparición, de la sensación constante de persecución. Al final, desistió— Estoy seguro de que vi algo.

—Tranquilo, no pasa nada. Vamos a acostarnos.

Se fueron a la habitación pero ya no quedaban rastros de la excitación de minutos atrás. Nicolás continuaba perdido en sus pensamientos, preocupado tanto por si lo que había visto era real o si no. Sin embargo, al acostarse, Clara se apoyó en su pecho y eso lo tranquilizó. Jugó unos segundos enredando sus dedos en el pelo de ella y, casi al instante, se quedaron dormidos.

## CAPÍTULO 13

Un leve movimiento al despertarse hizo que Clara se acomodara, aún dormida, sobre su pecho. Nicolás cerró los ojos y aprovechó para estirar aquel momento. Le acarició con suavidad la espalda intentando que no se despertara mientras imaginaba un futuro juntos. En ese instante lo consideró algo posible aunque con la certeza que solo puede dar lo inconcluso. Pero había algo mal en ese lugar y él necesitaba otra cosa. Además, su viaje recién comenzaba.

Clara, todavía entredormida, giró dándole la espalda. Él se acomodó a su contorno y reaccionó ante el estímulo de la cercanía. La besó en el cuello y ella respondió con un movimiento de cintura que le marcó que lo estaba esperando, y que los llevó a retomar la noche donde había quedado suspendida. Después se quedaron abrazados, en silencio, con una mezcla de felicidad y angustia de saberse, cada uno a su manera, cercanos al final.

Nicolás miró la hora. Se levantó y se fue a bañar. Clara, todavía acostada, también se quedó barajando la posibilidad de un futuro compartido y llegó a una conclusión similar. No era momento de dudar. Para despejarse fue a la cocina y comenzó a hacer el desayuno.

Al salir del baño, el aroma de las tostadas condujo a Nicolás hasta la cocina donde encontró a Clara, vestida solo en remera y bombacha, en plena preparación. Se tomó unos segundos para contemplarla mientras ella permanecía ajena a su presencia. Le gustó verla en ese estado de inocencia, su forma de interactuar con

el entorno, su cuerpo, sus movimientos. En cierto momento, la chica percibió que no estaba sola y se sobresaltó.

—¿Otra vez espíandome? —le dijo entre risas y se acercó para besarla—. Ya está todo listo. ¿Me pego una ducha y desayunamos?

Mientras Clara se bañaba, Nicolás fue a cambiarse y luego llevó el desayuno al porche. Apenas salió, su mirada se dirigió automáticamente al lugar donde había creído ver a alguien la noche anterior y negó con la cabeza temiendo por su cordura.

Se sentó en el sillón y la frase que había dicho Clara lo hizo sonreír. Desde su ángulo de visión, el sol todavía no había superado la línea de los árboles y sus rayos se filtraban entre las ramas jugando con las tonalidades de las hojas. Otra vez el amarillo y el marrón preponderaban. Los pájaros habían retomado su rutina diaria de peleas territoriales y búsqueda de alimentos que los convertía en lo único con movimiento en aquella postal que tenía delante. “Sin dudas este es mi lugar preferido del pueblo” - concluyó- y, absorto en sus pensamientos, no oyó que Clara ya estaba a su lado.

—Y...¿no hay nadie hoy?

—Parece que no —contestó, y un poco herido por la pregunta se vio en la necesidad de subir la apuesta—. Podemos seguir donde lo dejamos.

Clara hizo un paneo para comprobar que no había nadie y dejó caer su pollera. Nicolás quedó sorprendido pero esa vez se propuso no mirar más allá de ella, que ya se movía arriba de él. El frío del pelo aún mojado contrastaba con el calor de su cuerpo. Al sentir que llegaba el final, Clara se alejó levemente para poder observar los gestos de éxtasis. Quería quedarse con esa imagen. A último momento, Nicolás abrió los ojos y, por un instante, vio en la mirada de ella su propia fragilidad. Permanecieron abrazados hasta que el entorno volvió a formar parte de su mundo eliminando el desparpajo de la excitación. Se vistieron rápido y comprobaron que los alrededores seguían vacíos, salvo por algunos pájaros que se acercaban con saltos

certeros en busca de algún resto de comida. Se mantuvieron en silencio hasta que Nicolás terminó el primer mate y le pasó el siguiente a Clara.

—Ayer conocí a Octavio —le comentó y percibió un pequeño cambio en el rostro de ella, aunque no supo a qué atribuirlo.

—Ah mirá, ¿dónde?

—En el bar. ¿Anda siempre con dos guardaespaldas? —Clara se rió pero no contestó. Nicolás continuó— Me invitó hoy a una reunión en la casa, con barra libre.

—Sí, hoy hacemos un festejo ahí. Va a estar bueno —A pesar de la frase, Clara lo dijo sin demasiada emoción—. ¿Vas a ir?

—Supongo que sí.

—Si querés, vamos juntos.

—Dale —respondió Nicolás todavía no del todo convencido, aunque le gustó que lo invitara.

Una vez que terminaron de desayunar, levantó los trastos y se fue a lavarlos. Luego de la conversación sobre la fiesta de la noche el clima había quedado enrarecido, pero ya se había acostumbrado a que las cosas fueran así. No terminaba de entender si era el lugar, si era Clara o si todo era parte de su imaginación. En ese momento lamentó no haber puesto algo de música que lo distrajera, que no hiciera tan presente aquel silencio en el que habían quedado envueltos. Fue a alistarse y comprobó que Clara había hecho la cama y ordenado un poco el cuarto. Una vez que estuvo listo, salió y la encontró sentada en el sillón del porche observando el bosque.

Empezaron a caminar pero ya, sin el reparo de la noche y el vino, no se sentían tan especiales. Cuando estaban por llegar a la casa de Clara y sabiendo que podía recibir una despedida fría, no aguantó más y le preguntó:

—¿Estás bien? ¿Te molestó algo?

—No, no pasa nada. Estoy bien. Son días especiales nada más pero me encantó acompañarte a tu casa. Es verdad que no te po-

días ir solo en el estado en el que estabas –contestó, y ambos se rieron como si aquel hiato de silencio no hubiera existido. O queriendo que así fuera. Se despidieron con un abrazo y Clara se quedó observando cómo se alejaba. Después entró a su casa y, una vez que se supo sola, pudo llorar tranquila.

## CAPÍTULO 14

—¿Y...te está gustando vivir por acá? —preguntó Miguel. A su lado, Nicolás parecía hipnotizado por el sol y su ceremonia, y tardó un rato en contestar. Sin embargo, el almacenero se lo tomó con calma y aprovechó esos instantes para beber un sorbo de la cerveza helada que lo acompañaba, ignorando que no era el atardecer lo que ocupaba los pensamientos del otro.

—La verdad que sí, Miguel, y vos tenés mucho que ver en esto. Pero, para ser te franco, me parece que no me queda mucho tiempo.

—¡Qué lástima! ¿Ya estás pensando en irte?

—De a poco va tomando forma la idea.

—Qué querés que te diga, me pone un poco triste aunque te entiendo. ¿Y para dónde vas a ir?

—No sé bien, recién hoy empecé a barajar la posibilidad y tampoco es que tengo demasiado apuro. Pero me parece mejor que lo sepas con tiempo.

—Está bien, por mí no te tenés que hacer problema ¿Clara lo sabe? —Nicolás sonrió. Suponía que todos los que habían estado la noche anterior -y sobre todo Miguel- podrían sospechar de su relación; sin embargo la pregunta directa lo sorprendió.

—No, como te digo, es algo que estuve pensando hoy. —Los dos se quedaron en silencio, con Clara como una presencia más, aunque cada uno suponiendo reacciones diferentes. Nicolás aprovechó aquella distracción para cambiar de tema.

—¿Hoy vas al brindis que organizan en lo de Octavio? —Miguel se quedó helado y todo de otra preocupación desapareció de su mente.

—No, la verdad es que trato de no acercarme a esa gente.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Es algo que viene de hace algunos años –contestó sin muchas ganas de explayarse—. Yo te recomendaría que no fueras.

—No tenía pensado ir. Lo conocí a Octavio ayer en el bar y no me dio una buena impresión. Pero cuando me invitó Clara, un poco me convenció.

—¿Cómo que te invitó ella? –La posición de Miguel cambió como si su cuerpo se hubiera puesto en alerta.

—Sí, me dijo de ir juntos. ¿Por?

—Por nada, no sabía que era tan cercana a Ellos, nomás –quiso restarle importancia a su reacción pero ya era tarde. Terminó su porrón sintiendo los últimos tragos como si contuvieran restos de vidrio que le iban lastimando la garganta, las esquirlas de la comprensión, mientras repasaba actitudes o situaciones que lo deberían haber advertido. Sin embargo, no halló nada concreto y se mantuvo estoico hasta que desapareció el último indicio de sol.

Nicolás acompañó el silencio posterior pensando que se debía al espectáculo de los astros que lo sorprendía una vez más, enmudeciendo cualquier preocupación mundana.

Al bajar, el almacenero, que parecía haber envejecido de repente, anunció que debía irse y se despidió –para sorpresa de Nicolás– con una advertencia: “Cuidate”. Los ojos se le enrojecieron cuando miró por última vez al joven que continuaba completamente indiferente a los sucesos a su alrededor. Después, se subió a la bici y pedaleó a toda velocidad con destino fijo aunque a sabiendas de que el tiempo no era su enemigo. Las cartas ya estaban en juego pero, al menos, necesitaba saber.

Llegó a la terminal y tuvo que esperar hasta que los pasajeros del último micro del día vaciaran el bar. Mientras limpiaba una de las mesas, Clara lo vio parado afuera y, cuando sus miradas se cruzaron, le dio a entender con un gesto que sabía por qué estaba ahí,

que esperara. Miguel se sentó en el mismo banco que había ocupado Nicolás la noche de su llegada y miró con cierta pesadumbre cómo el micro se alejaba. Envidió a los pasajeros que se iban de allí a continuar con sus vidas, olvidando a los pocos kilómetros aquel pueblo y sin siquiera imaginar nada de lo que allí ocurría.

Cuando los dos compañeros de Clara salieron, Miguel se ocultó en la sombra para que no lo vieran. Sabía que a esa altura ya no podía confiar en nadie. El que sí notó su presencia fue el barrendero que, como cada noche, perdía su inútil pelea contra el polvo, y que lo saludó con un movimiento apenas perceptible mezclado con su andar toscó. También el perro, dueño de aquel paraje a esas horas, se acercó a olisquearlo y Miguel, a pesar de la tensión del momento, se tomó un tiempo para acariciarlo con cariño. El animal entendió que aquello iba a ser lo único que iba a conseguir de ese ser que representaba su última oportunidad de comida esa noche, y siguió camino hasta su plataforma preferida donde se acomodó para dormir. Unos segundos después, Clara cerró el bar y se sentó al lado de Miguel. Los dos miraban hacia adelante sin enfocar en nada.

—¿Por qué me ayudaste? —le preguntó Miguel sin ningún preámbulo.

—Porque lo único que ibas a lograr era que te mataran a vos también. Ya te perdonaron que alejaras a tu hijo. Dos veces no te ibas a poder salvar.

—¿Y Nicolás? —Clara pareció quebrarse. Se tomó un tiempo para recomponerse y lograr articular unas palabras:

—Me duele más de lo que creí, pero tiene que ser así.

—No, Clara, no tiene. ¿Cómo terminaste con ellos?

—Es la única esperanza, Miguel.

—Se equivocan y van a seguir matando inocentes.

—Son ellos o nosotros.

Miguel se paró enojado, la miró con desprecio, después con lástima, se subió a la bicicleta y comenzó a alejarse.

—No hagas nada, Migue. No vas a conseguir salvarlo y vas a terminar teniendo problemas –le advirtió la chica en tono de súplica. Pero sabía que a él también lo había perdido.

Miguel pedaleó con todas sus fuerzas en un intento de exorcizar sus demonios. Paseó por las calles del pueblo tratando de comprender en qué momento había perdido el rumbo. Pero lo sabía. Y también entendía que, en algunas cosas, Clara tenía razón.

## CAPÍTULO 15

Nicolás cerró el almacén y se fue para su casa. Sabía que, si iba a ir con Clara, todavía le quedaba un rato hasta que ella terminara su horario, y quería aprovecharlo para prepararse y relajarse. Seguía sin estar convencido de ir y el “Cuidate” de Miguel continuaba dándole vueltas. Encima, en el camino, a lo lejos, le pareció verlo pasar a toda velocidad. Pensó en seguirlo pero el otro desapareció raudamente de su ángulo de visión, y cuando él llegó a la esquina ya no quedaba ningún rastro de su paso.

Lo primero que percibió al abrir la puerta de su casa, como si algunas moléculas lo hubieran estado esperando para definir el destino de la noche, fue el perfume de Clara. Inspiró los últimos restos de aquel aroma hasta que el impulso eléctrico que le causó lo llevó a extrañarla y, por lo tanto, a decidir ir con ella. Sin embargo, el sistema límbico contrarrestó aquella certeza, quizás por protegerlo (y protegerse), o simplemente para no reducir su complejidad a la simple aparición de un olor, recordándole su expedición, desnudo, por la propiedad que iría a visitar esa noche.

Sin terminar de decidirse, se fue a bañar y, al salir del baño, automáticamente, sin que los olores, los recuerdos o los sentimientos pudieran tomar el control de sus elecciones, comenzó a vestirse con sus mejores ropas. Mientras terminaba de alistarse recibió un mensaje de Clara: “Ya cerré. Paso por casa y voy para ahí. ¿Te parece?”. A esa altura, cualquier indicio de duda ya había desaparecido, por lo que contestó que sí. Luego, abrió una cerveza, puso música y se sentó en el sillón del porche a esperar.

La noche estaba fresca pero agradable. Al frente, los árboles se mecían con una suave brisa que cada tanto se envalentonaba y se transformaba en una ráfaga más fuerte. De a poco, el cielo se fue colmando de nubes ligeras que dejaban entrever una luna llena anaranjada. La fauna nocturna había comenzado su sinfonía aunque se la notaba inquieta. Nicolás no podía asegurar qué era, si el ritmo, la estridencia o ambas, pero había algo diferente.

Al rato, bajo una de las farolas de la calle desierta apareció la silueta de Clara. La reconoció inmediatamente por su andar. Incluso, le pareció -a pesar de la lejanía- percibir, otra vez, su perfume. Se levantó y, mientras ella se acercaba, aprovechó para apagar las luces y la música, y cerrar la casa. Cuando terminó, Clara ya estaba entrando en el jardín. La observó recorrer el camino que la llevaba hasta donde estaba él bebiendo los últimos tragos de una cerveza ya tibia y comprendió por qué le gustaba tanto. O, más que comprenderlo, lo confirmó. Tenía puesto un vestido blanco algo anticuado con una campera de jean arriba, y se había pintado sutilmente los ojos y, no tan sutilmente, los labios color carmín, aunque desde su perspectiva y acotado conocimiento de la diversidad de la paleta de colores, lo simplificó a rojo.

—Estás muy linda —dijo a modo de saludo. Clara sonrió y miró, imperceptible e involuntariamente, hacia el sillón transmutándolo en un refugio, la última chance de salvación. Para ambos.

Se dieron un beso breve, recortado con premura por Clara a la que Nicolás notó, al igual que a la fauna de alrededor, inquieta. Dispuesto a no hacerse problemas y con la tranquilidad que le otorgaba la decisión tomada, eligió ignorar aquel destrato y enfocarse en los pequeños disfrutes.

A pesar de la actitud inicial, caminaron tranquilos, en silencio. En varias oportunidades se miraron con ganas de decirse algo que terminaron callando. En parte, por no querer romper aquel silencio que los abrazaba. Por otro lado, para no ahondar la tensión que se respiraba, que se sentía en la presión de los dedos entrecruzados, en las miradas esquivas.

Cuando faltaba poco para llegar a la casa de Los Antiguos se largó una leve llovizna que terminó de darle un tono entre romántico, melancólico y lúgubre a la noche y, sin decirse nada, se detuvieron para besarse y adaptarse a la situación como autómatas que obedecen a su papel dentro de un plan mayor. Aprovecharon ese último instante de resistencia para permanecer abrazados un rato más mientras asimilaban la certeza, ya a esta altura ineludible, de la cercanía del final. Al separarse se dedicaron una sonrisa triste y siguieron su camino.

Al llegar al portón principal, Clara golpeó e intercambió algunos gestos y señas con quien cumplía esa noche el rol de seguridad. Nicolás no llegó a oír la charla pero creyó ver, mientras les abría la puerta, que el hombre tenía un arma en la cintura. El devenido guardián escrutó con recelo al extraño y, luego de una fría bienvenida, los dejó pasar.

Se encontraron ante un largo camino de grava demarcado a los lados por una cadena de árboles dispuestos milimétricamente; sus copas frondosas armaban una especie de túnel natural que impedía el acceso de la llovizna. Unos faroles dispersos proporcionaban una tenue e inconstante iluminación al recorrido y lo dotaban de un aura misteriosa. Al terminar el camino llegaron a una explanada colmada de coches. Nicolás observó con detenimiento la casa que lucía imponente. La galería tenía tres arcos de piedra con techo de tejas. Por el del medio, más grande que los otros dos, se accedía a la puerta principal, con ventanas en sendos costados, cada una rematada por tres luces, una superior y otra a cada lado. En una mesa de jardín ubicada en la galería, dos hombres fumaban. Cuando pasó la pareja, saludaron con afecto a Clara y le dieron la bienvenida a Nicolás. Después de una breve charla, los cuatro ingresaron en la casa y uno de los hombres, con disimulo, cerró la puerta detrás de sí.

Nicolás no notó ningún movimiento extraño. Había quedado decepcionado con la primera impresión. Tras lo imponente del ex-

terior, entraron en un recibidor oscuro que contaba, a un lado, con un reloj de péndulo de pie que permanecía estático y lucía abandonado, y un espejo largo, incómodo. Al otro, un pequeño banco con algunos almohadones dispares y un cuadro genérico con un faro medio derruido en una isla deshabitada. A la derecha, luego de una arcada que daba a una habitación con las luces apagadas, había una escalera de madera que llevaba al piso superior y, a pesar de la oscuridad, se advertía que sus escalones no tenían ningún tipo de mantenimiento ni limpieza.

Siguieron a uno de los hombres que los guió por un pasillo hasta la sala principal. Nicolás comprobó que también estaba bastante despojada. En un sector habían armado una barra con algunas bebidas. Detrás de ella, un gran ventanal daba hacia el jardín trasero donde pudo ver cómo la lluvia ya era bastante copiosa, y unos resplandores en el cielo lejano indicaban que lo sería aún más. En el centro, había cuatro filas de sillas, todas de diferentes diseños, ubicadas como si fuera un auditorio. En el espacio que hacía de escenario, Octavio –con una vestimenta que desentonaba con su apariencia y que lo acercaba más a un disfraz que a un atuendo ceremonial, conformada por un traje similar a un tapiz, adornado con plumas en los brazos; en el torso, arreglos que simulaban ojos de diferentes tamaños, y varios collares entre los que se destacaba un atrapasueños– le hablaba al resto. Estaba parado en el centro con los brazos abiertos, para ampliar el efecto de las plumas, y con los ojos entrecerrados. Una vela hacía que su figura se reflejara en una de las paredes con un movimiento que mutaba entre lo animal y lo espectral.

Los recién llegados se sentaron en la última fila, en los pocos lugares que quedaban vacíos. Nicolás primero hizo un paneo y reconoció varios rostros. En la primera fila encontró al que lo había frenado en su excursión desnudo. Unos lugares a su derecha, estaba Carlos. En la segunda fila vio a Facundo y al otro muchacho que trabajaba con Clara. Todos permanecían con los ojos cerrados

escuchando a Octavio que hablaba en un tono neutro, pausado. Recién entonces reparó en que la iluminación también era baja y supuso que se trataba de una especie de meditación. Miró hacia la barra deseando haber agarrado una cerveza de pasada. De repente las palabras de Octavio le llamaron la atención:

—Lo que necesitamos es conectarnos con el todo. Y esto se hace a través de pensamientos positivos. Todos nosotros estamos formados por átomos, incluso se podría decir que somos una especie de proyección, un holograma. Lo que tenemos que hacer es que en nuestra vibración, en nuestra frecuencia, prepondere la carga positiva. El universo no comprende la negación. Solo escucha las afirmaciones y con eso se va transformando; y nosotros, y nuestro entorno también.

Entre cada sentencia, Octavio hacía una pausa en la que se oía cómo todos respiraban al unísono. Nicolás se acercó disimuladamente a Clara y le consultó por lo bajo con una media sonrisa:

—¿Esto es real?

Clara le devolvió una mirada dura y Nicolás volvió a reconocerse frágil. Esa falta de complicidad lo hizo sentirse solo y deseó no haber aceptado la invitación. Se imaginó feliz en una realidad paralela en la que se había quedado sentado en el sillón del porche o viajando en un micro sin destino. “Extrañarla era mejor que esto”, pensó. Durante lo que restaba de la meditación, se perdió en sus pensamientos mientras miraba caer la lluvia, hasta que un cambio de luz, que daba por finalizada la actividad, lo devolvió a la realidad.

Lentamente los participantes fueron abriendo los ojos y se acercaron a Octavio, de a uno, para estrecharle la mano en agradecimiento. Después, en el mismo orden, fueron hacia la barra a servirse un trago, excepto uno que abrió el ventanal, observó la lluvia unos segundos, se desnudó y corrió al centro del jardín donde se paró con los brazos abiertos a recibir el agua que a esa altura ya caía en torrentes. Volvió al rato, tiritando de frío, repitiendo ante

la mirada atenta de Octavio –que Nicolás juzgó como incrédula– que lo necesitaba y que el agua pura lo limpiaba de todo.

Clara, ya sin violencia en sus ojos, le comentó que ese era Félix, uno de los últimos que se había unido a Los Antiguos. Al hombre aún desnudo le acercaron unas toallas y su ropa. Luego de secarse y vestirse, se sentó en una de las sillas y se quedó ahí solo con cara de falsa paz, más cercana al desamparo, al desborde, que a una sensación de bienestar.

Nicolás aprovechó el desconcierto general para acercarse a la barra y hacerse de una cerveza fría. Después de la mirada de Clara de un rato antes, y a pesar del acercamiento posterior, se sentía fuera de lugar y utilizó aquel vaso como coartada, una excusa que validara su presencia, que le diera un propósito en aquella habitación. El primer trago le sentó bien. A su lado, Clara iba saludando a todos con un pequeño abrazo y unas palabras susurradas, y luego se los presentaba. Fue reconociendo más caras, del almacén, del bar, de su travesía. Facundo fue uno de los últimos en saludarlo y quiso, con un apretón de manos desmesurado, marcar cierta territorialidad que a Nicolás le dio entre ternura y una muestra de que vivía en otra época.

Por último se acercó Octavio que, luego del suceso del baño de lluvia, había desaparecido por un pasillo y había vuelto vestido con una túnica blanca que se acercaba más a la vestimenta del resto. Antes de saludarlo, le dijo algo al oído a Clara que se fue por el mismo pasillo por el que él había llegado, acompañada por Félix y uno de los que parecían oficiar de seguridad. Nicolás los siguió con la mirada hasta que desaparecieron. En ese momento fue interrumpido por el anfitrión.

—Me alegra que hayas venido.

Nicolás tardó en caer en que le estaban hablando a él.

—Gracias por la invitación. Muy linda la casa.

—Gracias. La estamos poniendo en condiciones después de varios años de abandono. ¿Te gustó la meditación?

La pregunta directa lo tomó desprevenido por lo que le costó hilvanar una idea que no se acercara a la realidad.

—Llegamos casi para el final, no pude escuchar mucho.

—Te cuesta creer, ¿no?

—Sí, un poco.

—Igual, no te diste cuenta pero en un momento conectaste y perdiste noción del tiempo mientras mirabas la lluvia. Es un buen comienzo —Al muchacho le sorprendió que en aquella especie de trance en el que parecía estar cuando dirigía la meditación, Octavio lo hubiese estado observando.

—Parece que no soy el único —contestó señalando hacia el ventanal que luego del suceso permanecía abierto. Afuera, la lluvia caía incesante. Algunos relámpagos acompañaban el cariz que había tomado la charla.

—A veces, buscar la salvación lo acerca a uno a la locura. El límite es muy sutil. Pero vale la pena el riesgo.

—¿Y hay forma de darse cuenta de qué lado cayó uno?

—Mmm...Es interesante la pregunta. Creo que, en parte, solo lo sabe cada uno. A vos, quizás, lo que hizo Félix te pareció una pava. A mí puede que también. Pero a él le hizo bien. O, al menos, eso cree. ¿Vos no te metiste a nadar desnudo en una laguna? ¿No te bajaste de un micro porque pensabas que el pueblo te llamaba?

La mención del episodio de su llegada le dolió y lo hizo comprender que Octavio estaba al tanto de todo, más de lo que él creía. Y también que la conexión de Clara con aquella casa, con aquella gente, era más profunda de lo que suponía.

—No es tan así aunque algo de eso hay. Pero, ¿qué tiene que ver todo eso con la búsqueda de Los Antiguos?

—Más de lo que pensás. Nosotros necesitamos que cada miembro esté bien, en todos los aspectos, para lograr que el conjunto también lo esté. Un eslabón débil solo permite que el equilibrio pueda romperse.

—¿Y qué se hace con el eslabón débil si no mejora?

—Lo que haga falta —contestó Octavio y, en ese momento, alguien lo llamó. Se disculpó y volvió a desaparecer por el pasillo. Nicolás buscó a Clara, que todavía no había regresado; entonces se asomó a la galería interna para buscar un poco de soledad.

La última frase de Octavio empezó a resonarle como la de Carlos aquella primera noche en el bar, a tal punto que temió perder el equilibrio. Imitando con cierto reparo a Félix, se acercó hasta el límite de la galería donde unas gotas sueltas que rebotaban contra la pared le cayeron en la cara y lo mantuvieron en pie.

En el patio vacío y oscuro, una luz a su derecha le llamó la atención y, al mirar, se encontró con una ventana que daba a una habitación. En ella había cuatro personas: dos estaban arrodilladas (o eso creyó, por la altura) y las otras dos estaban a sus espaldas haciendo una imposición de manos sobre sus cabezas. Todos tenían los ojos cerrados y, por el movimiento de sus labios, parecían repetir la misma frase. Nicolás atinó a acercarse y, de a poco, fue descubriendo que conocía a tres de aquellas figuras: las dos más bajas eran Félix y Clara. Uno de los que estaba parado era Octavio. El otro era un señor mayor al que no había visto nunca. Tenía el pelo largo de un tono similar al de Octavio, por lo que supuso que era su padre, el dueño de casa, el escultor. Tenía una cara angulosa repleta de arrugas profundas que denotaban su edad y que se movían al compás de sus palabras, todavía inaudibles para Nicolás.

Como si nuevamente hubiese aparecido aquella atracción que lo había llevado a nadar hacia la casa, se vio impedido de frenar el movimiento que lo acercaba a la ventana, a pesar de que algo en su interior le anunciaba un peligro inminente. Pero sus sentidos permanecían adormecidos, sin poder salir del embotamiento que lo embargaba desde la frase de Octavio, por lo que escuchaba y veía todo como si fuese parte de un sueño o una alucinación.

Al acercarse un poco más, distinguió otra figura hasta ese momento invisible para él. Se diferenciaba de las demás por ser la única vestida de negro, lo que había hecho que pasara inadver-

tida. Al reconocerla, se quedó sin aire y ese cambio en su ritmo respiratorio pareció suficiente para modificar las partículas, el entorno, y, como si hubiese algún tipo de conexión entre ellos, delatar su presencia.

En ese preciso instante, la figura abrió sus ojos y sin ningún tipo de vacilación ni duda dirigió su mirada inquisidora a Nicolás que reconoció en la misma algún atisbo, cierta semejanza, con la que lo había asustado en Clara esa mañana. Y esa casualidad (o certeza), sumada a la escena que tenía delante y a la frase de Octavio que seguía dándole vueltas, lo llevaron a perder el último resto de estabilidad que le quedaba, su respiración se descontroló y, finalmente, se desmayó.

## CAPÍTULO 16

Miguel vagó por el pueblo sin un rumbo claro. Iba a toda velocidad, tratando que el movimiento, exagerado para su andar normal, lo ayudara a ordenar sus pensamientos. Suponía (o al menos necesitaba creer en eso) que en cierto pedaleo, la fuerza ejercida haría que la sangre fluyera de la manera correcta y sus neuronas le darían una respuesta clara y contundente. Sin embargo, a pesar de su repentina fe, lo más cerca que estuvo de una señal fue una visión de salvación, casi un ruego, que tuvo en los pocos segundos que duró su vuelo al agarrar un pozo a esa velocidad y perder el control del vehículo.

Luego de la caída estrepitosa se tomó unos segundos para cerciorarse de que seguía vivo. Se quedó recostado recuperando el ritmo respiratorio y observando el cielo completamente encapotado. Acarició el suelo como última prueba de que no se había ido a un plano etéreo. Una vez que bajó la adrenalina, un fuerte dolor le apareció en el hombro derecho; al examinarlo comprobó que era solo a causa del impacto que había sido atenuado por los pastizales en los que había aterrizado. No parecía tener ningún hueso roto.

Se levantó aparatosamente y notó que su pierna derecha también estaba dolorida. Caminó renqueando hasta la bicicleta y confirmó que esta se había llevado la peor parte. La rueda de adelante estaba pinchada y completamente doblada y la herradura del freno delantero permanecía unida a la bicicleta solo por el cable. Maldijo su mala suerte aunque en el fondo sabía que había estado de su lado y se alegró de que no hubiera testigos.

Una vez que se resignó a que no le quedaba otra opción, y a pesar de que sabía que, si quería hacer algo, el tiempo corría, empezó a caminar hacia su casa arrastrando la bicicleta a su lado. En cada movimiento que hacía reparaba en un nuevo dolor y eso iba mermando sus ansias liberadoras.

Lo primero que hizo al llegar a su casa fue servirse un whisky. Lo tomó de un trago y se tiró en el sillón para recuperar fuerzas. Cuando iba a servirse el segundo, optó por tomar directamente de la botella y descargó su ira lanzando el vaso contra una pared. Ese movimiento le recordó el dolor en su brazo. Entonces, se recostó para tranquilizarse. El efecto del alcohol junto con el cansancio y los dolores hicieron que se dormitara unos segundos y en esa nebulosa se le mezclaron los mundos. De repente vio a su hijo metido en la casa de Los Antiguos acechado por una figura extraña. Lo sintió sufrir y eso lo despabiló. Se levantó confundido temiendo haber dormido demasiado. Por los resquicios de la persiana comprobó que todavía era de noche. Notó un aire diferente, una calma exasperante, aunque sabía que posiblemente fuera su percepción nomás. Pero algo raro había.

Miró la hora. Todavía no era tan tarde; hizo un llamado para calmarse y asegurarse de que había sido solo un sueño.

—Hola, pa, ¿todo bien? —recibió un saludo extrañado del otro lado. En ese momento respiró aliviado.

—Sí, Tomy, quería saber cómo estabas nada más.

—Bien, pa, pero me preocupé cuando vi tu llamado. ¿Seguro que todo bien?

—Sí, todo tranquilo. Disculpá si te asusté. Me quedé medio dormido y no me di cuenta de la hora. Hablamos otro día, mejor —Miguel notó cómo su hijo trataba de dilucidar cuánto de cierto había en sus palabras. Suponía que ya no había forma de dejarlo del todo tranquilo después del llamado intempestivo. Aguzó el oído y percibió los sonidos de la vida normal, lejana, y se alegró de haberlo instado a abandonar aquel lugar. Estuvo a punto de de-

círselo pero sabía que solo lo preocuparía aún más. Se despidió y cortó la comunicación. Antes de dejar el celular, amplió la foto de perfil de su hijo. Era un primer plano en el que estaba sonriendo. Él también sonrió. Le dio un trago más al whisky para juntar valor, agarró el arma que había guardado desde el día de la llegada de Nicolás y salió de su casa.

La lluvia que se avecinaba se olía en el aire, se sentía en la atmósfera cargada. Se dirigió por las calles que sabía menos transitadas hacia la casa que le había prestado a su joven empleado. A pesar de sus preocupaciones –o tal vez debido a ellas y también al efecto del whisky– no pudo evitar, con un dejo de melancolía, reparar en ciertos detalles del pueblo que lo seguían cautivando como si los viera por primera vez.

Las calles estaban vacías y en silencio, parecían expectantes de los sucesos por venir. Eso lo llevó a recordar lo que había ocurrido una noche como aquella cien años atrás y supuso cierta similitud. En el silencio, en la certeza de los involucrados de que, pasara lo que pasase, ya nada sería igual.

Al llegar a la casa la encontró apagada y su última esperanza de que Nicolás se hubiera quedado se esfumó. Una lata de cerveza en la mesa del porche le confirió cierta familiaridad y pudo imaginarlo sentado ahí, disfrutando de la noche, ignorando las fuerzas que lo orbitaban, el protagonismo involuntario al que una serie de casualidades –incluyendo su arreglo laboral– lo había conducido.

Por las dudas, golpeó la puerta y esperó un rato mientras inventaba un justificativo para su aparición a esas horas. Pero nadie contestó. Recorrió los alrededores de la casa y notó que Nicolás había cumplido su parte del trato. El jardín estaba impecable, mucho mejor de lo que esperaba. Lo invadió una sensación de culpa y necesitó alejarse de la propiedad a la que de repente sintió ajena.

En ese momento empezaron a caer las primeras gotas de la lluvia prometida, por lo que apuró el paso. Mientras se acercaba a su destino, la certeza se le volvía cada vez más esquiva y los pasos a

seguir menos claros. También, a medida que bajaban la adrenalina y el efecto del alcohol, el dolor en el hombro volvía a hacerse demasiado presente.

Llegó con lo último de sus fuerzas a la puerta de la casa. La lluvia ya había dejado huella en su ropa, que todavía conservaba la marca del golpe, y sus movimientos estaban signados por el umbral del dolor que hacía que su andar fuera extraño.

El que estaba a cargo de la seguridad de la entrada, al verlo llegar así y sin poder reconocerlo todavía entre la oscuridad y la lluvia, temió que el ritual hubiese arrancado y que de alguna manera inexplicable —ya que él no estaba del todo convencido de los poderes que detentaban los líderes— hubiese convocado algún ser extraordinario. Recién cuando vio que se paraba delante de la puerta e intentaba abrirla, distinguió las facciones del almacenero. Por su parte, Miguel, abatido y agotado, se quedó observando aquel muro infranqueable, sobre todo en su estado, y cayó en la cuenta de lo disparatado de su plan, si se lo podía llamar así.

—Eh, Migue, ¿qué hacés acá? —preguntó el guardia al verlo parado mirando fijamente la puerta, sin siquiera osar abrirla. Miguel no pudo darle un rostro a aquella voz que le sonaba familiar y escrutó hacia el lugar de donde había salido, en busca de algún dato que lo ayudara a conectarla con alguno de los que desfilaban por su cabeza. En ese momento, la puerta comenzó a abrirse y el viejo almacenero volvió a imaginar su plan de rescate e incluso atinó a manotear el arma. Como un resplandor, su propia imagen entrando a hurtadillas, rescatando a Nicolás y huyendo a los tiros le pasó como si fuese una película. Se imaginó certero, heroico. Sin embargo, al ver que el que salía —el dueño de aquella voz— era uno de los pocos policías del pueblo, frenó en seco y comprendió lo estéril de su empresa. ¿Qué iba a hacer? ¿Enfrentarse contra todos? Él sabía más o menos quiénes estaban dentro y había de todo: policías, políticos y algunos de los que tenían algún tipo de poder en la zona. ¿Y qué venía después? ¿La cárcel? ¿El destierro? ¿Había alguna posibilidad de que saliera

indemne? Sabía que no, así como que hacerlo sería lo correcto, que lo que se estaba perpetrando detrás de aquella cerca era un error, el manotazo de ahogado de un grupo que no quería perder su lugar, tanto en el mundo real como en el creado por los hombres. Estaba seguro de que la desaparición del pueblo les dolía menos que la de su posición en él; pero se embanderaban detrás de aquella lucha para procurar darle un sentido común, limpiar sus conciencias pregonando la búsqueda de un bien mayor sin importarles los daños —que consideraban, en su mayoría, colaterales, un sacrificio necesario—. Y el libro les había dado la excusa perfecta.

Como Miguel seguía en silencio y lo miraba sin ver, el guardia salió y le preguntó:

—¿Estás bien, Migue? —El visitante, aún con sus sentidos anestetizados, en un instante de lucidez reparó en su estado y halló en él una explicación valedera.

—Hola, Manu. Sí, estoy bien. Es que choqué con la bici y decidí volver caminando, pero necesitaría un poco de agua.

—Uh, sí, vení, pasá. —El guardia lo dejó entrar y luego lo guió hasta una estructura que funcionaba como garita. Cuando el policía se adelantó, Miguel experimentó el vértigo del segundo antes de saltar, quizás su última oportunidad. Sin embargo, al palparse el arma y vislumbrar los pasos a seguir (¿Un tiro en la nuca a traición? ¿Podría luego vivir con eso? ¿O debía atarlo y colarse en la casa sin saber con exactitud cuántos más había y a qué estaban dispuestos?), la dejó apagarse.

En el trayecto a la garita, observó el camino que lo llevaría hacia la casa, aunque ya sin esperanzas ni fuerzas. Al entrar en el pequeño recinto del policía se encontró con dos monitores que mostraban las cámaras de seguridad y supuso que Manuel lo había visto dudar en la entrada. Al lado, había una televisión a un volumen bajo, con una película doblada.

El guardia fue hasta el dispenser y, mientras le servía un vaso de agua, le señaló la puerta del baño. Miguel se encerró y se enjuagó los restos del golpe, frotándose los ojos con fuerza, como si con

eso pudiera aclarar sus pensamientos. Luego se hizo un buche para ocultar mínimamente el olor a alcohol. Al salir, Manuel le ofreció el vaso y Miguel lo engulló sin respiro, al mismo tiempo que se sentaba derrotado y agotado en una silla.

—¿Estás mejor?

—Sí, gracias, Manu. —Miguel se detuvo de nuevo en los monitores. Las imágenes iban cambiando cada cierto tiempo. Las cámaras cubrían no solo el exterior de la valla, sino también los alrededores de la casa. Ahí pudo ver la cantidad de autos estacionados. En el escritorio, había un listado que, supuso, sería de los que tenían acceso aquella noche.

—¡Cuánta seguridad para un lugar donde no pasa nada...! —comentó entre sorprendido e inquisidor. El guardia sonrió y midió sus palabras.

—Es verdad pero cada tanto alguno se quiere meter. El otro día, sin ir más lejos, uno quiso colarse por la laguna.

En ese momento, se abrió la puerta y entró Juan, ataviado con su túnica blanca. Miguel notó un cambio sutil en el ambiente, un aire más denso. Miró a Manuel que bajó la vista, culposo.

—Manu, andá a hacer una ronda y danos un rato acá —dijo el dueño de la casa con un tono amable pero firme. El guardia prendió una linterna, se puso una gorra y, luego de un último cruce de miradas con Miguel, se fue.

Juan sirvió dos vasos de agua, acercó otra silla y se sentó frente al almacenero. Bebió un sorbo y se quedó observando el líquido en el interior del vaso.

—Me vendría bien un whisky en este momento, pero es lo que hay —se tomó de un saque lo que restaba en el vaso, como si fuera la bebida deseada y continuó—: ¿Qué hacés por acá, Miguel?

—Estaba dando una vuelta con la bici y...—Juan levantó la mano y lo interrumpió.

—Si me vas a mentir, terminemos esta charla acá —Miguel mantuvo la mirada sobre su interlocutor que ni se inmutó. Luego, asintió con la cabeza y decidió ir con la verdad.

—Vine a buscar a Nicolás.

—¿Por qué?

—Porque sé lo que les hacen a los extraños –esta vez fue Juan el que dejó que el silencio se instalara mientras giraba en el vaso el resto del agua que le quedaba.

—Realmente me vendría bien un whisky para esta charla, ¿vos querés? –Miguel negó con un gesto austero. Juan, sin importarle la respuesta, tomó su celular e hizo un llamado. Del otro lado contestaron al instante. Sin mediar saludo, requirió con autoridad– Necesitaría que me acercaran a la garita de seguridad la botella de whisky que está en mi escritorio, dos vasos y un poco de hielo. Ah...que me lo traiga Clara. –Cortó sin esperar respuesta y lo miró a Miguel convencido de que el nombre haría mella. Unos minutos después, Miguel miró por la ventana que daba al largo camino y creyó percibir en la lejanía la figura de la chica que se acercaba. Ambos permanecieron callados, reordenando sus ideas y a la espera de la llegada de Clara. Juan por el whisky y por el golpe que le significaría al otro; Miguel, queriendo que ella supiera que no se había quedado de brazos cruzados.

Al ingresar, Clara se quedó congelada mirando al intruso y no pudo evitar que se le escapara una pregunta.

—¿Qué hacés acá?

Miguel le devolvió una mirada dura y no llegó a responder. Fue Juan el que habló ya conforme con su jugada.

—Servime un vaso y otro para mi invitado, y volvé a la casa.

Clara cumplió el encargo diligente, en silencio y sin poder evitar un cruce de miradas con Miguel que seguía observándola con tristeza. Antes de irse, se miraron por última vez y la chica buscó disculparse con un gesto casi imperceptible. Pensó en pedirle a Juan que no le hiciera nada, sin embargo ya sabía que eso estaba fuera de su control y que solo le estaría demostrando al líder una debilidad que no le gustaría. Una vez que se fue, Juan hizo el mismo movimiento que había hecho con el vaso de agua y se tomó la

bebida de un trago. Cerró los ojos mientras su córtex reaccionaba a las señales que emitían sus papilas y se predisponía a la charla por delante. Volvió en sí, como si se hubiera tratado de un trance, y, antes de hablar, se sirvió una nueva medida:

—Es una buena chica...

—Yo pensaba lo mismo –contestó Miguel y atinó a asir el vaso pero se contuvo.

—No te enojés con ella, solamente entendió que necesitábamos hacer algo, que esto no podía seguir así.

—¿Qué es lo que no puede seguir así? Este era un pueblo tranquilo y, todavía, afuera de este vallado lo sigue siendo...

—¿Y cuánto tenemos que ver nosotros en eso? –Miguel iba a empezar a contestar pero Juan no lo permitió– Miguel, lo estábamos perdiendo. Otra vez. Y no podíamos dejar que nos pasara de nuevo. Para algo tiene que servir la historia...

—¿Y por eso van a matar a cualquier extraño que venga?

—Estás mezclando las cosas. Pero sí, vamos a hacer lo que sea necesario. Sabemos que en algún momento pueden venir por nosotros y es mejor prevenir.

—Suena paranoico.

—Puede ser, pero en esta misma casa ya pasó. Mañana celebramos eso, ¿no? Y vas a bailar, a sentir orgullo.

—No sé si orgullo es la palabra, solo es parte de nuestra historia. No podemos hacer nada por cambiarla. Y, en última instancia, eran otros tiempos y podría decirse que lo hicieron por una causa noble.

—Y los que quieran sacarnos van a decir, y sobre todo a creer, que lo hacen con la misma motivación. O esa va a ser su explicación. Y nosotros, también –Juan volvió a vaciar su vaso antes de seguir con su idea–. Mirá, si nos vamos a lo que pasó hace cien años, ¿De qué lado creés que estarías vos y de qué lado nosotros? Los dos queremos lo mismo: que el pueblo no desaparezca, que siga vivo. Nos gustaría –incluso– recuperar la gloria de años atrás.

Pero tu solución, si es que se la puede llamar así, se limita a darles trabajo a los turistas y dejar que la vida fluya sin comprometerte y, sobre todo, sin ensuciarte. Nosotros, en cambio, elegimos actuar, y lo estamos haciendo para que, aunque no recuperemos los años dorados, al menos nadie se vaya a quedar con lo que le corresponde a nuestra sangre.

—Te estás volviendo loco.

—Puede ser, aunque muchas veces en la historia llamaron locos a los que veían un poco más allá.

—No me vengas con esa mierda mística —Juan sonrió ante el exabrupto del otro, y eso lo hizo sentirse más tranquilo, en total control de la situación.

—Todos necesitamos creer en algo, Migue. Lo único que hacemos es encaminar esa creencia hacia un objetivo que nos sirviera, tanto a nosotros como al pueblo.

—¿Y todo esto basado en unos párrafos sacados de contexto? —la postura de Juan cambió. Por primera vez en la charla se lo notó incómodo y su cuerpo se acomodó al tono intimidatorio que comenzó a usar.

—¿Leíste El Libro? No deberías haber tenido acceso a él.

—Juan, son solo palabras, una historia romantizada por el paso del tiempo. No podés basar toda esta locura en eso —El dueño de casa se acomodó en su asiento y bebió un buen trago.

—No tenés idea de lo que hablás. Tu hijo no llegó a ver nada de lo que hay detrás de todo esto. Por eso se fue. Esas palabras son la puerta de entrada nomás. Y en el medio descubrimos cosas que no podrías ni imaginar, dentro de esa “mierda mística”.

—¿De qué hablás? —en ese momento, Miguel advirtió un sutil cambio en la atmósfera de la habitación que pareció modificarse cuando Juan recuperó el control de la charla. Giró bruscamente convencido de que a su espalda había algo o alguien pero no halló nada. Al volver a mirar, Juan sonreía como si supiera lo que había pasado.

—Mmm...Para conocerlo tendrías que convertirte en uno de nosotros y no creo que esté en tus planes.

—Creés muy bien. Prefiero seguir intentando rescatar a los que caen buscando una especie de salvación.

—Migue, para que quede claro. Tu hijo no se escapó. Dejamos que se fuera. Y, en parte, lo dejamos porque nosotros te respetamos y tratamos de no meternos con los nuestros. Desde el principio sabíamos que él no encajaba, que su búsqueda iba por otro lado. Pero también sabemos dónde vive. Y él sabe que, por su bien y el tuyo, no tiene que contar nada de lo que vivió con nosotros —Juan hizo un silencio para que las últimas palabras calaran en el otro—. Bueno, creo que ya fue suficiente. Tampoco quiero ni tengo que convencerte de nada. Te di estas explicaciones por nuestro pasado en común y para que no hagas ninguna estupidez que nos obligue a hacer lo que no queremos. Aunque no seas uno de nosotros, sos parte de la comunidad. Incluso, sin querer, varias veces nos ayudaste. Así que andá, festejá el aniversario del pueblo y seguí con tu vida. Y no vuelvas a entrar a nuestra propiedad. No vamos a ser tan amables siempre.

—También podría matarte ahora y terminar con todo esto — Juan no pudo evitar una carcajada.

—No creo que tengas los huevos. Pero con eso solo agrandarías mi imagen, me harías inmortal. Y le darías un propósito mayor a nuestra causa. Pensalo. Matándome, te estarías matando —Juan se paró y con un gesto llamó a Manuel— Bueno, hermosa charla, pero tengo que ir a prepararme. Mañana es un día importante para todos. Manu, acompaña lo a Migue que ya se va.

Los tres salieron de la garita. Miguel sabía que esa sería su última oportunidad de hacer algo. Y también a esa altura ya tenía claro que no lo iba a hacer. Cuando oyó que la puerta se cerraba a su espalda y al fin se quedó solo, le cayó el cansancio del día junto a los últimos estertores del golpe que se negaba a que lo olvidara y que le confirmaba que, a pesar de todo, seguía vivo. La lluvia se había

convertido en una cortina que hacía que su silueta se perdiera, se confundiera con los árboles, el camino. Dejó que el agua lo limpiara sin buscar ningún tipo de reparo. Completamente empapado llegó a la casa de Diana. Tocó timbre, sin conciencia del horario y se quedó esperando bajo la lluvia. La mujer, medio asustada, espía por la cortina antes de abrir y se asustó más al ver las condiciones de su amante. Abrió como pudo la puerta y lo hizo pasar.

—¿Qué te pasó, Migue?

—Nada, choqué con la bici. Pero estoy bien.

—¿Qué hacías en bici con esta lluvia? Andá a darte una ducha que te hago un té.

Miguel no respondió y se fue para el baño. Al sacarse la ropa revivió el dolor en el hombro y vio la marca que le había dejado el golpe. Sin embargo, una vez que se metió bajo el agua caliente, la noche pasada le pareció lejana, como un mal sueño.

Al salir del baño, Diana lo esperaba con el té prometido. Su cara conservaba un gesto de preocupación que Miguel buscó apaciguar con un beso cariñoso. Bebió un par de sorbos y se fueron a la cama. Miguel se recostó sobre el pecho de la mujer, que le acariciaba el pelo en silencio.

—¿Cuándo se fue todo a la mierda? –dijo y se quedó dormido.

## CAPÍTULO 17

Nicolás se levantó desorientado. La habitación en la que se encontraba no le resultaba conocida y un fuerte dolor en la cabeza no lo ayudaba a discernir los objetos a su alrededor, a encontrar algún indicio de familiaridad. Tardó unos segundos en acostumbrarse a la claridad y cuando, instintivamente, quiso frotarse los ojos reparó en que su brazo derecho estaba esposado a la cama. Una sensación de pánico invadió todo su cuerpo y se acrecentó cuando retazos de la noche anterior comenzaron a desfilar en su cabeza, aunque formaban parte de una nebulosa y no terminaba de entender qué era real y qué no. Concentró todas sus fuerzas en su brazo y tiró buscando soltarlo, pero fue en vano. La cama, una estructura de acero de las que se usan en los hospitales, estaba preparada para esos embates. Gritó a sabiendas de que nadie iría a ayudarlo, pero necesitaba descargar su terror que se hacía más presente en sus ojos desbordados.

Gritó, lloró y tiró del brazo hasta que el dolor de la esposa rasgando su piel se le hizo insoportable y comprendió que las posibilidades de escapar de esa manera eran nulas. Se concentró en los sonidos cercanos pero la casa parecía en silencio. Por la ventana ubicada a su izquierda comprobó que la lluvia había parado y que, incluso, el cielo se veía despejado. Parecía un día hermoso.

De repente, el ruido de la puerta hizo que se pegara al respaldo de la cama, como si con eso lograra defenderse de un posible ataque que, en el tiempo en que terminó de abrirse y reconocía el rostro del visitante, imaginó de diferentes tipos de agresores entre los que predominaba La Aparición. Y eso lo llevó a la última imagen

de la noche en que la había visto en esa especie de ritual. Pero todo le parecía demasiado confuso, irreal.

Deseaba que su visita fuera Clara, que llegara a darle una explicación simple, que volviera a poner al mundo en su eje y lo rescatara, pero el que apareció con una risa mordaz fue Facundo, quien no respondió a ninguna de sus preguntas. Solo dejó una bandeja con un café, un vaso de agua y unas medialunas. Antes de abandonar la habitación, lo miró y estuvo a punto de decirle algo, sin embargo se contuvo. Sonrió y cerró la puerta, mientras Nicolás lo insultaba, le exigía que lo soltara y lo amenazaba con futuras represalias. No obtuvo ningún tipo de reacción y volvió a quedarse solo. El único sonido que escuchaba era el de su respiración entrecortada por el llanto desesperado. Forcejeó varias veces para liberar su brazo pero solo logró que el dolor se acentuara. Cuando se tranquilizó, observó la bandeja que le habían dejado y pensó en patearla, con la esperanza de que alguien fuera a ver qué pasaba y le diera una respuesta. A pesar de que tenía el estómago cerrado, se sintió sediento y se tomó el vaso de agua antes de lanzarlo contra la ventana que, con el golpe, se hizo añicos. Casi al instante, apareció Facundo pero esta vez con un gesto adusto.

—¿Qué mierda hiciste, la concha de tu madre? —gritó y se fue. Nicolás, al ver la puerta entreabierta, se ilusionó con la posibilidad de un escape. Sin embargo, estaba el detalle de las esposas. Estudió la habitación en busca de algo que lo ayudara, pero el único cambio, desde que había hecho lo mismo ¿minutos? ¿horas? antes, eran los trozos de vidrio en el piso. Supo que debía conseguir uno, al menos para tener algo con que defenderse, aunque su radio de acción estaba bastante limitado y que no contaba con demasiado tiempo. Se recostó en forma perpendicular en la cama y estiró el brazo y la pierna izquierda para ampliar su rango. Tras varios intentos, logró que su pie se posara sobre uno de los pedazos más grandes. Comenzó a arrastrarlo y, en ese momento, escuchó los pasos de alguien que se acercaba por el pasillo. De una patada, le

dio un empujón al vidrio y pudo tomarlo con su brazo libre. Con un movimiento rápido se volvió a meter en la cama mientras se aferraba a su nueva arma y esperaba la llegada de su cuidador. Pero todos sus cálculos de posibilidades y capacidad de asesino cambiaron cuando la que apareció fue Clara.

Sus ansias de libertad fueron cercenadas por la necesidad de una explicación válida. O mejor aún, por un plan de salvación en conjunto. Sin embargo, había algo en el halo que envolvía los movimientos de la chica que le decía que nada de eso iba a pasar. Además, al verla con el uniforme blanco que usaba el resto, ya no le pareció tan especial. Había perdido su singularidad, su chispa.

Clara cerró la puerta y se quedaron solos. El aire en la habitación se volvió espeso. Ella, ignorando una vez más el entorno y las expectativas del otro, se dirigió hacia los restos de vidrio y comenzó a barrerlos. Nicolás la observaba incrédulo por su actitud.

—¿No me vas a decir nada?

Solo entonces Clara pareció comprender la situación y, por un segundo, apareció un resto de humanidad en sus ojos, una mezcla de tristeza y compasión que luego volvió a convertirse en una mirada vacía.

—No lo entenderías –contestó fría.

A Nicolás la habitación se le tiñó de rojo. La sangre dejó de vagar por su cuerpo indiferente y bulló hacia la cabeza nublándole la visión.

Su mano izquierda, en la que ocultaba el vidrio, se cerró involuntaria hasta hacer un pequeño tajo por donde brotó, como si quisiera escapar, un chorro rojo que él no vio pero cuyo calor pudo sentir. Creció en su interior el deseo de matarla, de terminar con todo aquello; sin embargo Clara estaba fuera de su alcance. Y, a pesar de todo, dudaba de poder hacerlo. Resignado pregunto:

—¿Me van a matar?

—Te vamos a ayudar a trascender. Y con eso, lo haremos nosotros también.

—¿Qué son estas boludeces que decís, Clara? Te lavaron la cabeza.

—Me la abrieron. Ahora me tengo que ir.

—¿Siempre supiste que iba a ser así? —gritó Nicolás antes de que la chica saliera. La pregunta logró una transfiguración en el rostro impertérrito, una pequeña brecha en las convicciones. Clara, de espalda, bajó la cabeza, inspiró profundamente y volvió a centrarse en su objetivo. Pensó en irse así sin más, pero sabía que, al menos, merecía una respuesta. Giró y lo miró con ternura.

—Sí, Nico, pero no es personal. Hay algo mucho más grande detrás. Si te sirve de consuelo, quiero que sepas que lo nuestro existió, fue real. Es más, quizás todo sería más fácil de no haberme involucrado, pero pasó. Chau, Nico. Tratá de no odiarme. Yo te voy a recordar siempre. —En la última frase se le quebró la voz. Sin embargo, volvió a inspirar y se fue del cuarto con determinación, sin esperar respuesta.

Bajó apurada hasta la cocina. Sabía que estaban controlando sus tiempos y, sobre todo, su obediencia. Por algo la habían mandado a ella a recoger los vidrios y a servir el whisky. Todo era una prueba. Suponía que todavía no terminaban de confiar y eso le dolía.

En la cocina estaba Octavio hablando con otro. O simulando. Cuando entró, se callaron y se dedicaron a observarla. Clara tiró los vidrios a la basura y luego, conteniendo su infierno interior, les consultó si necesitaban algo más. Ante la negativa, se fue procurando que sus movimientos no la delataran. En cuanto halló un baño se encerró para descargarse en un llanto ahogado, silencioso. Una vez que logró tranquilizarse se lavó la cara tratando de eliminar cualquier indicio y se unió al grupo que estaba acondicionando el parque para la noche. En un principio advirtió algunas miradas inquisidoras y creyó que, de alguna manera, habían descubierto sus dudas. Sin embargo, con el paso del tiempo, el clima festivo, esperanzado, hizo que lograra fundirse con el resto, se contagiara y, con ese sentimiento de unión, despejara su incertidumbre para cambiarla por la certeza de que estaba bien, de que ese era el único camino.

## CAPÍTULO 18

La última visita que recibió Nicolás fue la de Octavio. El encierro había logrado que el tiempo se volviera impreciso. Intentaba discernir la hora por el movimiento del sol en su ventana, por el tamaño de las sombras pero al no contar con la contrastación empírica que le señalara una hora exacta –o al menos un rango– eso solo le sirvió para distraerse. Aguzó el oído para familiarizarse con los sonidos. Por la ventana rota le llegaba el murmullo de gente que trabajaba. Parecía haber un clima de fiesta y supuso que tenía que ver con el aniversario del pueblo.

Cada tanto oía que la madera crujía bajo los pasos que se acercaban por el pasillo, a veces charlas informales, como si su encierro no hubiese cambiado la rutina de aquel grupo de personas. Eso le hizo temer que su secuestro no fuera una excepción, sino la norma. Cada vez que eso ocurría se aferraba a su arma improvisada y esperaba atento hasta que el sonido se alejara para soltarla.

En una de esas ocasiones, por el resquicio inferior de la puerta vio que alguien se detenía. Imaginó que quien fuera se estaba preparando o asegurando que nadie lo viera, porque tardó unos segundos en entrar. Una vez que lo hizo, Nicolás supo que el final estaba cerca. Octavio entró con la vestimenta chamánica que había utilizado en la meditación. Se acercó y le hizo una imposición de manos sobre la cabeza mientras murmuraba unas palabras ininteligibles.

—Es hora de prepararse –le dijo cuando terminó, y sacó de un placard una túnica color bordó—. Ahora te voy a soltar. Ponete

esto y luego te acompaño al baño. No hagas nada raro o las cosas se van a poner más feas.

Se acercó para abrir la esposa que lo ataba a la cama, y Nicolás supo que esa era su última oportunidad. Su mano izquierda empuñó el vidrio y una vez que su otro brazo estuvo libre, en un movimiento saltó de la cama, tomó a Octavio por la espalda y le sostuvo el pedazo filoso en el cuello. Pensó en cortárselo pero sabía que en la casa había demasiada gente, por lo que la única manera de salir de ahí sería con él como rehén. A pesar de la sorpresa, Octavio mantenía la calma y le habló con tranquilidad.

—Nicolás, valoro tus ansias de supervivencia, casi me sentiría insultado si no lo hubieras hecho. Pero no tenés chances de salir de acá con vida.

—Eso lo vamos a ver. Caminá –le contestó y le pateó una pierna para que arrancara. Octavio obedeció.

Salieron por el pasillo y recién cuando comenzaron a bajar la escalera se encontraron con alguien que, al verlos y comprender la situación, desapareció corriendo por una de las habitaciones laterales. Cruzaron otro tramo y llegaron a la sala de la meditación. Por el ventanal por el que había salido a tomar aire la noche anterior pudo ver que había decenas de personas vestidas de blanco. Supo que ya estaban al tanto de que algo pasaba porque todas miraban hacia donde estaban ellos y la presión de esos ojos se le hizo demasiado presente, como si pugnaran por expulsarlo y retenerlo a la vez. Algunos se empezaron a acercar, entre ellos Juan, que le pedía tranquilidad y que bajara el arma.

—Si das un paso más, lo mato –le contestó Nicolás mientras seguía retrocediendo hacia la puerta de salida. Cada tanto relojeaba a sus espaldas controlando que no apareciera nadie por sorpresa. Juan no se detuvo y le gritó al resto.

—¿Ven lo que les digo? El hombre dedica su existencia a sobrevivir, está dispuesto a hacer cualquier cosa para lograrlo. Y en situaciones extremas saca lo peor de sí. O lo mejor. –Mientras ha-

blaba, seguía los pasos de Nicolás, y detrás de él se iban sumando sus seguidores. Ninguno parecía nervioso por la situación. Ni siquiera Octavio. Nicolás gritaba –cada vez menos convencido– que frenaran, que lo iba a matar; pero ellos se dedicaban a acompañar sus pasos sin decir nada. El único que hablaba era Juan aunque no para persuadirlo.

Al llegar al porche, Juan se detuvo y con él todo el resto. Nicolás se sorprendió de la repentina decisión y apuró el paso sin soltar a Octavio que ya no ofrecía ningún tipo de resistencia. Sin embargo, y a pesar de la adrenalina del momento y de la masa uniforme blanca en la que se habían convertido Los Antiguos, percibió un movimiento sutil del líder, un asentimiento que desentonó con la quietud a su alrededor y, cuando atinó a girar para comprobar a quién iba dirigido, escuchó el estruendo y, casi al mismo tiempo, el dolor de su carne desmembrada por el impacto de una bala, el ardor de su piel que se quemaba, y cayó al suelo aparatosamente. Octavio, aturdido, se alejó unos pasos mientras chequeaba que no había recibido ningún daño. Después se acercó y pateó el vidrio. Juan llegó unos segundos después. No había apuro en sus movimientos.

—Límpiele la herida y prepárenlo. Cuando esté listo, empezamos –ordenó y se metió en la casa.

Dos hombres se desprendieron de la masa, como si ya supiesen que esa era su tarea; tomaron al herido cada uno de un hombro y lo arrastraron hasta una habitación. Otro llegó con un botiquín y se dispuso a limpiar la herida y detener el sangrado. Improvisó unos puntos sin demasiado esfuerzo y luego tapó la zona con una venda. Nicolás vivió todo aquello en una nube de dolor y desconcierto. Dejó que lo desvistieran y le pusieran la túnica bordó sin oponerse. Ya no tenía fuerzas ni esperanzas. El doctor, o al menos el que hacía de, le dio unas pastillas. “Para aliviar el dolor”, le dijo. Y él las tragó sin importarle si era verdad, disfrutando del vaso de agua que le dio para bajarlas.

Una mujer canosa se acercó para comprobar que estuviera listo y se fue sin emitir palabra. Al rato volvió acompañada de dos hombres y anunció que era la hora. Salieron todos juntos detrás de ella. Nicolás iba en el medio del grupo aunque, a esa altura, sabían que ya no les causaría ningún tipo de problemas. El joven reconoció en uno de los hombres que lo escoltaba a Carlos, el dueño del bar, y le sonrió. Pensó en agradecerle el frío de la cerveza de su primera tarde en el pueblo, incluso sintió el gusto de la malta, pero el otro mantuvo el gesto adusto que la situación ameritaba.

Llegaron al jardín trasero y el muchacho se sorprendió del espectáculo que se presentaba ante sí. El lugar estaba colmado de gente que lo observaba, que iba abriendo camino para dejarlo pasar. El silencio era total. La tensión se palpaba en el aire.

Al final del camino había una fogata y dos palos altos clavados al piso. En uno de ellos había una persona atada. A Nicolás le resultó familiar y tardó en recordar aquel rostro desencajado que lo había asustado una noche por las calles del pueblo. Al instante, supo que el otro palo le pertenecía y se dirigió hasta ahí. Uno de sus acompañantes lo ató, aunque ya no hacía falta. Habían logrado quebrar cualquier indicio de rebeldía en él; lo habían inducido a la resignación, a la aceptación, y eso lo amarraba mucho más que aquella sogá.

Buscó entre las siluetas a Clara pero no la halló. Podía ser cualquiera de las figuras que lo rodeaban. El sol había empezado a caer, por lo que tampoco veía mucho más allá de la fogata. Miró los últimos vestigios del atardecer en el cielo y pensó que debería haber sido hermoso. Añoró la terraza, las charlas con Miguel y, por primera vez, se planteó si el almacenero formaría parte de todo eso. Creía que no. Esperaba que no.

A su espalda, apareció Juan vestido con una túnica similar a la de su hijo. Se paró frente a la fogata y abrió sus brazos con las manos extendidas, y todos lo imitaron. Las plumas que le colgaban de las mangas a contraluz le daban un aspecto animal.

—Queridos hermanos, llegó el día –dijo, y el silencio se convirtió en un estruendo de júbilo. Juan levantó los brazos e instantáneamente todo se calmó– Hoy volvemos a poner a Faraqui de pie. En los últimos años fuimos testigos de la decadencia de nuestra tierra y tuvimos que unirnos, como nuestros antepasados, para no permitir que siguiera ocurriendo.

Como si fuera un director de orquesta, al finalizar la frase volvió a levantar sus brazos y la multitud respondió con un vitoreo. Luego comenzó a caminar entre los prisioneros manteniéndoles la mirada cargada de desprecio, de odio. Cuando pasó frente a Nicolás escupió a sus pies, y a pesar del dolor y de su situación, este no pudo evitar sonreír al notar lo forzado de su actitud, la inseguridad del personaje que representaba y lamentó morir en manos de aquel farsante.

—Vinieron por nuestras tierras, por nuestros trabajos, por nuestras mujeres. Y ya sabemos que lo único que dejan a su paso es devastación y ruinas luego de llevarse nuestras riquezas a sus ciudades. Pero no los vamos a dejar. Nuestra historia nos enseñó la potencia de la sangre derramada y hoy, de la misma manera, honraremos a nuestros antepasados, a Los Antiguos. –Juan volvió a levantar los brazos y todos lo imitaron. Se dio vuelta y ese giro funcionó como una nueva orden. El silencio volvió a colmar el ambiente. Entonces les habló a los dos hombres atados que miraban sin comprender– Ustedes no tienen idea de la importancia de su papel en esto y nada de lo que les pueda decir los hará entenderlo. Sé que en este momento me odian, a todos nosotros, pero es porque tienen una visión demasiado limitada, literal, de la existencia. Ahora eso va a cambiar. ¡Traigan a nuestros nuevos hermanos! –gritó, y del fondo de la muchedumbre aparecieron Félix –al que se lo veía frágil y algo nervioso– y Clara –con la mirada perdida y su sonrisa apagada–. La chica, que ya sabía lo que se venía, se paró del lado del otro prisionero, en un último gesto de compasión.

—Hoy estos dos hermanos se nos unen. Y no les tocó un día cualquiera. Hoy van a poder demostrar su valía y, a la vez, darán el

puntapié inicial a una nueva era, al renacimiento de Los Antiguos, a la reconstrucción que Faraqui se merece. Hoy alimentaremos a la oscuridad que nos une y de la que haremos luz, regaremos la tierra con sangre para que brote prosperidad, y así forjaremos nuestro propio destino salvando nuestra tierra, nuestro pueblo, nuestra casa, de la decadencia. ¡Larga vida a Los Antiguos! ¡Larga vida a Faraqui! –gritó y todos lo siguieron.

La muchedumbre estalló en aplausos y gritos, mientras repetían las últimas dos frases como un mantra que de a poco se fue convirtiendo en un sonido envolvente, hipnótico. Nicolás empezó a perder noción del entorno mientras la fuerza de las palabras embotaban sus sentidos hasta que las únicas que reconocía, que le resonaban en cada vuelta, eran las que lo habían hecho bajar en aquel lugar.

Juan abrazó a Félix y a Clara, y los giró para que quedaran enfrentados a los dos prisioneros. En ese movimiento, aprovechó para acomodar a la chica del lado de Nicolás con una firmeza que evitara cualquier indicio de flaqueza. Ella asintió, comprendiendo que estaba en falta. Luego, de la fogata extrajo dos machetes. El primero se lo dio a Félix mientras le susurraba unas palabras al oído. Este clavó su mirada en el hombre atado delante de él. El otro se lo entregó a Clara. También le dijo algo al oído sin apartar la vista de Nicolás. Ambos levantaron sus armas que resplandecieron en la oscuridad y el resto respondió elevando el volumen de sus gritos.

Nicolás, afectado por la repetición constante que aletargaba su percepción, trató de enfocarse en los rostros de la multitud pero solo veía formas que se asemejaban a lo humano. Sin embargo, en el medio de la marea reconoció a La Aparición que comenzó a abrirse paso hacia él. Parecía cruzar el resto de los cuerpos sin afectarlos. Juan, al ver la tranquilidad en la cara de Nicolás, supo que algo estaba ocurriendo. Siguió su mirada pero no entendió a qué se debía, aunque percibió un cambio en el entorno.

Clara, por su parte, sosteniendo el arma en la mano miró a Nicolás y tuvo un último instante de duda en el que concibió la idea

de cortarle el cuello a Juan y terminar con todo aquello. Llegó a ver un futuro normal, una vida común junto al muchacho. Pero sabía que ya habían llegado a un punto sin retorno. Lo había notado en cómo la había mirado cuando lo visitó en la habitación. Cualquiera fuera su decisión, su vida cambiaría o, incluso, terminaría aquella noche. Juan –algo nervioso por aquel cambio, aunque disimulando para que nadie lo notara– instó a los dos novatos a que cumplieran su papel. Ambos se acercaron a los pies de los hombres atados. El que estaba frente a Félix luchaba por soltarse mientras su rostro se iba desfigurando. Nicolás, en cambio, se mostraba tranquilo, casi como inconsciente de lo que pasaba. Seguía mirando aquella aparición que parecía invisible para el resto. Sin embargo, cuando esta se ubicó entre Juan y Clara, notó que los dos percibieron algo y miraron hacia ahí, aunque parecían no verla. Se preguntó si no se estaría volviendo loco por la cercanía de la muerte. O si lo habían drogado para apaciguar su dolor. Miró a su compañero de sacrificio y, a pesar de que sabía que su reacción era normal, quiso transmitirle su paz. Por último observó a Clara y creyó distinguir un destello de la belleza que lo había obnubilado desde aquella primera noche, y supo que ese día se apagaría para siempre. Tras el ultimátum del líder, los dos novatos levantaron sus machetes. En ese instante Nicolás vio cómo La Aparición se convertía en una especie de bruma que se introducía en el cuerpo de Clara. La mirada de la chica cambió y apareció aquella que transmitía violencia, en la que se había reflejado frágil. Nicolás sintió el filo del machete cortándole el pecho y llegando a su corazón. Percibió los últimos latidos mientras escuchaba el vitoreo ciego de todos los hermanos. A pesar del dolor, le gustó ser consciente de sus estertores, de notar cómo se le iba la vida. Se consideró un elegido. Allá a lo lejos, en el pueblo, comenzaron a explotar los fuegos artificiales. La fiesta había comenzado.

## EPÍLOGO

Esa madrugada se despertó exaltada. La tonalidad de la luz que ingresaba por la ventana le marcaba que recién debía estar saliendo el sol. Lo único que se oía a lo lejos era el canto del gallo que la acompañaba cada mañana pero que esa vez se le tornó insoponible, y le deseó una muerte lenta y dolorosa. Por primera vez en mucho tiempo advirtió el vacío, el frío de la cama alguna vez compartida. No extrañaba a Facundo en sí, solo la proximidad de un cuerpo donde refugiarse, donde sentirse protegida ante el desamparo de la oscuridad.

Miró la hora y comprobó que todavía tenía un rato para seguir durmiendo, pero sabía que ya no iba a poder hacerlo. Los residuos de una pesadilla de la que no recordaba nada le habían dejado una sensación de angustia que iba creciendo con el paso de los minutos en vela. Dio vueltas un rato en la cama pero las imágenes en su cabeza se volvieron a cada minuto más cruentas, más reales. Cada tanto le pasaba, sobre todo cuando se acercaba un nuevo aniversario, y a esa altura ya sabía que no habría forma de frenarlas más que levantarse y tratar de tapanlas con la vida. Finalmente se rindió.

En su travesía hacia la cocina aprovechó para entornar la puerta de la habitación de su hijo y comprobar que estaba bien, que permanecía ajeno. Luego, procurando no hacer ruido, preparó un desayuno y salió a la terraza. A pesar de que la mañana estaba fresca se acomodó ahí. Necesitaba un rato a solas para tranquilizarse y dejar atrás los rastros de la noche. Quería sentir los rumores del

pueblo iniciando el día, el olor de los árboles que le transmitiera una familiaridad que ahuyentara los recuerdos.

Se aferró a su taza de café y se arrebujó en la bata. Cerró los ojos, inspiró el aire limpio y se tomó unos segundos para dejarlo salir. Eso era lo poco que le había quedado de las enseñanzas de Octavio. Sin embargo, no funcionó. Al tercer intento, las imágenes volvieron aún más vívidas. Se le apareció el rostro de Nicolás incrédulo preguntándole: “¿Esto es real?”. Eso la hizo sonreír y lamentó su reacción de aquella vez. Pero al instante, esa mirada se transformó en la última, llena de horror, que se le había quedado clavada para siempre. Percibió el calor de la sangre derramada por su brazo mientras lo veía lanzar su último suspiro y Juan la instaba a continuar. Internamente, Clara –además de por la búsqueda que la había llevado a Los Antiguos– se había convencido de que esa era la única forma de que Nicolás se quedara para siempre con ella. No era idílica. Tampoco la llenaba. Pero era algo. Tangible. Imborrable.

Abrió los ojos y tomó otro sorbo de café. El mundo seguía tranquilo.

Luego de aquella noche las cosas no habían resultado como esperaba. Al menos, en parte. Después de unos meses de vivir en la casa se había reconciliado con Facundo, más por inercia que por amor. Tuvo algunos momentos de felicidad pero eran contados con los dedos.

Cuando quedó embarazada todo cambió. No quería que su hijo creciera dentro de la casa ni formara parte de aquella locura que, a esa altura, ya había notado que no tenía futuro ni sustento, y aprovechando que Facundo había ido ascendiendo dentro de la organización, logró que la dejaran vivir en su antigua casa. No hizo nada por sacarlo a él, no le interesó. También, sabía que era imposible.

Desde el día que la dejaron salir, no volvió, salvo para algún festejo; y cuando lo hizo fue a desgano. Tampoco se fue del pueblo. No se lo habían prohibido pero estaba implícito y no quería tentar a la suerte.

Facundo seguía viviendo allá y pasaba un par de noches a la semana con ella y con el bebé. De a poco, ese par de veces se fue espaciando y Clara lo agradeció. Imaginó que tendría algún amorío con una de las nuevas integrantes pero no le importó. El día que se enteró de su muerte, en una situación muy poco clara de la que no quiso saber demasiado, no derramó ni una lágrima. Luego del funeral, la última vez que ingresó a la casa, se sintió liberada.

Unos años más tarde, cuando el que murió fue Juan, ni siquiera participó. Durante un tiempo temió recibir algún tipo de reprimenda, pero parecían haberla olvidado. Y ella se dedicó a volverse invisible para ellos.

Por lo poco que supo, luego de la muerte de Juan, la organización se resquebrajó y empezaron las traiciones que se reflejaron en algunas muertes más y el exilio de todos los habitantes de la casa. Clara supuso que sobrevendría un tiempo oscuro en el que saltarían todos los delitos que habían cometido Los Antiguos – incluyendo el suyo—. Sin embargo el silencio que siguió a la huida le hizo comprender que alguien de arriba había tapado todo, posiblemente para protegerse. Por un lado lo lamentó pero por otro se supuso -luego de muchos años- a salvo. Y el pueblo, a pesar de la profecía sobre la que Los Antiguos habían basado su doctrina, permaneció inalterable, con los cambios mínimos que apareja el normal fluir del tiempo.

Tomó otro sorbo de café que la devolvió a aquella mañana. El pueblo de a poco comenzaba a tomar color. Pero algo la mantenía atada a aquel pasado y sintió la necesidad ineludible de ir a verla. Se vistió apurada y, luego de revisar que su hijo siguiera durmiendo, salió. Las calles estaban adornadas para lo que sería un nuevo festejo de aniversario.

Encaró para el lado de la laguna. Antes, pasó por la casa que Miguel le había prestado a Nicolás. Se quedó un rato mirándola desde lejos y recordó sus días ahí, en especial su último desayuno. No pudo evitar que se le escaparan unas lágrimas, aunque sí

hizo un esfuerzo por no romper en llanto, como si eso cambiara algo. También recordó a Miguel que había muerto tiempo atrás y con el que nunca había podido recomponer su relación. Las pocas veces que se cruzaron, el hombre la miraba con desprecio. Y ella lo entendía.

Siguió caminando, ya no tan convencida pero sin poder frenar. Al llegar, vio que la verja estaba abandonada y ya no tenía ningún cartel que anunciara a quién pertenecía. No se atrevió a entrar. Prefirió seguir hasta la laguna. Y desde ahí la vio. Había fantaseado que, tras la huida, la casa se hubiera destruido, incluso desaparecido, llevándose con ella miles de secretos. Pero seguía ahí, intacta.

Se descalzó y tocó el agua. Estaba helada. A pesar de ello, experimentó un deseo irrefrenable –e irracional– de meterse. Se desnudó y comenzó a caminar hasta que el agua le llegó a la cintura. En ese momento se sumergió y sintió cómo su cuerpo se relajaba, se limpiaba de los restos del sueño, de la angustia que la invadía desde que se había despertado. Al salir, se sentó en la zona donde había más sol, para secarse. Se notaba renovada, purificada.

De repente algo le llamó la atención. Al costado de la casa parecía haber una especie de figura negra que miraba hacia donde estaba ella. Se quedó atónita. Primero creyó que se trataba de alguno de los pocos jóvenes que quedaban en el pueblo que se había metido para recorrer la propiedad abandonada y vandalizarla o llevarse algo que hubiera quedado olvidado. Pero después notó que la figura tenía una apariencia fantasmal y que había una especie de conexión con ella, algo que la atraía y que –no podía explicar por qué– le recordaba a Nicolás. En ese instante, a su izquierda escuchó un sonido de ramas que se quebraban bajo unas pisadas. Giró con una mezcla de temor y de esperanza, pero no había nadie. Aliviada, aunque sin poder evitar cierta decepción, recogió su ropa y comenzó a vestirse. Luego dio un último vistazo a la casa en busca de la figura. Pero ya no había nada.



LIBRO EDITADO POR



EDITORIAL AUTORES DE ARGENTINA



# MALEVAJE

Un joven que viaja sin rumbo se baja en medio de la noche en un pueblo desconocido, atraído por lo que percibió como una señal. Lo recibe *Clara*, la empleada del bar de la terminal, y halla en ese encuentro una excusa que valida su repentina decisión. A través de ella conoce a *Miguel*, un almacenero con el que comienza a trabajar y que lo adopta como un hijo. Todo parece tranquilo, ideal. Sin embargo, esa apariencia de a poco se empieza a trastocar. Un viejo con mirada perdida que le hace una advertencia en medio de su nebulosa, una figura que lo acecha y un grupo separatista que se mueve entre las sombras son los primeros indicios de que aquel lugar y, sobre todo, aquella gente, oculta algo.



9 789878 725512



EDITORIAL AUTORES DE ARGENTINA